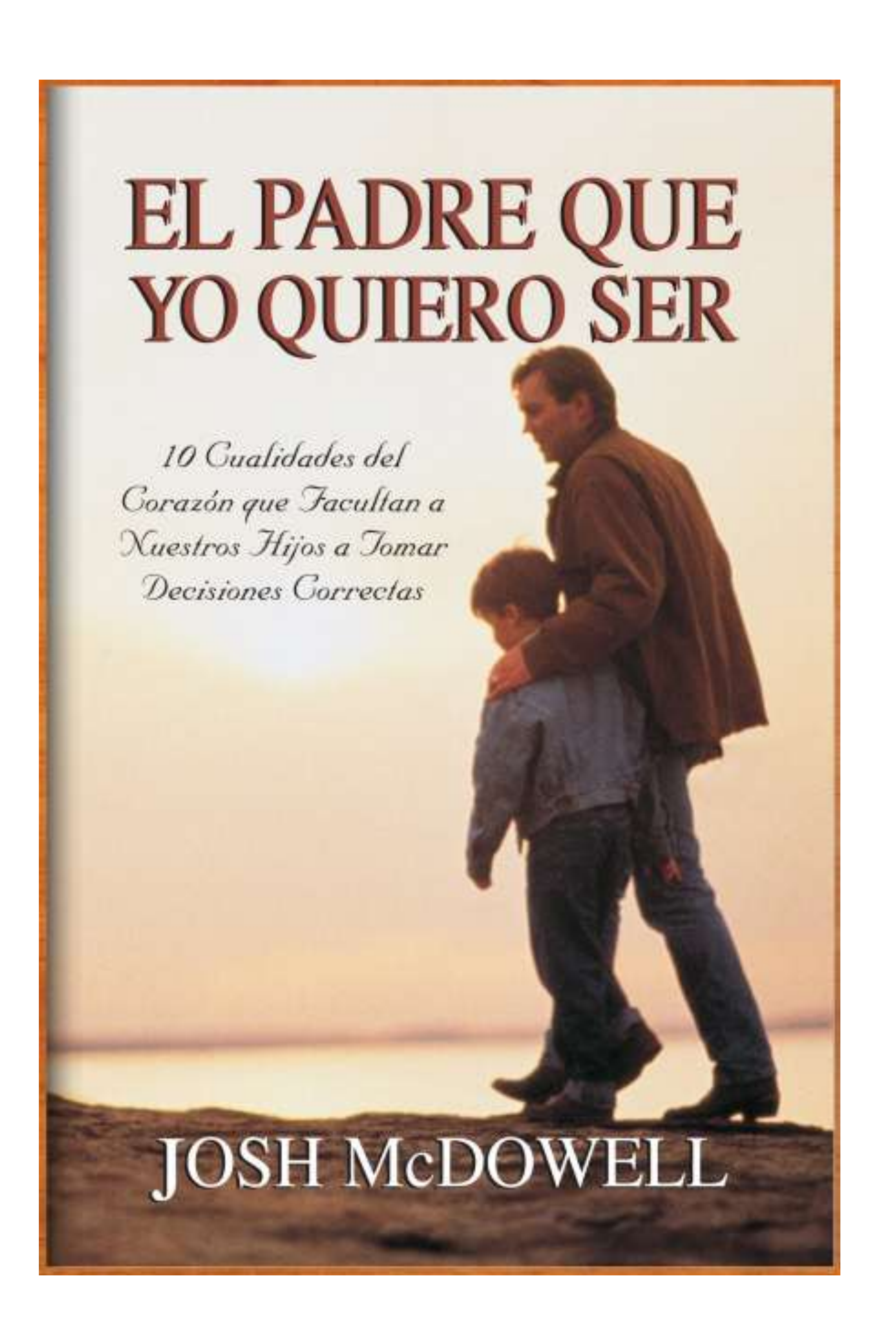

EL PADRE QUE
YO QUIERO SER
10 Cualidades del
Corazón que Facultan a
Nuestros Hijos a Tomar
Decisiones Correctas
JOSH McDOWELL

EL PADRE QUE YO QUIERO SER

10 cualidades del corazón que facultan a nuestros hijos a tomar decisiones correctas

Josh McDowell

Traducido por
Josie de Smith

Editorial Mundo Hispano

EDITORIAL MUNDO HISPANO
7000 Alabama Street, El Paso, TX 79904, EE. UU. de A.
www.editorialmundohispano.org

Nuestra pasión: Comunicar el mensaje de Jesucristo y facilitar la formación de discípulos por medios impresos y electrónicos.

Ediciones: 1998, 1999, 2001, 2002, 2006, 2006, 2007, 2009
Novena edición: 2010

Clasificación Decimal Dewey: 248.8421

Temas: 1. Padres
2. Vida cristiana

ISBN: 978-0-311-46157-8
E.M.H. Art. Núm. 46157

E-Book ISBN: 978-0-311-60068-7
E-Book E.M.H. Art. Núm. 60068

2 M 3 10

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Reconocimientos

Deseo reconocer a un incomparable equipo de personas que ayudó a que este libro llegara a ser una realidad.

Norm Wakefield, quien, como padre, ha tenido una profunda influencia sobre mí. Sus percepciones (en un libro que escribimos juntos titulado *The Dad Difference* [La diferencia que hace un padre]) han agudizado mucho mi concepto del papel del Padre celestial en mi vida. La profunda dedicación de Norm a una vida vivida en la imagen de Dios se refleja en las muchas ilustraciones de su vida que he usado en este libro;

Larry Keefauver, por su ayuda en desarrollar el primer borrador de este manuscrito;

Bob Hostetler, por su ayuda en dar forma y moldear el primer borrador y darle su forma final;

Janis Whippple, de Broadman y Holman, por su apoyo y pericia al guiar este proyecto a través del proceso editorial;

Dave Bellis, mi socio durante diecinueve años, por trabajar el bosquejo, estructurar creativamente el libro y facilitar la realización del proyecto con todo su laberinto de detalles hasta su terminación;

Y, por último, a mi esposa Dottie y mis hijos: Sean, Kelly, Katie y Heather, por su paciencia, amor y apoyo al enseñarme, día a día, a ser un mejor padre.

Josh McDowell

OFICINAS DE HABLA HISPANA
DE CRUZADA ESTUDIANTIL PARA CRISTO

ARGENTINA: Casilla de Correo 160. Suc. 12, 1412 Buenos Aires. **BOLIVIA**: Casilla 1490, Santa Cruz. **BRASIL**: Caixa Postal 41584, Sao Paulo, S.P. 05422-970. **COLOMBIA**: VIDA PARA COLOMBIA, Apartado Aéreo 80936, Santa Fe de Bogotá. **COSTA RICA**: Apartado #640-1007, San José. **CHILE**: Casilla 10, Centro Casillas, Santiago. **ECUADOR**: Apartado 17-11-04990. Quito. **EL SALVADOR**: Apartado 515; San Salvador. **ESPAÑA**: Agape Spain, Diputación 113-115, esc. D/Entlo. 3, 08015 Barcelona. **GUATEMALA**: Apartado Postal 1784, Guatemala. **HONDURAS**: P.O. Box 390, Tegucigalpa. **MEXICO**: Apartado Postal 1424 y 1023, Cuernavaca, Morelos. **PANAMA**: Apartado 2892, Panamá 3. **PARAGUAY**: Casilla 2626, Asunción. **PERU**: Apartado SR-003, Lima 33. **REPUBLICA DOMINICANA**: Apartado Postal 1897, Santo Domingo. **URUGUAY**: Casilla de Correo 1550, Montevideo. **VENEZUELA**: Apartado 47162, Caracas 1041 A.

CRUZADA ESTUDIANTIL PARA CRISTO
OFICINA CONTINENTAL
PARA AMERICA LATINA
14050 SW 84 St., Suite 201
MIAMI, FLORIDA 33183 - U.S.A.
Tel: (305) 382-3073. **Fax**: (305) 386-1627

Indice

CAPITULO UNO

Ser padre en los momentos difíciles

Hace más de veinte años tomé por primera vez en mis brazos a mi primogénita.

Recuerdo, como si fuera hoy, los pensamientos y sentimientos que me embargaron en ese momento al mirar el rostro de Kelly, mi hijita recién nacida. Estaba envuelta en una suave frazadita amarilla, conté sus deditos y me maravillé en lo completo e intrincado de su cuerpecito. Estaba indefensa. Era de valor inapreciable. Y era mía.

Al observarla con amor y fascinación, sentí que me embargaba otra emoción, una emoción que conocía demasiado bien. Me sentía aterrorizado.

"¿Qué estoy haciendo?", me dije a mí mismo. "¡Yo no sé cómo ser padre!"

De niño nunca conocí el amor de un padre. Nunca gocé del beneficio del ejemplo de un padre. No recuerdo ninguna ocasión en que mi padre me llevara con él a alguna parte y me dedicara su tiempo. No recuerdo haberme sentido orgulloso de mi padre, ni de haberlo imitado. La realidad es que lo odiaba. Me crié en una granja lechera muy cerca de un pueblito en el estado de Michigan en los Estados Unidos. Todo el mundo se conocía en ese pueblito y, por supuesto, todo el mundo sabía de mi papá y sus borracheras. Mis compañeros en la escuela

secundaria hacían bromas a su costa, y yo reía con ellos, esperando que mi risa escondiera mi dolor.

Lo odiaba por la vergüenza que me hacía pasar, pero también por cómo trataba a mi madre. A veces me iba al granero y allí encontraba a mamá, tirada en la bosta detrás de las vacas, tan golpeada que no se podía levantar. En ocasiones, cuando él llegaba a casa totalmente borracho, yo lo arrastraba hasta el granero, lo ataba a un palo y lo dejaba allí hasta que se le pasara. De adolescente, le ataba los pies en un lazo que terminaba en su cuello, con la esperanza de que se ahorcara al tratar de sacárselo. Al morir mi madre el mismo mes en que me gradué de la escuela secundaria, le eché la culpa a él por su muerte.

Aunque Dios en su gracia me permitió reconciliarme con mi padre después de que acepté a Cristo como mi Salvador, y hasta me dio la oportunidad de ayudarle a confiar en Cristo (catorce meses antes de que muriera de un ataque al corazón), al llegar yo mismo a ser padre, lo hice con un profundo sentido de mi incapacidad para serlo.

La tarea más atemorizante del mundo

Puede ser que no haya tenido usted una relación tan mala con su padre, pero quizá comparta algo de mi sentir de que ser padre puede ser la tarea más atemorizante del mundo. Para colmo, no hay dónde obtener una licencia para ser padre. Los requisitos para la tarea son muy pocos. Y la mayoría de nosotros tenemos que aprender por experiencia, probando y errando, ¡mayormente errando! Tanto así que alguien ha hecho la observación de que por lo general no se llega a ser un buen padre ¡hasta que los hijos son a su vez padres!

A lo largo de los años he observado y aconsejado a muchos que, como yo, luchan en este sentido. Son padres con buenas intenciones que se sienten abrumados por todo lo que se requiere para llegar a ser un padre eficaz. Muchos admiten su torpeza al tratar de equilibrar su matrimonio, su carrera y su paternidad. La mayoría se siente atrapada por sus intensos horarios de trabajo y las presiones que los acompañan. Muchos se sienten limitados por su falta de habilidad práctica en el área de la paternidad, por un matrimonio con problemas o por costumbres malsanas en sus propias vidas.

Además, los desafíos de la paternidad son en la actualidad mayores que nunca.

Nosotros —y nuestros hijos— vivimos en un mundo que muchas veces representa una amenaza para nuestro matrimonio, nuestra familia, nuestros hijos. Vivimos en una cultura que rechaza la verdad de la Biblia, que se burla de la moralidad bíblica, glorifica el sexo y la violencia, y festaja las borracheras y las groserías como si fueran una gracia. Vivimos en una sociedad que mayormente ha rechazado las nociones de la verdad y moralidad, una sociedad que por alguna razón ha perdido la habilidad de decidir lo que es la verdad y lo que es lo bueno, una sociedad en que la verdad es cuestión de gustos y la moralidad ha sido remplazada por la preferencia individual.

Nos encontramos ante la intimidante tarea de educar a nuestros hijos en medio de una cultura en crisis. La investigación saca a luz el horror de lo que sucede cada día. Por ejemplo, en los Estados Unidos, cada día:

* 1.000 adolescentes solteras se convierten en madres
* 1.106 adolescentes tienen un aborto
* 4.219 adolescentes contraen enfermedades venéreas
* 500 adolescentes comienzan a usar drogas
* 1.000 adolescentes empiezan a ingerir bebidas alcohólicas
* 135.000 jóvenes llevan a la escuela pistolas u otras armas
* 3.160 adolescentes son asaltados; 80 son violados
* 2.200 adolescentes abandonan sus estudios
* 7 jovencitos (entre los 10 y los 19 años de edad) son asesinados
* 7 jovencitos (de 17 años o menores) son arrestados acusados de asesinato
* 6 adolescentes se suicidan

No es de extrañar, entonces, que muchos hombres encaran la tarea de ser padres con temor y temblor. Pero ser padres no es sólo la tarea más atemorizante del mundo en muchos respectos, es también una de las más críticamente necesarias en la vida.

La tarea más importante del mundo

La importancia de la tarea de ser padre es crítica, y nunca lo ha sido más que en esta época. La relación del niño con su papá es un factor decisivo en la salud, el desarrollo y la felicidad de ese jovencito o jovencita. Considere las siguientes y bien documentadas conclusiones.

* El doctor Loren Moshen, del Instituto Nacional para la Salud Mental en los Estados Unidos, analizó los resultados del censo en dicho país y encontró que la ausencia del padre era un factor que contribuye más a la delincuencia juvenil que la pobreza.

* Un grupo de científicos de la Universidad de Yale, especializados en el área de comportamiento humano, realizó un estudio de la delincuencia en cuarenta y ocho culturas alrededor del mundo y encontró que los índices de crímenes eran más elevados entre adultos que habían sido criados exclusivamente por mujeres.

* El doctor Martin Deutsch encontró que la presencia y conversación del padre, especialmente durante la comida, estimula al niño a tener un mejor rendimiento en la escuela.

* Un estudio relizado por 1.337 médicos graduados de la Universidad de John Hopkins entre los años 1948 y 1964 encontró que la falta de acercamiento con los padres era el común denominador en casos de hipertensión, enfermedades coronarias cardíacas, tumores malignos, enfermedades mentales y suicidios.

* Un estudio realizado entre treinta y nueve niñas adolescentes que sufrían de anorexia nerviosa, un desorden alimenticio, demostró que treinta y seis de ellas tenían un común denominador: La falta de una estrecha relación con sus papás.

* Investigadores de la Universidad de John Hopkins encontraron que "chicas adolescentes... viviendo en fami-

lias sin el padre... son un 60 por ciento más propensas a tener relaciones sexuales premaritales que las que viven en hogares con dos padres".

* La investigación del doctor Armand Nicholi encontró que una ausencia emocional o física del padre contribuye a que el niño tenga (1) baja motivación para superarse; (2) falta de habilidad de diferir una gratificación inmediata a favor de recompensas posteriores; (3) autoestima baja y (4) susceptibilidad a la influencia de grupo y a la delincuencia juvenil.

Basado en mi contacto con cientos de madres, padres e hijos, concuerdo con dichos resultados. No sólo eso, sino que los resultados de esos estudios también coinciden estrechamente con una reciente investigación entre jovencitos que asisten a iglesias cristianas evangélicas.

Hace poco encargué un sondeo de más de 3.700 adolescentes en iglesias evangélicas, el más extenso que jamás se haya realizado entre jovencitos evangélicos. La investigación, realizada por The Barna Research Group (El grupo de investigación Barna), recalca la importancia de la conexión del padre con el hijo.

De los 3.795 jovencitos encuestados en dicho estudio, 82 por ciento asistía a una iglesia evangélica semanalmente y el 82 por ciento afirmó que había aceptado a Cristo como su Salvador y Señor. A pesar de ello, el estudio muestra que 54 por ciento de los adolescentes y preadolescentes de familias evangélicas afirma que casi nunca, o nunca, conversa con su papá sobre sus inquietudes personales (comparado con el 26 por ciento que dice que casi nunca, o nunca, conversa con su mamá de esas cosas). Uno de cada cuatro jovencitos encuestados afirmó que nunca tuvo una conversación significativa con su padre. Más de dos entre cinco (42%) afirma que casi nunca o nunca hacen algo especial con su papá que los incluya a "ellos dos solos". Y uno de cada cinco dice que su papá casi nunca, o nunca, le demuestra su cariño.

A la vez, el estudio demuestra que los jovencitos que son "muy compañeros" de sus padres son:

* más propensos a sentirse "muy satisfechos" con sus vidas

* más propensos a abstenerse de tener relaciones sexuales
* más propensos a abrazar las normas bíblicas con respecto a la verdad y moralidad
* más propensos a asistir al templo
* más propensos a leer la Biblia regularmente
* más propensos a orar todos los días

El estudio —no sólo entre jovencitos cristianos, sino entre todos— indica claramente que la relación con el papá es un factor crucial en la salud, el desarrollo y la felicidad del niño. No significa esto que mamá no sea importante; no obstante, sí subraya el hecho de que en la mayoría de los casos mamá está en su puesto, cumpliendo su obligación, cuidando a sus hijos, hablando a sus hijos y acompañando a sus hijos. En consecuencia, pareciera que los niños han llegado a dar por hecho que mamá está a su disposición, es cariñosa, comunicativa y que los acepta.

Pero con papá entra en juego la ley de la oferta y la demanda. En muchos casos es menos accesible, está menos involucrado con sus hijos o es menos comunicativo. Con menos "oferta" de atención y tiempo de su parte, esa relación se va rodeando de un aura de mayor importancia. Tal como sucede con el resto de nosotros, nuestros hijos ansían lo que no tienen, y en demasiados casos lo que no tienen es una relación estrecha con sus papás.

Es por eso que la conexión y relación con papá es el factor más importante en la vida de sus hijos, tengan la edad que tengan. Señor Papá: Su relación actual con sus hijos e hijas es un factor crítico verificable en su crecimiento en sabiduría, estatura y favor con Dios y los hombres. Usted puede significar la diferencia en el sentido de valor de sí mismo, consideración por los demás y sentido de propósito de su hijo.

La tarea más gratificante en el mundo

Aunque inicié mi experiencia paterna teniendo el ejemplo de mi padre que distaba mucho de ser perfecto, a través de los años he contado con la bendición de conocer y aprender de una serie de buenos modelos y mentores. La principal entre éstos ha sido Dottie, mi esposa, la esposa más fantástica que puede tener un hombre y una madre sabia y cariñosa para nuestros

cuatro hijos. De Dick Day he aprendido mucho, siendo él, aparte de mi hijo Sean, el amigo varón con el que he tenido más estrecha relación. Y Norm Wakefield, un amigo con quien he compartido la paternidad literaria de varios libros, ha sido también para mí un ejemplo de lo que es ser un padre cristiano eficaz.

Norm y Winnie, su esposa, son padres de cinco hijos, todos ya adultos. Uno de los momentos más gratificantes para Norm ocurrió cuando su hijo Joel tenía veinticuatro años.

"El casamiento de Joel fue un acontecimiento especial para mí", afirma Norm, "porque me pidió que fuera su padrino de boda. De pie al lado de este joven, me embargaron los recuerdos del pasado. Recordé una ocasión cuando Joel era un pequeño preescolar y yo estudiaba para obtener mi doctorado... Un día llegué a casa para encontrarme que mi hijo se había lastimado accidentalmente en la cabeza... Sin perder un instante lo llevé a la sala de emergencia del hospital. Mientras el equipo de doctores lo revisaba y evaluaba quedé solo con mi temor e impotencia, y empecé a sollozar al pensar en lo precioso que era mi hijo para mí y cuánto lo valoraba."

Después de un rato, le comunicaron a Norm que las heridas no tendrían consecuencias permanentes; que se recuperaría totalmente. "Pero descubrí ese día", dice Norm, "cuánto significa mi hijo para mí."

En los veinte años que siguieron, Norm se esforzó por ser un padre cariñoso, involucrado y eficaz para Joel y sus otros cuatro hijos, esfuerzo que en muchos sentidos parecía culminar ese día del casamiento.

"Al encontrarme de pie al lado de mi hijo de veinticuatro años a quien amo y respeto", afirma, "desbordaba de gozo. Sabía que él, como sus hermanas, se había comprometido a servir a Cristo (y) sabía que se había comprometido a ser un marido cariñoso para Lisa, su flamante esposa.

"Me sentí genuinamente agradecido a Dios por su fidelidad. El había honrado el compromiso de mi esposa y mío de amar, disfrutar y criar a nuestros hijos. Al hacerlo, se habían convertido en nuestros amigos más queridos."

¡Qué tributo le rindió Joel a su padre! De todos los amigos que hubiera podido elegir para ser su padrino de boda —compañeros de escuela, de su equipo deportivo, amigos de la infancia— ¡escogió a papá!

La paternidad puede ser la tarea más atemorizante del mundo, pero, entre todas las que un hombre puede emprender, es también la más importante y la más gratificante. A pesar de sus limitaciones y defectos, usted puede llegar a ser un padre eficaz. Puede vencer los obstáculos. Puede triunfar sobre las dificultades que se amontonan en su contra. Puede convertirse en el padre que sus hijos necesitan.

Mi anhelo es desafiarlo, animarlo y motivarlo a entrar en acción con las ideas en este libro. No pretendo ser un experto en lo que a la paternidad se refiere. Tuve un inicio desfavorable, he batallado mucho, quizá de las mismas maneras que usted. He fracasado muchas veces. Pero he aprendido, de otros, como ser un padre, y espero que encuentre usted ayuda en las cosas que han sido de tanta bendición para mí en mis relaciones con mis hijos.

Reconozco, por supuesto, que puede usted sentirse incómodo al ir leyendo y ver que no ha sido todo lo eficaz que pudo ser. Esto es natural. Todos podemos mejorar en algún aspecto. Pero no quiero que caiga en la trampa de sentirse culpable. Yo paso por las presiones que un padre tiene que encarar cotidianamente. Y para ayudarme a evitar la trampa de sentirme culpable, he tratado de tomar estos sencillos pasos que pueden también darle buenos resultados a usted:

Primero, encare la paternidad desde una perspectiva positiva, optimista.

Considere su obligación paterna como una influencia positiva y amorosa que no sólo enriquecerá la vida de su hijos, sino que también puede ser un medio que Dios use para "ampliarlo" a usted mental, emocional y espiritualmente. Considérelo como una oportunidad importante para invertir su vida en alguien creyendo que el tiempo invertido dará frutos durante muchos años —quizá generaciones— por venir.

Segundo, considere el crecimiento como una serie de pequeños pasos tomados a lo largo de una vida.

No se deje abrumar por lo que no está haciendo; más bien, enfóquese en algún paso pequeño, nuevo, que quiere tomar hoy (al final de cada capítulo sugeriremos algunas preguntas y acciones para ayudarle a establecer prioridades y marchar hacia adelante). Muy pronto, estos pequeños cambios darán

como resultado importantes diferencias en sus relaciones con sus hijos. También, tenga en cuenta que no importa cuánto nos esforcemos, la mayoría no nos sentiremos totalmente satisfechos con nuestro desempeño como padres. Por lo tanto, haga un esfuerzo consciente de encauzar esta insatisfacción hacia pasos para superarse en lugar de que sean ocasiones para desanimarse y deprimirse.

Tercero, determine dedicarse al privilegio y a la responsabilidad de ser padre.

El salmista nos da una perspectiva sana sobre el desafío que tenemos por delante:

> He aquí, heredad de Jehovah son los hijos; recompensa es el fruto del vientre. *Salmo 127:3*

Es cierto que veces nos preguntamos si realmente nuestros hijos son una recompensa del Señor. Pero cuando consideramos que el Dios Todopoderoso nos ha confiado la tarea de preparar a las jóvenes vidas para una adultez responsable, útil, nuestra misión adquiere una importancia eterna. Ser padre es en verdad un privilegio otorgado por el Señor, una oportunidad sin paralelos de volcar nuestras vidas en aquellos a quienes tanto amamos.

Al comenzar nuestro andar juntos, le invito a comprometerse conmigo en el sentido de que, no importa lo difícil que llegue a ser, no importa lo indiferentes que sus hijos sean, no importa qué rumbo puede tomar el camino en el futuro, nos dedicaremos al privilegio y la responsabilidad de ser padres escrupulosos, cariñosos, involucrados, comunicativos.

En las páginas siguientes descubrirá usted diez cualidades que le ayudarán a ser la clase de padre que quiere ser, la clase de padre que sus hijos necesitan, la clase de padre que Dios lo llama a ser. Descubrirá una fuente de energía y de percepciones totalmente nueva con respecto a ser padre, una que coloca su papel y sus obligaciones en su justa perfectiva de una manera novedosa, nueva. Así que al comenzar a experimentar la relación de padre, empezará a gozar los beneficios de la tarea más gratificante sobre esta tierra.

Una nota a las mamás

Sospecho que muchas mamás leerán este libro. ¡Maravilloso! Sé que obtendrán valiosas percepciones sobre la paternidad eficaz, pero no se detengan allí. Les animo a que tomen la siguiente iniciativa: Impulsen a sus esposos a leer este libro y sean un aliento para ellos cuando lo hacen.

Quiero que sepa que no es mi deseo ni mi propósito minimizar su importante papel en la vida de sus hijos al dirigir este libro a los papás. Creo firmemente en el trabajo en equipo al encarar la tarea de ser padres: mamá y papá trabajando unidos para formar y educar a sus hijos. Desafortunadamente, veo a demasiados papás fallando en sus obligaciones como padres. Demasiados hombres no toman una parte activa en las vidas de sus hijos, dejando la mayor parte de las obligaciones paternas en manos de mamá.

Por eso he escrito este libro para ayudarnos a nosotros los papás a entender nuestro papel dado por Dios y llegar a ser compañeros de equipo de nuestras esposas en la tarea de amar, instruir, guiar, atesorar y apoyar juntos a nuestros hijos.

Si es usted una mamá viuda, divorciada o separada, quizá se sienta preocupada por cómo el hecho de no tener en casa a papá (ya sea física o emocionalmente o ambos) afectará a sus hijos. Si es posible, comparta este libro con el padre de sus hijos. Teniendo en cuenta el bienestar de ellos, ayude a su "ex" a ser el mejor padre que puede ser. Es para bien de todos, y sus hijos se lo agradecerán.

Si el padre de sus hijos ya no está o si no es un padre apto, busque hombres piadosos y maduros en su iglesia que puedan ser un ejemplo positivo de un hombre cristiano para sus hijos. Quizá otro padre estaría dispuesto a incluir a sus hijos en sus paseos familiares, o de hacer un esfuerzo especial por hacerse amigo y dialogar con sus hijos. Verá, al leer este libro, qué influencia tan tremenda tiene la imagen de un padre en la vida del niño. En la familia donde el padre está ausente, es bueno tratar de llenar este vacío con un amigo que pueda ser un ejemplo masculino positivo para sus hijos.

Y para todas las mamás: Ustedes, más que nadie determinarán cómo sus hijos verán a su padre. Tienen ustedes un poder enorme para apoyar a papá en su ministerio con sus

hijos o de socavar su autoridad y hacerle parecer incompetente a sus ojos. Alienten a su esposo en sus intentos de ser un buen padre. Lo necesita. Apóyenlo con lo que le dicen a él y a sus hijos. Confronten cariñosamente las acciones (o falta de acción) de él.

Mamás, ¡ustedes son importantes! Estaré orando por ustedes en sus esfuerzos por ayudar a papá a llegar a ser todo aquello para lo cual Dios lo creó.

Para reflexión, diálogo y acción

1. ¿Es usted un papá de cuerpo entero con sus hijos cuando está en casa, o tiende a seguir preocupado por cuestiones del trabajo u otras cosas?

2. ¿De qué maneras ha notado usted que "falla" cuando de cumplir con su papel de padre se trata? ¿Qué tareas importantes que realmente son responsabilidad suya está dejando en las manos de mamá, de maestros, de líderes juveniles?

3. ¿Le sorprendieron los resultados de los sondeos citados en este capítulo? ¿Por qué sí o por qué no?

4. ¿Cuál, según sus hijos, es la fuente de información principal que tienen sobre la verdad y los valores morales?

5. ¿Disfrutan sus hijos de una estrecha relación personal con usted como su padre que es fundamental para un desarrollo infantil sano? ¿Por qué sí o por qué no?

*6. Dedíquese de todo corazón al privilegio y las responsabilidades del padre cristiano. Estudie este libro con lápiz en mano, subrayando los pensamientos clave y las acciones sugeridas. Considere formar un pequeño grupo de padres interesados para estudiar y dialogar juntos sobre estos principios.

*7. Lo más importante que aprendí al leer este capítulo es:

____

____

*8. Con mi hijo, tengo que empezar a ________________

____

* Al final de cada capítulo ofrecemos preguntas y acciones para ayudarle a implementar los principios enunciados en el capítulo. Si tiene un momento adecuado de reflexión, o si está estudiando este libro en un grupo de papás, le recomiendo encarecidamente que se tome el tiempo de trabajar cada pregunta concienzudamente. Pero si tiene poco tiempo, trabaje las preguntas marcadas con un asterisco (*).

CAPITULO DOS

El vínculo paterno

Si es usted como la mayoría de los hombres —aun como los que han sufrido experiencias negativas y dañinas con sus propios padres— tiene una idea general de la clase de padre que quiere ser. Tiene una imagen en su mente, quizá apenas esbozada pero imagen al fin, de cómo es un padre modelo:

* Usted quiere ser la clase de padre cuyos hijos se sientan seguros y son seguros de *sí* mismos, que se sientan amados y aceptados.

* Usted quiere ser la clase de padre cuyos hijos esperan hasta el matrimonio para tener una relación sexual, y permanezcan fieles a su cónyuge.

* Usted quiere ser la clase de padre cuyos hijos e hijas adquieran fama de ser hombres y mujeres de integridad: honestos, éticos y trabajadores.

* Usted quiere ser la clase de padre cuyo hijo pueda decir: "Mi papá cumple sus promesas."

* Usted quiere ser la clase de padre cuyos hijos sepan resistir la presión malsana de sus compañeros; hijos que desarrollen amistades sanas, hijos que se ganen el respeto y la admiración de sus compañeros.

* Usted quiere ser la clase de padre cuyos chicos pueden decirle no a las drogas y al alcohol y a conductas peligrosas.

* Usted quiere ser la clase de padre cuyo hija adulta le manda una nota para sencillamente decir: "Papá: gracias porque te encuentro cuando te necesito", la clase de padre cuyo hijo le pide que esté a su lado en la ceremonia de casamiento.

* Usted quiere ser la clase de padre cuyo hijo pueda acercarse, sentarse a su lado y decir: "Papá, tengo este problema y necesito tu consejo."

* Usted quiere ser la clase de padre cuyos hijos admitan enseguida sus pecados o errores, que sean perdonadores y pacientes con los demás, y que disfruten de un sano sentido de autoestima y de confianza en sí mismos.

* Usted quiere ser la clase de padre que quizá sin querer oiga a su hija decir a una amiga: "Quiero casarme con alguien que sea como papá, alguien a quien pueda admirar y respetar."

Esa es la clase de padre que todos queremos ser. Esa es la clase de padre que yo quería ser cuando era joven. Pero no sabía cómo. Sabía que mi padre no tenía ninguna de esas cualidades cuando yo era chico, y tenía miedo de ser más como él que como el padre que anhelaba ser. Sabía que una cosa que necesitaba era un ejemplo, un padre a quien pudiera emular, un padre de quien pudiera aprender y a quien imitar. Así que empecé a mirar a mi alrededor buscando a hombres que parecían ser la clase de padre que yo quería ser. Y los encontré.

En busca de un ejemplo

Uno de los primeros y más positivos ejemplos de paternidad que encontré fue Dick Day, a quien ya he mencionado.

Lo conocí en el seminario donde ambos estudiábamos en la década de 1960. Dick era mayor que yo, ya estaba casado y tenía cuatro hijos. Como yo, él también fue el hijo de un padre alcohólico y el producto de un hogar disfuncional. Había conocido a Cristo cuando tenía casi treinta años y había ido al seminario en respuesta al llamado de Dios al ministerio.

Nos conocimos cuando nos anotábamos para las clases, y nos llevamos muy bien desde el primer momento. Nos hicimos muy amigos y pronto fui como un integrante más de la familia Day, muchas veces cayéndoles a horas intempestivas, como las 6:30 de la mañana o después de las 11 de la noche para conversar de algo que me parecía no podía esperar. Dick se mostraba siempre paciente, amable y cariñoso, características que poco había conocido en mis años formativos.

Me impresionó inmediatamente la manera como Dick y Charlotte trataban a sus hijos y se trataban entre sí. La relación entre ellos y cada uno de sus hijos era muy positiva. Yo los observaba sorprendido y admirado del gozo evidente que compartían unos con otros, muchas veces sonriendo, riendo y abrazándose (en realidad, puedo decir que aprendí a abrazar por andar con la familia Day). Vi en Dick la clase de padre que yo quería ser algún día. Vi un ejemplo claro, concreto de lo que quería llegar a ser.

Más adelante, cuando Dick y yo empezamos a trabajar bajo la Cruzada Estudiantil para Cristo, nuestros caminos tomaron rumbos distintos por un tiempo. Yo empecé a dar conferencias en universidades en los Estados Unidos y Canadá y, a la larga, conocí a Dottie. Cuando empezamos a salir, me intrigaba su mención frecuente de su familia, y cuánto significaban para ella su mamá, papá, hermano y hermana. A los pocos meses, durante las vacaciones navideñas, conocí a la familia de Dottie.

Es difícil decir qué me atrajo más en aquellos primeros días de nuestra relación: llegar a conocer a Dottie o llegar a conocer a su papá. Empecé a comprender por qué Dottie admiraba a su padre. Era un señor convencional, nada ostentoso (en realidad, era algo estricto), pero era fácil de ver por qué ella lo quería y respetaba tanto. Desde el primer momento empecé a aprender de él lo que significa ser un esposo y padre cariñoso. Vi a un hombre a quien sus hijos amaban y respetaban, un hombre en quien sus hijos confiaban, un hombre

cuyos hijos eran tan bien educados que podía disfrutar de su compañía y deleitarse en su amistad.

Durante años, el ejemplo de esos hombres llenaron mi necesidad de contar con un modelo de la clase de padre que quería ser. Me hicieron ver las cualidades de un padre que yo había anhelado tener toda mi vida, la clase de cualidades que desesperadamente quería algún día emular en la familia que formara. Me beneficié muchísimo del ejemplo de esos hombres, pero no fue hasta mucho después que aprendí de un ejemplo mucho mejor, una manera mucho mejor de llegar a ser el padre que anhelaba ser.

El Padre modelo

Norm Wakefield, el amigo y coautor que mencioné en el primer capítulo, es una de las personas que me ayudó a comprender significativa y poderosamente mi papel y mi recurso como un padre que lucha por ser mejor. Aunque las experiencias de niño y adolescente de Norm eran muy distintas de las mías, compartía conmigo algunas de las luchas al tratar de dar forma al concepto de un modelo sano de la paternidad. Norm lo explica así:

> No fue hasta llegar a la mediana edad como adulto que me fue posible establecer una relación cálida, amistosa con mi padre.
>
> La carrera de mi padre estaba llena de presiones y desencantos. Le daba trabajo disfrutar de sus hijos y a nosotros nos daba trabajo acercarnos a él.
>
> Recuerdo haber aceptado a Jesucristo como mi salvador a la edad de doce años, el primer integrante de mi familia en tomar ese paso. Pero al comenzar a dar forma a una imagen mental del amor del Padre celestial por mí, no podía hacerlo sin superponer mi relación con mi propio padre terrenal.
>
> Dado que papá nunca estaba satisfecho conmigo, pensaba que Dios se sentiría de la misma manera. Era como si el Señor me estuviera diciendo: "Norm, ¿por qué no te enderezas? ¿Por qué te tengo que aguantar? Mejor que te compongas, si no quieres que yo..."
>
> ¡Imagínense el impacto que tuvo esto sobre mi autoestima de adolescente, y ni qué decir de mi percepción errada

del amor de Dios! Es muy común que los niños crean que Dios los valora de la misma forma como lo hacen sus papás. Si papá es cariñoso, cálido y acogedor, imaginan a Dios cariñoso, cálido y protector. Pero si perciben a un papá frío, distante y ocupado en "cosas más importantes", es probable que sientan que Dios es inalcanzable y que no se interesa por ellos como individuos.

Tuve esta imagen equivocada de Dios hasta los cuarenta años, cuando él puso en mi camino ciertas circunstancias que literalmente transformaron mi relación con él. ¡Descubrí cuán cariñoso, amante y vitalmente interesado es Dios! Y resulta interesante que, a través de esas mismas cincunstancias, los muros se derrumbaron y mi padre y yo pudimos estrechar nuestros lazos como nunca habíamos podido hacerlo.

Como parte de mi nuevo descubrimiento de la naturaleza de Dios, leí el libro de Salmos de punta a punta, con lápiz en mano, tomando nota de cada mención del SEÑOR. Al estudiar esos versículos, me di cuenta de que casi todas las referencias proveían una descripción directa o indirecta de nuestro Padre celestial. Pronto había llenado varias páginas del cuaderno con dichos atributos, y de ellos surgió un perfil de lo que la mayoría de nosotros consideraría un padre "ideal". ¿Mi conclusión? Las cualidades básicas de la paternidad que se ven en nuestro Señor son las cualidades que él quiere desarrollar en los padres cristianos de la actualidad.

¡Había descubierto una teología de la paternidad, teniendo a Dios mismo como ejemplo del padre modelo!

¡Dios es el Padre modelo! En mi búsqueda de padres modelos, tuve la buena fortuna de encontrar dos de los mejores. Pero Norm me ayudó a ver que había pasado por alto al mejor modelo de todos, al original, a la norma de una paternidad eficaz: Dios mismo. La imagen mental que yo tenía de la clase de padre que yo quería ser —apenas esbozada quizá, pero imagen al fin— era en realidad una imagen de mi Padre celestial, fuente de todo lo bueno (Stg. 1:17).

El es "el Padre, de quien proceden todas las cosas" (1 Cor. 8:6b). Puso el aliento de vida en el primer hombre, convirtiéndose Adán en el primer "hijo de Dios" (Luc. 3:38). Desde ese momento, cada uno de nosotros ha sido hecho a la imagen

de "tu Padre, tu Creador, quien te hizo y te estableció" (Deut. 32:6). Desde literalmente el "primer día", Dios no sólo ha deseado la relación Padre-hijo con cada uno de nosotros, sino que también nos ha ofrecido un ejemplo de lo que una paternidad sana es.

El es un Padre tierno, que nos invita a llamarlo "Abba", el equivalente arameo de "papá" o "papito" (Rom. 8:15; Gál. 4:6). Es un Padre que escucha, que nos insta a acercarnos a él resueltamente como "Padre nuestro que estás en los cielos" (Mat. 6:9). Es un Dios cariñoso, que libre y poderosamente demostró su amor de Padre en el bautismo de su Hijo, Jesús, con una voz como de trueno que dijo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mat. 3:17). Es un Padre dadivoso, que da buenas cosas a sus hijos (Mat. 7:11). El es el Padre de todos (Ef. 4:6), la definición misma de la paternidad, la fuente de todo lo que es bueno, y moral, y digno de ser imitado.

Por lo tanto, el hombre que quiera llegar a ser un padre bueno y eficaz, la norma, el ejemplo a seguir, es Dios el Padre. Las características que yo había anhelado ver —sin lograrlo— en mi propio padre eran características de Dios. Los rasgos que tanto admiraba en Dick Day y en el padre de Dottie me resultaban tan atractivos porque reflejaban los atributos de mi Padre celestial. Las cualidades que ansiaba demostrar a mis propios hijos eran las cualidades que se asemejaban a la naturaleza de mi Padre celestial.

Comprender eso, captar esa percepción, me transformó y me capacitó. Ya no tenía que sentirme incapacitado por el ejemplo de mi padre terrenal. Ya no tenía que buscar ejemplos que imitar (aunque todavía me beneficio de sus ejemplos y aprendo de sus triunfos). Ya no tenía que luchar por formar una clara imagen de lo que un padre debe ser, o el padre que yo debía ser. ¡Todas mis necesidades como padre podían ser suplidas en Dios, el Padre modelo!

El recurso del Padre

Aunque esa percepción fue transformadora, me faltaba todavía mucho que aprender. Desde entonces me encuentro embarcado en un emocionante viaje de descubrimiento al proponerme comprender todo lo posible sobre las cualidades pa-

ternas de Dios, sabiendo que dicho conocimiento no sólo profundizaría mi percepción de él; también me enseñaría lo que necesito saber y ser como padre de mis hijos. Al fortalecer mi vínculo con Dios, fortalezco mi propio vínculo con mis hijos y mejoro la efectividad de mis relaciones e interacción con ellos.

La clave de este vínculo paterno bilateral es la percepción que Dios el Padre no sólo es el modelo de la paternidad eficaz, sino también el recurso para llegar a ser el padre que usted ansía ser. El vínculo paterno no es mera imitación, es asociación. No se trata de saber cómo, ¡sino de conocer quién! El vínculo paterno no es un nuevo juego de reglas para la paternidad; abundan los libros que sencillamente agregan a nuestra lista cotidiana de "cosas que hay que hacer" y nos dicen lo que deberíamos hacer o lo que haríamos si fuéramos padres decentes. El vínculo paterno tiene que ver con una relación; una que, aplicada a su papel de padre, puede transformarlo a usted, a sus hijos, su familia y su futuro.

He descubierto que cuánto más fuertes son mis relaciones con mis hijos, más capaces parecen ser de enfrentar la presión de sus compañeros, de tomar decisiones sabias, de honrar a su padre y de obedecer las reglas. Una relación fuerte con papá parece no sólo darles disposición para vivir una vida sana, feliz, piadosa; parece también *capacitarlos* para hacerlo. La confianza, seguridad y satisfacción que fluyen de su relación con sus padres los fortalece contra las trampas y tentaciones que enfrentan cuando están en la escuela o con sus amigos.

Algo parecido sucede en un nivel mucho más profundo en mi relación con Dios el Padre. Cuando mi relación con él es fuerte y está al día, no sólo tengo *disposición* para ser el padre que quiero ser, sino que estoy literalmente capacitado para hacerlo por medio de su Espíritu, por medio de su presencia conmigo y en mí. En esta forma crucial, no sólo es él ejemplo para mí como padre, sino que es también mi recurso. Parafraseando el Salmo 28:7: "Jehovah es mi fuerza y mi escudo como padre; cuando espero en él, él me ayuda."

Al establecer el vínculo

Un amigo mío suele contar una experiencia que tuvo de adolescente como conductor de un programa de la estación de radio de su escuela. La estación permanecía en el aire durante

todo el verano, y era tarea de Bob llegar alrededor de las 7:30 de la mañana y prender el transmisor (un pesado aparato heredado de una estación radial comercial que mandaba la señal radial a la torre cercana para ser transmitida a la enorme distancia de ¡ocho a diez millas!) Después de unos minutos, el transmisor estaba listo para operar, y a las 8:00 Bob daba comienzo al programa de cuatro horas.

Cierta mañana, Bob se sentía más dinámico que nunca. La música que elegía parecía inspirada. Su habilidad de empalmar el final de una canto con el comienzo del próximo, se combinaba artísticamente. Sus comentarios entre cantos estaban llenos de ingenio y perspicacia. Ya empezaba a sentirse muy seguro de sí mismo y orgulloso. Hasta que empezó a hacer la verificación del contador del transmisor, cosa que debía realizar una vez por hora.

El transmisor estaba muerto. Bob le dio golpecitos y movió los varios cables que lo conectaban con el transmisor. Después, miró la pared.

El enchufe eléctrico colgaba del tomacorriente en la pared. De alguna manera se había desenchufado. ¡Había estado desenchufado toda la mañana! La actuación aguda, ingeniosa y perspicaz había llegado a una sola persona: ¡él mismo! porque el transmisor no estaba conectado a la fuente de electricidad.

Los siguientes capítulos enfatizan diez cualidades de Dios el Padre —fuente de poder de todo cristiano— que caracterizan su interacción con sus hijos y brinda un ejemplo para su papel y sus tareas como padre. Cada capítulo no sólo revelará un atributo especial del Padre, sino que también le ayudará a aplicar y cultivar esa cualidad, con la ayuda del Espíritu Santo de Dios, en su propia vida y familia.

Unase a mí en asumir el compromiso de ser un ejemplo del carácter de nuestro Padre celestial ante nuestros hijos. Creo que será un compromiso que valdrá la pena todo el tiempo y energía que pueda requerir, porque no sólo estará dándoles a sus hijos una hermosa imagen de la paternidad de Dios; también les estará dando un padre que es digno del amor y respeto de sus hijos, un hombre en quien pueden confiar sus hijos, un hombre que disfruta sinceramente de la compañía de sus hijos, que está orgulloso de ellos y que goza de su amistad.

Para reflexión, diálogo y acción

1. Tómese unos momentos para reflexionar en la clase de padre que usted quiere ser. Luego, complete esta declaración las veces que sea necesario, hasta haber completado la declaración de sus esperanzas y metas como padre (si fuere necesario use una hoja de papel por separado):

Quiero ser la clase de padre que ________________

Quiero ser la clase de padre que ________________

Quiero ser la clase de padre que ________________

Quiero ser la clase de padre que ________________

Quiero ser la clase de padre que ________________

Quiero ser la clase de padre que ________________

Quiero ser la clase de padre que ________________

2. ¿Quiénes han sido sus ejemplos de paternidad más positivos? Escriba una lista con los nombres y, junto a cada uno, liste lo que el ejemplo de ellos le ha enseñado.

*3. ¿Cómo puede usted mejorar su relación con su Padre Celestial? Marque los que se apliquen:

Empezando la costumbre de orar y leer la Biblia regularmente.

Volviendo a la costumbre de orar y leer la Biblia regularmente.

Siguiendo con la costumbre de orar y leer la Biblia regularmente.

Reuniéndome regularmente con otros que aman al Padre, para adorarle y disfrutar de comunión y compañerismo.

Sumándome a un grupo de oración, estudio bíblico y/o que busca ser más responsable.

4. Si no lo ha hecho ya, seleccione dos o tres padres que se comprometan a formar con usted un grupo para aprender a ser más responsables. Estudien este libro y trabajen juntos las preguntas, y comprométanse a orar y alentarse mutuamente al tratar de lograr la excelencia como padres cristianos.

CAPITULO TRES

El amor y la aceptación incondicional del padre

Hace unos años fui invitado a dar una conferencia a todo el estudiantado de una escuela secundaria. Por razones de horario y espacio, tenía que darla a todos los estudiantes a la vez, una cantidad demasiado grande que no cabía en el auditorio de la escuela. Así que la asamblea se realizó afuera. Yo estaba de pie sobre una roca para hablar a unos mil estudiantes sentados en el césped del parque de la escuela.

Al comenzar a hablar, un grupo de "rockeros punk", con su cabello fluorescente y luciendo largas cadenas se acercó a unos siete metros de mí. Algunos de los maestros y otros estudiantes observaban al extraño grupo, quizás esperando que causaran un disturbio. Yo seguí con mi conferencia y terminé de hablar sin ser interrumpido.

En cuanto acabé y me bajé de la roca, el que aparentemente era el líder de los "rockeros punk" corrió hacia mí y se plantó delante de mí. Los demás presentes quedaron boquiabiertos, y mil pares de ojos se concentraron en mí y en el joven.

La mayoría de los concurrentes no podía ver las lágrimas que rodaban por las mejillas del muchacho, ni podía oír que me preguntaba si podía darle un abrazo. Una ola de murmu-

llos recorrió el auditorio cuando puse mis brazos alrededor de él y él, a su vez, enterró la cabeza en mi hombro y se puso a llorar.

El abrazo duró como un minuto, ¡un abrazo largo para un "rockero punk"! Cuando por fin me soltó, entre lágrimas me explicó: "Mi papá nunca me ha abrazado ni me ha dicho que me quiere."

Ese joven ansiaba el amor de un padre. Quería sentir el amor y la aceptación que sólo su padre podía darle. Su aspecto extravagante y su conducta alocada eran un grito pidiendo atención, algo que no estaba recibiendo de su padre.

La necesidad más básica del niño

He escuchado o visto casos similares a éste cientos, quizá miles, de veces. He observado el dolor y la devastación que ocurre en el joven o la joven cuyos padres no quieren o no son capaces de comunicar amor y aceptación a sus hijos.

Hablé ante una gran cantidad de adolescentes en Fishnet, un enorme festival de música y de enseñanza en una granja en Virginia, en los Estados Unidos. Una mañana, al hablar sobre la importancia y el valor de guardar las relaciones sexuales hasta el matrimonio, les dije a los alrededor de doce mil jóvenes, que ellos eran especiales, y que nunca olvidaran que eran de un valor incalculable, y que quien los amara de verdad reconocería ese valor y lo honraría esperando hasta el matrimonio para tener relaciones sexuales.

Más tarde, esa misma mañana, noté que una chica rubia, de unos doce años, me seguía. Me detuve y le pregunté:

—¿Querías hablar conmigo?

—¿Usted de veras cree que yo soy especial? —respondió tímidamente.

—¡Sí! —contesté con vehemencia—. Dios te hizo muy especial así que nunca lo olvides.

Con cautela puse mis brazos alrededor de sus hombros y le di un abrazo paternal. De pronto, ella empezó a llorar.

—No se imagina cuánto hace que espero eso —dijo ella—. Mamá y papá se divorciaron hace cinco años, y mi papá nunca me ha dado un abrazo ni me ha dicho que soy especial.

Cinco días después al partir para el aeropuerto, un guardia de seguridad me pasó una nota diciendo que me la

mandaba una niña. La nota, doblada apretadamente, tenía sólo cuatro palabras escritas en rojo: *Gracias por quererme... Koreen.*

Esa jovencita clamaba por ser amada y aceptada, de la manera como sólo un padre puede hacerlo, de la manera que ella nunca había podido sentir.

No puedo decirles cuántas veces me ha dolido el corazón al percibir cuán común es la experiencia de Koreen. Incontables jóvenes me han dicho: "Mi padre nunca me demuestra afecto" o "Mi padre sólo me presta atención cuando hago algo malo."

He oído a padres llamar a sus hijos e hijas: "Estúpido", "tonto" o cosas peores.

He visto a padres gritar humillando a sus hijos cuando éstos participan en competiciones deportivas.

He cenado con padres que nunca hablaron a sus hijos ni los incluyeron en la conversación en el curso de toda la comida.

He conocido a padres que pasan muy poco tiempo con sus hijas, excepto para criticar su vestido o sus amistades.

He observado a padres que hablan cándidamente a otros sobre los defectos de sus hijos, aun cuando éstos los están escuchando.

Lo trágico es que he visto la devastación emocional que tales padres producen en sus propios hijos con sus acciones o inacción. Los hijos —cualquiera que sea su edad— tienen una profunda necesidad de sentirse importantes, de sentirse aceptados y amados. La intención de Dios es que esa necesidad normal, sana, sea suplida ante todo en el hogar, por mamá y papá. Si ambos padres no satisfacen ese anhelo de ser amado y aceptado, el hijo buscará llenar el vacío emocional con alguien o algo más, y ese impulso lo puede llevar a conductas que lo pueden destruir, o dañar gravemente. El padre que no comunica amor y aceptación a su hijo no es una influencia neutral en la vida de su hijo, sino una negativa.

Esa no es la clase de padre que quiero ser. Quiero ser la clase de padre cuyo hijo se sienta aceptado y amado, cuyo hijo se desarrolle hasta ser un joven o una señorita que se siente seguro en general y seguro de sí mismo, cuyo hijo tenga la capacidad de amar y brindarse a otros.

Quiero ser la clase de padre que es mi Padre.

Primero, ante todo y para siempre: amor

Hablo con muchas personas, jóvenes y mayores, que no se dan cuenta de que Dios los amaba aun antes de que aceptaran a Cristo como su Salvador. Mientras todavía estábamos en la oscuridad, cuando todavía éramos enemigos de Dios, él nos amó y murió por nosotros (vea Ef. 5:8; Rom 5:8). El nos amó *primero* (1 Jn. 4:19). No esperó a que nos "reformáramos". No esperó a que alcanzáramos todas sus expectativas; no esperó a que lo hiciéramos "quedar bien". Sencillamente nos amó.

No sólo eso, sino que también nos *demostró* su amor por nosotros. No es la clase de padre a quien le cuesta abrazar a un niño o decirle "Te amo". Nos ama *ante todo* (Rom. 8:32). Nos habló de su amor por nosotros en su Palabra (Juan 1:14); nos demostró su amor por nosotros en la cruz; escribió su amor por nosotros con sangre.

El Padre no sólo nos ama primero y ante todo, también nos ama para siempre (Jer. 31:3). El amor del Padre por nosotros es completo, constante e incondicional. No podemos obtenerlo por nuestros propios méritos. No podemos escapar de él. No podemos borrarlo. El puede sentirse desilusionado cuando le desobedecemos, o triste cuando nos apartamos de él, pero nunca, nunca, nunca deja de amarnos. El amor incondicional del Padre es tal que...

> ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo porvenir, ni poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.
>
> *Romanos 8:38, 39*

¡Esa es la clase de padre que quiero ser! Quiero que mis hijos sepan que los acepto y amo. Quiero que sepan que los amaba antes de que pudieran corresponder a mi amor. Quiero que sepan que los amaba cuando su principal relación conmigo involucraba biberones, eructos y pañales sucios. Quiero que sepan que mi amor por ellos es incondicional, no basado en lo que ellos hacen sino en quienes ellos son.

También quiero que mis hijos sepan que mi amor por ellos es "ante todo". Mi trabajo no es más importante que ellos. Mi "hobby" no es más importante que ellos. Mis amigos no son

más importantes que ellos. Mi posición en la iglesia o en la comunidad no es más importante que ellos. Mi amor por ellos es "ante todo".

Por último, quiero comunicarles a mis hijos que los amo para siempre. Quiero que sepan que los acepto y los amo pase lo que pase, incondicionalmente. No tienen que ganar mi amor con sus méritos. No pueden escapar de mi amor. No pueden borrar mi amor.

Esa es la clase de padre que quiero ser. Pero, por supuesto, esa clase de paternidad no resulta algo natural para muchos hombres, y quizá menos para mí. Es algo que he tenido que aprender.

Crear un ambiente de amor y aceptación incondicionales

No hay *nada* más importante que el padre tiene que aprender que el amor y la aceptación incondicionales. Porque, si su hijo no siente su amor y aceptación incondicionales, no se sentirá seguro. El hijo inseguro rara vez está dispuesto a ser vulnerable. El hijo inseguro no será transparente. No hablará cándidamente de lo que pasa en la escuela. La mujercita no comentará libremente cómo la trata su noviecito. Cuanto más pueda usted comunicar su aceptación incondicional a sus hijos, más propensos serán a hablar con usted, a ser francos, a exteriorizarle sus pensamientos y preocupaciones y luchas.

Es obvio, como dije, que la aceptación incondicional no es fácil. En realidad, si hemos de ser sinceros, ni siquiera es completamente posible. Sólo Dios puede aceptar incondicionalmente. Como pecadores, nos vemos limitados en nuestra habilidad de aceptar a nuestros hijos, pero nuestras debilidades pueden ser superadas por el poder del Espíritu Santo, quien nos da habilidades que quizá no sabíamos que teníamos.

Así que, ¿cómo lo hacemos? ¿Cómo comunicamos amor y aceptación incondicionales a nuestros hijos, como el amor que nuestro Padre nos demuestra? Empieza, por supuesto, con una oración sentida y una dependencia constante de Dios. Si estamos vinculados con Dios a través de su Espíritu Santo, podemos entonces vincularnos a la necesidad de nuestro hijo

por medio de consciente y diligentemente implementar siete cosas esenciales al amor y la aceptación incondicionales.

Demostrar afecto

Una de las maneras más básicas de suplir la necesidad del niño de contar con un amor incondicional es demostrarle afecto. Hay un poder inmenso en un sencillo abrazo o beso, unas palabras afectuosas o una mirada cariñosa.

En su libro *The Total Man* (El hombre total), Dan Benson reflexiona en lo valiosos que fueron esos momentos en su infancia:

> Nunca olvidaré los abrazos en familia que muchas veces sucedían en la cocina cuando era niño. Entrando por la puerta, veía a papá envolviendo a mamá en un gran abrazo (un espectáculo común en casa). Eso me hacía sentir bien. Tan bien que no podía resistir la tentación de sumarme a ellos... Así que cruzaba la cocina corriendo y envolvía mis brazos alrededor de sus piernas. Mamá y papá siempre estaban contentos de incluirme. Y si andaban por allí otros de mis hermanos, ellos a veces se sumaban al abrazo familiar que se iba haciendo cada vez más grande. Mamá y papá hacían que nuestra casa fuera un hogar cariñoso, más por su ejemplo que por sus discursos. De niños nos sentíamos seguros porque papá llevaba la delantera en hacer que el ambiente de casa fuera de amor y alegría.

Las demostraciones no son igual al amor y aceptación incondicionales, es claro. Algunos padres que abrazan y besan a sus hijos no demuestran amor y aceptación incondicionales. Pero los abrazos y los besos pueden ayudar al padre a decir a sus chicos: "Te acepto y te amo tal como eres."

Deleitarse en la singularidad de cada hijo

Dios nos creó a cada uno como un individuo singular. Piénselo, de los más de cinco mil millones de personas vivientes sobre el planeta Tierra en este momento, no hay ni uno igual a usted. Y no hay nadie exactamente igual a su hijo o hija.

El papá de Dottie, ya mencionado en el capítulo 2, tenía

maneras sencillas de reconocer a cada hijo individualmente. Le decía a Dottie: "Eres mi chica grande favorita." Después le decía a su hermanita: "Eres mi chiquita favorita." Y a su hermano le decía: "Eres mi muchacho favorito." Parece muy simple, quizá aun tonto, pero da resultado, y era una manera de hacer que sus hijos se sintieran especiales.

Es trágico oír a un padre decir a su hijo: "¿Por qué no puedes ser más como tu hermano?" o "¡Tu hermana nunca tenía problemas con matemáticas!" Cuánto mejor es deleitarse en la singularidad de cada hijo, reconociéndolo como un individuo con rasgos, talentos y dones singulares. Si estudia usted a sus propios hijos, encontrará muchas maneras en que cada uno es singular: Una risa contagiosa, la habilidad de tener amigos, un espíritu compasivo, una hermosa voz para cantar, una sonrisa radiante, un amor por los animales. Asegúrese de comunicar positivamente a su hijo las glorias y maravillas de esa singularidad.

Reafirmar el valor personal del niño

Su hijo necesita tener un sentido de su valor personal. Cada persona debe llegar a tener la seguridad y el sentido de que es una persona de valor.

Los papás pueden comunicar de muchas maneras el valor personal del niño. Una de las maneras más importantes de lograrlo es dedicarle tiempo al niño. Tiempo significa importancia. Tanto así que muchas veces he dicho que los chicos deletrean la palabra amor de una manera diferente que sus padres porque la deletrean "T-I-E-M-P-O". Este es un desafío muy especial para mí ya que estoy ausente de casa aproximadamente el quince por ciento del tiempo. No obstante, me esfuerzo mucho por compensar las ausencias, llevando a mis hijos en mis viajes cuando me es posible, telefoneando a casa todos los días, llevando a mis hijos a desayunar afuera cuando regreso de un viaje.

En cierta ocasión me invitaron a hablar a un importante equipo de fútbol americano en su culto de capilla antes del partido. Llevé a Sean, mi hijo, y después del culto fuimos a la cancha. El equipo nos había obsequiado asientos buenísimos. Cincuenta mil espectadores llenaban el estadio y su algarabía era ensordecedora.

Puse mi brazo alrededor de mi hijo y dije:

—Mira cuánta gente, muchacho.

Sean giró 360 grados en su asiento para poder verlos a todos, especialmente los que estaban en las gradas más altas. A los ojos de un chico de diez años se le antojaba que todos los habitantes de la tierra estaban en esa cancha.

—¡Es increíble, papá! ¡Cuánta gente!

—Tienes razón. ¿Pero sabes una cosa? Tú eres más importante para mí que todas estas personas juntas. Hijo, ¡lo que tú piensas de mí como tu padre significa más para mí que la opinión de todas estas cincuenta mil personas!

Sean abrió aun más los ojos. Volvió a observar todo el estadio. Luego, con su entusiasmo infantil exclamó:

—¿De veras papá? ¿Más que todos ellos?

Y sin más trámites, se levantó de su asiento y se acomodó sobre mis rodillas, sintiéndose seguro e importante. En ese momento, Sean percibió que podía contar conmigo.

Fomentar un sentido de "pertenecer"

Si nuestros hijos no sienten que "pertenecen", que son parte del hogar, buscarán en otras partes un núcleo al cual pertenecer y del cual ser parte. Algunos, como el "rockero punk" del que ya les conté, se identifican con un grupo de sus amigos (a veces extravagantes). Otros se incorporan a pandillas callejeras por el sentido de "pertenecer" que ofrecen. Aun otros tratan de llenar su necesidad de aceptación con las relaciones sexuales. Susy, una chica en el penúltimo año de la secundaria, explicaba así su actividad sexual: "Me sentía sola. Mamá y papá siempre estaban demasiado ocupados para darme su atención. Cuando Ted se fijó en mí me sentí extasiada. El me escuchaba. Me tenía en sus brazos y me consolaba. Realmente parecía quererme."

Mi amigo Dick Day y su esposa, a quienes ya he mencionado en el capítulo anterior, adoptaron un huérfano de Corea a quien llamaron Timoteo. Después que Timmy arribara a Norteamérica y se sumara a la familia Day, le llevó muchos meses adaptarse a su nueva familia y a su nueva cultura. Un día, cuando Timmy luchaba por poder acostumbrase a algunas cosas, Dick le preguntó:

—Timmy, ¿te gustaría volver alguna vez a Corea?

—¡Oh, no! —contestó Timmy.

—¿Por qué no? —preguntó Dick.

—Porque aquí —dijo Timmy— soy alguien especial.

Usted puede dar a sus hijos ese sentido de "pertenecer", el sentido de que son una parte importante de su familia. Contar con ese refugio emocional les dará la fortaleza para superar los sentimientos de inseguridad, las presiones negativas de sus amigos y las presiones sexuales. El amor y la aceptación de usted les expresan: "Tú perteneces a esta familia, aquí te valoramos", y les da una base para poder valorarse y estimarse a sí mismos.

Reconocer más los valores que las actuaciones

Cuando mi hijo Sean tenía doce años jugaba en un equipo infantil de béisbol. Una semana antes de que empezara la temporada, se me ocurrió una idea para poder demostrarle aceptación a él y a sus compañeros de equipo. Compré doce cupones para helados en un restaurante local, y se los llevé al entrenador.

—Entrenador, esto es para los chicos —le dije.

—Muchas gracias —me dijo con una amplia sonrisa—. Esto es buenísimo. Ojalá más padres se interesaran como usted. Los llevaré a comer los helados cuando festejemos su primer triunfo.

—No, entrenador —dije rápidamente—. Quiero que los lleve a comer helados después de la primera vez que pierdan.

Me miró extrañamente. Me di cuenta que había dicho algo que no computaba con su concepto de ganar, perder y las recompensas por jugar bien. Entonces le expliqué:

—Amigo, no sé qué opina usted. Pero al educar yo a mis hijos no quiero reconocer tanto su esfuerzo como el hecho de que son creados a la imagen de Dios. Creo que mi hijo fue creado a la imagen de Dios y que tiene una importancia, una dignidad y un valor infinitos, y nada de ello tiene que ver con jugar al béisbol. Si él nunca jugara béisbol en su vida, yo lo amaría y aceptaría igual.

El director de Sean me estudió largamente. Por último, lo único que se le ocurrió decir fue:

—Bueno, eso sí que es *algo nuevo*.

Pero hizo lo que le pedí, y la primera vez que el equipo

perdió los llevó a comer helados como equipo.

Sean me agradeció esos helados por lo menos cinco veces. Además, en las próximas dos semanas tres de los chicos del equipo me agradecieron ese gesto especial. Recuerdo sobre todo a un muchachito que dijo:

—Muchas gracias por los helados, señor McDowell. ¡Qué bueno! A usted no le importa si ganamos o no... ¡Nos quiere igual!

De eso justamente se trataba. Quería comunicarles a Sean y a sus compañeros que los amo, acepto y valoro, no importa cómo sea su actuación. Me baso en el hecho de que cada uno fue creado a la imagen de Dios y, en consecuencia, posee infinito valor y dignidad.

Cultivar un sentido de ser competente

Los niños necesitan un creciente sentido de ser competentes a fin de sentirse amados y aceptados en su familia y en la sociedad. Todos los niños tienen el deseo natural de hacer todo bien. Como padres podemos alentar a nuestros hijos en sus intentos y felicitarles por sus logros. Lamentablemente, hay varias razones por las cuales el niño puede no lograr fácilmente ese sentido de ser competente.

Los adultos tienen la tendencia de medir la habilidad del niño según sus normas adultas. No podemos pretender que el niño funcione a nuestro nivel adulto de competencia. No puedo pretender que mi hija lave tan bien el auto como lo lavo yo. Cuando mi hijo era más pequeño no podía pretender que tendiera la cama tan pulcramente como yo. Tengo que considerar su conocimiento y comprensión limitados.

Y no podemos pretender que nuestros hijos sean competentes sin ser enseñados. ¿Cuántas habilidades se requieren para tender una cama, lavar un auto y cortar el césped? No obstante, muchos padres asignan tareas sin darles instrucciones adecuadas: "Ya eres bastante grande como para limpiar tu propia habitación. ¡Hazlo ya! ¡Y hazlo bien!"

Por otra parte, damos a nuestros hijos las instrucciones para una tarea, también tenemos que darles la libertad de cometer errores. Si se equivocan, tenemos que animarles a completar la tarea, quizá con nuestra ayuda. *Elogie* lo que lograron y motive a sus hijos para que terminen una tarea

que dejaron a medio hacer: "¡El exterior del auto se ve muy bien! Pero adentro le falta un poco. ¿Quieres que te ayude a limpiar el interior?"

Existen influencias fuera de su familia que igualmente afectan el sentido de ser competente de su hijo. Vivimos en una sociedad competitiva. Constantemente nos encontramos compitiendo con otros y sus habilidades en el trabajo, la escuela, el campo de deportes. Lamentablemente siempre hay alguien que hace las cosas un poquito mejor que nosotros. Muchos estamos tan abajo en la escalera de la competencia en ciertas áreas de nuestra vida, que cuando se nos mide constantemente contra actuaciones superiores a las nuestras, vamos perdiendo nuestra confianza en nosotros mismos.

Cultivar en nuestros hijos el sentido de ser competentes es un esfuerzo de mucho tiempo que demanda mucho pensar y planear. También demanda que nos involucremos activamente en la vida de nuestros hijos como ejemplos positivos lentos para encontrar defectos y rápidos para apuntalar nuevos niveles de superación. Tenemos que ayudarles a lograr una auténtica valoración de sus puntos fuertes y aceptar sus limitaciones sin condenarse a sí mismos. El padre tiene la oportunidad singular de crear un ambiente positivo en su hogar; uno que hace que surjan los puntos fuertes de sus hijos, los reafirme y refuerce, y les inculque una aguda percepción de quiénes son y por qué tienen una importancia, una dignidad y un valor infinitos.

Tales chicos serán menos propensos a empezar a tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Serán menos propensos a entablar relaciones malsanas en busca de amor y aceptación. Serán menos propensos a rebelarse. Serán menos propensos a ceder ante las presiones de sus compañeros.

Por lo mismo, tales chicos serán más propensos a tener normas sexuales buenas, a desarrollar relaciones sanas, a tener éxito en sus estudios y, más adelante, en su carrera.

Estas son las cosas que un padre sueña. Pero no suceden accidentalmente. Ni siquiera suceden como resultado del esfuerzo humano. Sólo pueden suceder cuando estamos vinculados —por medio de depender del Espíritu Santo— al Padre que nos ama y nos acepta, y quien nos capacita con cuidadoso y diligente esfuerzo a ser la clase de padre que queremos ser, la clase de padre que es para nosotros nuestro Padre.

Para reflexión, diálogo y acción

1. Después que el autor relata el caso de la niña de doce años llamada Koreen, menciona varias cosas negativas o destructoras que ha visto, oído o sabido que los padres dicen o hacen. Repase la lista en la página 31. ¿Se identifica usted con algunas de esas conductas o tendencias? De ser así, tómese un momento para considerar cómo esas conductas pueden afectar la percepción que su hijo tiene del amor y la aceptación de usted.

2. ¿Por qué son sus hijos especiales a los ojos de Dios? Piense en cada uno de sus hijos por nombre, y haga una lista de cinco razones específicas por las cuales cada uno es especial para Dios *y* para usted. Luego planee maneras cómo usted puede comunicárselas a cada hijo.

*3. Piense en cada uno de sus hijos por nombre y pregúntese lo siguiente: ¿Sabe este hijo que lo amo y lo acepto? ¿Cómo lo sé?

*4. Piense en dos cosas que puede hacer por cada uno de sus hijos esta semana que le comunicará que usted lo acepta y lo ama basado no en lo que él o ella hace sino en *quién él o ella es*. ¿Cuándo y cómo implementará estas ideas?

CAPITULO CUATRO

La pureza del padre

Hace un tiempo recibí una carta de un padre cristiano que me había escuchado hablar. Me contaba que él y su esposa siempre habían procurado ser buenos padres. Eran miembros de una buena iglesia, y siempre se habían sentido orgullosos de sus hijos. Pero decía que acababan de enterarse de algo respecto a su hija mayor, algo que los había devastado.

Este padre me describía a su hija adolescente como una chica linda, pero comentaba que nunca había sido popular con los muchachos. Hasta hacía poco. Había empezado a salir con uno de los integrantes del equipo de fútbol de la escuela y el padre recién se enteraba de que casi enseguida la chica había tenido relaciones sexuales con él. Luego pasó de un jugador a otro. "Al poco tiempo", me decía el padre, "ella se había acostado con todos los integrantes del equipo de fútbol."

"Josh", el torturado padre escribía, "¡se han estado pasando a mi pequeña como si fuera una especie de novia del equipo!"

Es la pesadilla de cualquier padre. Ningún padre quisiera estar en el lugar de él. Ningún padre quisiera que su hijo o hija sea sexualmente vulnerable. Ningún padre quisiera que su hijo o hija empiece a tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Ningún padre quiere que su hijo sea sexualmente infiel en el matrimonio.

¿Pero qué podemos hacer para reducir la posibilidad de que esa pesadilla suceda en *nuestras* vidas? ¿Cómo podemos aumentar la posibilidad de que *nuestros* hijos e hijas tomen decisiones acertadas en cuestiones relativas al sexo? ¿Qué podemos hacer? ¿A qué recurrimos? ¿Cómo podemos ayudar?

Factores relacionados con el padre

El padre tiene la primera y potencialmente más grande oportunidad de dar forma a las convicciones y la conducta sexual de su hijo. Según la investigación, la influencia del padre se da en tres áreas:

La presencia del padre

Jerry Adler informa sobre lo que sucede en los Estados Unidos de N. A. que bien puede aplicarse a muchas partes del mundo: "Se estima que más de la mitad de los niños estadounidenses nacidos en la década de 1970 y de 1980 pasarán parte de su niñez con su madre solamente. Un estudio realizado por la Oficina de Censos encontró que 16.3 millones de niños estadounidenses vivían con sólo su madre en 1994, el 40 por ciento de ellos no habían visto a sus papás en más de un año." La ausencia o presencia de un padre en el hogar es un factor determinante en las actitudes y acciones sexuales del niño. Como lo mencionamos en el primer capítulo, investigadores de la Universidad de Johns Hopkins han reportado que "las jovencitas adolescentes viviendo en un hogar sin papá... son 60 por ciento más propensas a tener relaciones sexuales antes del matrimonio que las que viven en hogares con ambos padres." La ausencia del padre del hogar también afecta a los varones; el investigador Robert Billingham de la Universidad de Indiana sugiere que los varones que se crían sin la presencia del padre en el hogar "pueden seguir más el ejemplo de los estereotipos culturales de cómo se supone que debe comportarse el hombre, de las seducciones efímeras de la TV y las películas".

La atención del padre

En su libro *Father: the Figure and the Force* (El padre: la figura y la fuerza), Christopher Andersen cita un estudio de 7.000 mujeres que trabajan en bares y clubes donde se pre-

sentan desnudas. Mientras que las consideraciones económicas pueden haber influido sobre su decisión de trabajo, Anderson escribe: "La mayoría de estas mujeres admitieron que probablemente buscan la atención masculina que nunca tuvieron en su niñez." Andersen continúa sugiriendo una correlación entre la falta de atención paterna y la conducta sexual de esas mujeres.

La cercanía del padre
Dos estudios encargados por el Ministerio de Josh McDowell, en 1987 y 1994, indican claramente que la actividad y promiscuidad sexual era menos probable entre adolescentes (tanto varones como mujeres) que reportaban sentirse cerca de sus papás. Este estudio, y muchos otros, sugiere que una relación sana con papá es un factor importante en el hecho de que jóvenes y jovencitas se abstengan de relaciones sexuales prematrimoniales.

La tercera entre las más grandes influencias

Si cualquiera de esos tres factores relativos al padre faltan, papá será un tercero lejano entre los factores que compiten por influenciar las normas sexuales del joven.

Presión de sus compañeros
El grupo de chicos de su misma edad ejerce, sin lugar a dudas, una influencia formidable sobre el joven. Nuestra cultura juvenil emite su propio mensaje en cuanto al valor personal, la sexualidad, identidad y aceptación. En su libro, *The Kid-Friendly Dad* (El papá accesible al hijo), el autor Frank Martin cuenta un relato que escuchó de un consejero familiar de renombre:

> Una jovencita de dieciseis años le fue referida a su consultorio para consulta; estando allí describió ella su primera relación sexual a los trece años. "Estaba tan cansada de escuchar a mis amigas hablar del sexo que quería saber por experiencia cómo era", empezó diciendo. "Así que en una fiesta me acerqué al muchacho mejor buen mozo y le pregunté si quería 'hacerlo'." Los dos se retiraron a un dormitorio y en cuestión de minutos, esta chica tan joven, inocente, había perdido su virginidad. "No era lo que yo esperaba", le dijo al consejero. "Pero por lo menos sabía de qué se trataba y podía hablar del tema con mis amigas."

El poder de la presión de los amigos es uno de los mayores determinantes en la actividad sexual del adolescente, especialmente si éste carece de uno o más de los tres factores relacionados con el padre que se han mencionado. Un estudio de mil adolescentes muestra que el 76 por ciento se aventurará sexualmente lo suficiente como para sentir que tiene experiencia y que sus amigos no lo harán a un lado. En muchas de las comunidades, escuelas y grupos de la misma edad de nuestros hijos, la presión de sumarse a la "carrera del sexo" puede ser enorme.

Mensajes de los medios de comunicación masiva
El estudio nacional realizado en los Estados Unidos en 1987 que generó la campaña "AMAR ES ESPERAR" demostraba que los amigos son la influencia principal en las actitudes y conductas sexuales de nuestros hijos. Pero, ¿qué influencia a los compañeros? La mayoría de sus compañeros ha aprendido lo que sabe del sexo y la sexualidad, no de sus padres, no de la iglesia, no de la escuela, sino de la corriente incesante en la TV, el cine, la música "rock" y los periódicos que son en la actualidad más superficiales y explícitos que nunca.

1. Televisión
Este medio es quizá el mayor determinante de la sexualidad del adolescente evangélico. ¿En qué radica su poder sobre la juventud? Considere estas realidades: El preescolar promedio pasa más tiempo mirando televisión que un estudiante universitario pasa en el aula para obtener su título. Un estudio muestra que los niños preescolares miran televisión veinticuatro horas por semana y los niños que cursan la escuela primaria, veintidós horas. "Dormir es la única actividad que requiere más de su tiempo. Para los dieciocho años, habrán pasado más tiempo frente al televisor que en ninguna otra parte, incluyendo la escuela." Otro estudio estima que para cuando termina el colegio secundario, el alumno habrá pasado 22.000 horas mirando TV, que es el doble de tiempo pasado en el aula durante todos sus años de escolaridad.

2. Música

En sus seis años de adolescencia, los chicos escuchan un promedio de 10.500 horas de música "rock". La cantidad total de tiempo pasado en la totalidad de la escuela primaria y la secundaria es de apenas 500 horas más de las que pasan escuchando esa música. "Los adolescentes reciben una influencia excesiva de los medios de comunicación masiva. Tienen menos interacción que nunca con adultos reales, así que sus amigos y los ejemplos presentados en dichos medios tienen un impacto aún mayor."

3. Películas y videocintas

La mayoría de nuestros jóvenes ha desarrollado su concepto de la sexualidad basándose en la fantasía que presentan los medios de comunicación masiva sin percatarse del precio que tienen que pagar por el amor libre y casual. Si no pueden cambiar sus convicciones, a la larga pagarán un alto precio. Cierta joven explica ese precio:

> Lo que las películas y las novelas de televisión no nos muestran es la devastación y los corazones quebrantados como consecuencia de las relaciones sexuales prematrimoniales. Yo no tomo a la ligera las consecuencias de una relación sexual incorrecta. Sin duda, lo más duro y doloroso que he tenido que pasar... peor que una cirugía mayor, que los exámenes del cáncer, que una familia desintegrada y numerosas negativas de trabajo... es tratar de superar los efectos de una relación sexual con un hombre casado.

Esas palabras me destrozan el corazón. Esas palabras me asustan. Esas palabras me hacen querer ayudar a mis hijos a contraatacar los efectos de la presión de sus amigos y los mensajes de los medios de comunicación masiva. Esas palabras me hacen proponerme ser y seguir siendo, no la tercera más grande influencia, sino la más grande influencia en la formación de los conceptos que mis hijos tendrán sobre el sexo y la sexualidad.

Quiero ser la clase de padre cuyos hijos conocen el concepto de Dios sobre el sexo. Quiero ser la clase de padre cuyos hijos tienen actitudes sanas sobre la sexualidad. Quiero ser la clase de padre que conversa con sus hijos sobre el sexo y la

pureza, y que puede prepararlos para hacer frente a las presiones y tentaciones que de seguro tendrán como adolescentes y jóvenes adultos. Quiero ser la clase de padre cuyos hijos tienen el poder de esperar hasta el matrimonio para tener relaciones sexuales. Quiero ser la clase de padre cuyos hijos serán siempre fieles a sus cónyuges.

Quiero ser la clase de padre que es mi Padre.

Ejemplo de pureza

Los preceptos de Dios a través de su Palabra demandan pureza de su pueblo. Dios ha hablado por medio de la ley, y ha hecho muy clara su norma: La impureza sexual (es decir, cualquier actividad sexual fuera del matrimonio) es mala:

> *Que os abstengáis de... fornicación.*
>
> Hechos 15:29

> *Huid de la inmoralidad sexual.*
>
> 1 Corintios 6:18

> *Ni practiquemos la inmoralidad sexual.*
>
> 1 Corintios 10:8

> *Pero la inmoralidad sexual y toda impureza no se nombren más entre vosotros, como corresponde a santos*
>
> Efesios 5:3

> *Por lo tanto, haced morir lo terrenal en vuestros miembros: fornicación, impureza...*
>
> Colosenses 3:5

> *Porque ésta es la voluntad de Dios... que os apartéis de inmoralidad sexual.*
>
> 1 Tesalonicenses 4:3

No es difícil darse cuenta de la preocupación de Dios por la pureza. Pero lo que frecuentemente se pasa por alto, es el hecho de que su preocupación no sólo revela lo que Dios ordena, revela también lo que él valora. Dios valora la pureza. Ha procurado continuamente transmitir ese valor a su pueblo:

demandó el uso de oro puro en la construcción del tabernáculo; prescribió incienso puro para el uso en el culto a él; requirió animales puros para los sacrificios; ordenó tener corazones puros (Mat. 5:8), tener una religión pura (Stg. 1:27) y relaciones puras (1 Tim. 5:2).

Y lo que es más, el precepto revela algo sobre Dios mismo; revela que el Padre Modelo es puro. "Y todo aquel que tiene esta esperanza [de gloria] en él, se purifica a sí mismo, como él [Dios] también es puro" (1 Jn. 3:3). Thomas Trevethan describe la pureza de Dios en términos memorables:

> Y el auténtico Dios es singular, apartado, de todo lo que es pecaminoso. Su perfección moral es absoluta. Su carácter expresado en su voluntad conforma la norma asoluta de la excelencia moral. Dios es santo, el punto de referencia absoluto de todo lo que existe y es bueno. En general, es un contraste de sus criaturas. En su corazón, es un centro blanco brillante de absoluta pureza.

Porque Dios es puro, la impureza sexual es una ofensa contra él. El rey David, quien pecó con Betsabé, más adelante se arrepintió; le confesó a Dios: "Contra ti, contra ti solo he pecado y he hecho lo malo ante tus ojos" (Sal. 51:4). ¿Estaba pasando por alto David el hecho de que su pecado había afectado a otras personas, resultando en la muerte de Urías, el esposo de Betsabé, y del hijo que David concibió con ella? No, estaba reconociendo el hecho fundamental que cuando pecó con Betsabé, pecó contra el Dador de la ley. Lo que hizo fue malo porque violó la pureza de Dios.

En otras palabras, el Padre Modelo comunica —al contrario de la cultura moderna, la presión de los compañeros, los mensajes de los medios de difusión— que la pureza es buena. El Padre Modelo ordena la pureza porque la pureza es algo que él valora. Y la pureza es algo que él valora porque él mismo es puro.

Esa es la clase de padre que quiero ser. Quiero que ellos sepan que la pureza es buena. Quiero que entiendan que la pureza no es algo de lo cual avergonzarse. Quiero que rechacen la fascinación por lo inmoral y el engaño que su cultura, compañeros y medios de difusión con tanta frecuencia presentan. Quiero que sepan que yo valoro la pureza, tal como la

valora el Padre a quien sirvo y a quien trato de imitar. Quiero que noten los beneficios de la pureza. Quiero que vean *en mí* una norma divina de la pureza sexual.

Eso es más fácil decirlo que lograrlo. Para empezar, yo ni puedo pretender lograrlo. Tengo que depender en oración del Espíritu Santo, quien puede obrar en y a través de mis esfuerzos al hacer yo uso de ciertas buenas estrategias como las siguientes:

Dar atención y mostrar afecto

En cierta ocasión tuve un taller de una semana en una de las iglesias evangélicas más grandes y ricas de los Estados Unidos. Cuarenta y dos estudiantes de secundaria pidieron hablar conmigo. Su principal pregunta era: "¿Qué puedo hacer con papá?" Cuando les pregunté qué querían decir, sus contestaciones fueron cosas como: "Nunca tiene tiempo para mí", "Nunca me lleva a ninguna parte", "Nunca habla conmigo" y "Nunca hace nada conmigo". Les pregunté a los cuarenta y dos chicos: "¿Puedes hablar con tu papá?" Sólo uno contestó que sí.

Estos jovencitos, como tantos otros en la actualidad, tenían hambre de la atención y el afecto de sus padres. Esa clase de "hambruna de amor" puede afectar a padres tanto como a sus hijos, creando un círculo vicioso en el cual los padres hambrientos de amor crían hijos aún más hambrientos de amor. Y las consecuencias pueden ser devastadoras.

Su hijo necesita su atención. A veces voy a buscar a mis hijos a la escuela y los llevo a comer. Una caminata de media hora en el vecindario o un rápido paseo a la heladería para comprar helados pueden proveer la oportunidad de enfocar su atención en sus hijos y comunicarles que son importantes para usted. Mi amigo Norm Wakefield cuenta una de sus experiencias cuando sus hijos eran chicos:

> En cierta ocasión, mientras almorzábamos en familia un domingo después del culto, les dije a mis hijos: "Hoy les voy a dar un regalo a cada uno." Sus ojos se iluminaron con un sentido de anticipación y curiosidad. "Les voy a dar a cada uno treinta minutos. En esa media hora haré lo que ustedes quieran." La reacción fue un grito de alegría tan

entusiasta como si les hubiera dado un regalo en una magnífica envoltura.

Le pregunté a Amy qué quería hacer. "Quiero salir a caminar contigo, papá." Así que caminamos por el vecindario, tomados de la mano y deteniéndonos para comprar un helado.

Cuando llegamos de regreso a casa Joel me dijo que quería tener una "lucha libre" conmigo en el patio. Así que jugamos a la "lucha libre" durante treinta minutos.

Después le tocaba a Jill, que pronto iría a Jardín de Infantes. "Quiero sentarme sobre tus rodillas en la mecedora del porche y que me leas un libro de cuentos." Así que leímos un libro de cuentos.

Esa tarde aprendí cuán importante es regalarle nuestro tiempo a nuestros hijos. Cuando lo regalamos entusiasta y generosamente, obtendremos ricos dividendos.

Sus hijos —no importa su edad— también necesitan afecto. Creo sinceramente que los abrazos entre padres e hijos e hijas adolescentes pueden impulsar, más que cualquier otra cosa, la pureza sexual en ellos. Por más que se abrace a los hijos nunca es demasiado. No importa su edad o tamaño; nadie deja de necesitar afecto. Existe un maravilloso poder en algo tan sencillo como un abrazo, una mirada comprensiva y un simple "¡Te quiero!"

Abierto para hablar de temas sexuales

El proceso de comunicación entre usted y su hijo o hija es esencial si sus hijos han de beneficiarse de usted en su peregrinaje hacia el logro de actitudes y conducta sexuales sanas.

Usted y su esposa tienen la primera y mejor oportunidad de guiar a su hijo para que llegue a tener integridad personal. Si los canales de una comunicación franca y positiva se mantienen abiertos, la riqueza de su propia seguridad sexual ejercerá influencia sobre su relación con él. Su hijo aprenderá de usted lo que significa ser un hombre y cómo debe tratar a una mujer. Se sentirá seguro de sí mismo porque ha contado con el mejor guía posible. Su hija aprenderá a respetarse a sí misma y a valorar su femineidad al escucharle a usted expresar su complacencia en ella. Al ir ella madurando tendrá una base firme sobre la cual medir a otros hombres con quienes va relacionándose. Será menos vulnerable a las intenciones negativas de los hombres porque la autoridad de la vida y el amor de usted le proporcionarán una defensa. Aprenderá cómo relacionarse con el sexo opuesto.

Su habilidad de expresar y hablar sobre el aspecto sexual de su vida es un elemento vital en su relación con sus hijos. Podemos aprender de la Biblia una lección sobre dialogar sobre pureza personal y moralidad sexual con nuestros hijos. En Proverbios 3 al 7 inclusive, se les instruye a los hijos a prestar atención a la sabiduría de sus padres en relación con temas sexuales. No aparece una exhortación o un mandato de hablar a los hijos sobre el sexo. Se da por hecho que los padres *lo harán*. ¿Se comunica usted con sus hijos con relación a esta parte tan importante de sus vidas?

La importancia de la comunicación en el área de la sexualidad toca otra cuestión que todos los papás tienen que afrontar. Si no estamos seguros o si nos sentimos incómodos con nuestra propia sexualidad, se lo comunicaremos a nuestros hijos. Si un hombre se crió en un ambiente donde se menoscababa a las mujeres, puede comunicar a sus hijas actitudes y sentimientos que las harán vulnerables a los hombres. Si a usted le enseñaron que el hombre tiene que ser fuerte, poco demostrativo, resistente e insensible, sus hijos adoptarán esas mismas tendencias al observarlo a usted.

Pero recuerde: no tenemos que quedarnos atrapados en modalidades de comunicación destructivas, negativas. A través del poder que da el Espíritu de Dios podemos realmente dar forma a sentimientos, actitudes y acciones nuevas, liberadoras, que comunican a nuestros hijos una manera gozosa y amorosa de vivir.

Siendo ejemplo de normas santas de pureza

Será más fácil que sus hijos desarrollen normas santas de pureza si ven en su padre un ejemplo de las normas de Dios sobre la pureza. El padre que siempre trata a su esposa con amabilidad, afirma su femineidad, que la valora como la compañera de su vida, establece un poderoso fundamento para la estabilidad emocional de sus hijos. El padre que se mantiene apartado de los valores mundanos sobre el sexo —en la forma como actúa, lo que mira y lo que escucha— es un ejemplo de la pureza de Dios ante sus hijos.

Una de las maneras más eficaces de desarrollar normas santas de pureza en sus hijos, es hacerles ver cómo es una relación sexual sana. Muchos padres son tan reservados o cohibidos en cuanto al sexo que le dan a sus hijos la idea que el sexo —aun dentro del matrimonio— es algo sucio (o, por lo menos "algo de lo cual no se habla"). Pero hacerles ver a sus hijos que el sexo es parte de la relación pura, hermosa, que disfruta con su esposa, inculca actitudes sanas hacia el sexo tal como Dios tuvo la intención que fuera. En nuestro libro *How to Be a Hero to Your Kids* (Cómo ser una héroe para sus hijos), Dick y yo compartimos con los lectores la siguiente anécdota:

> Dick recuerda la ocasión cuando su esposa había estado ausente una semana, dando conferencias en un retiro femenil. Regresaba a San Diego en un vuelo que llegaba a las seis de la tarde. Al preparase para hacer el viaje desde Julian (donde vivían) hasta San Diego —unos ciento ocho kilómetros— le dijo a Timmy y Jonatán, que en aquel entonces eran apenas adolescentes:
> —Chicos, ¿les parece que pueden quedarse solos toda la noche? Su hermano mayor está a pocas casas de aquí y pueden llamarlo si tienen algún problema. Quiero ir a buscar a mamá y pasar la noche con ella en un hotel en San Diego.
> Timmy miró a su papá, y luego le dio una gran sonrisa. Lo codeó levemente y, con una mirada entusiasta, le dijo:
> —¡Adelante, papá! ¡Adelante!

Los hijos de Dick veían en la relación entre sus padres una imagen del sexo que reforzaba su hermosura y pureza tal como Dios tuvo la intención que fuera: dentro del matrimonio.

Enseñando normas santas de pureza

Cuando mi hija Kelly cumplió quince años hice algo que hacía años estaba esperando hacer. Salí con ella varias veces. La invitaba a salir, me vestía bien, salía de casa y luego volvía para buscarla. Le abría y cerraba la puerta del auto, la llevaba a un buen restaurante, le sostenía la silla e iniciaba una conversación en base a sus intereses. Después de cenar, ella

elegía una actividad divertida que compartíamos.

Al finalizar cada salida, dedicaba unos minutos para explicarle a Kelly que la manera como yo la había tratado esa noche era la manera como debía tratarla el joven que realmente la respete y la ame. Desde entonces, he hecho lo mismo con mis otras dos hijas. Mi esposa Dottie hizo lo mismo con Sean; yo le di indicaciones a él sobre cómo tratarla, cómo respetarla en todo durante la salida.

Esas salidas son sólo una de las técnicas que he utilizado para enseñar a mis hijos las normas santas de pureza. También he aprovechado las oportunidades brindadas por la TV, películas, noticias de la actualidad y los casamientos de familiares y amigos para hablarles de las normas de Dios sobre la pureza sexual. También he aprovechado algunas malas palabras escritas en las paredes que denigran el sexo para explicarles por qué son tan ofensivas hacia algo que Dios tuvo la intención que fuera hermoso. Y, de allí, enseñarles acerca de la pureza y santidad de la relación sexual en el contexto del matrimonio.

Compartiendo los beneficios de la pureza

Una de las maneras más poderosas de alentar el desarrollo de normas personales de pureza en nuestros hijos que reflejen la pureza de Dios mismo es hacerles ver, en cada oportunidad que se presente, los beneficios de la pureza (y las consecuencias de la inmoralidad).

Procuro, toda vez que puedo, hacerles ver a mis hijos que las normas santas de pureza son el camino más seguro hacia el placer y la satisfacción, y que la inmoralidad es el camino más seguro hacia un sentido de culpabilidad, al desengaño y la vaciedad. Les hago recordar que las normas de Dios sobre la pureza los protegen de embarazos no planeados y de enfermedades venéreas, y que les proporcionan tranquilidad de espíritu. Trato de inculcarles que la pureza sexual los protege de la inseguridad sexual y les proporciona un ambiente de confianza entre esposo y esposa. Les enseño a mis hijos cómo la pureza antes y dentro del matrimonio proporciona una auténtica intimidad entre el esposo y la esposa y los protege de las consecuencias que genera la inmoralidad: Desconfian-

za, desengaño, dolor, tensión, vaciedad y muchos otros sentimientos negativos.

No hace mucho, Katie me dijo muy seria:

—Papi, gracias por quererme.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Siempre me has dicho la verdad —me contestó sin vacilar—. Tú siempre me has hablado con franqueza en cuanto al sexo y de sus consecuencias, y conozco a muchos chicos que están eligiendo mal y que no se dan cuenta de las consecuencias.

Siguió diciendo que le hubiera gustado que todos sus amigos y compañeros tuvieran un papá que les hablara cándidamente de los beneficios de la pureza y las consecuencias de la impureza.

Como padres, usted y yo tenemos por delante una tarea portentosa y santa; fomentar en nuestros hijos la comprensión, el respeto y el reflejo de las normas de Dios sobre la pureza. Es una tarea que empieza con la obra del Espíritu Santo en nuestras propias vidas, y su poder capacitador agregado a nuestros esfuerzos por dar atención y afecto a nuestros hijos, a ser francos con ellos al tratar temas sexuales, a ser nosotros mismos ejemplos de normas santas de pureza, a conscientemente enseñar normas santas de pureza y hacerles saber, en cada oportunidad que se presente, los beneficios de la pureza.

Al hacerlo, con la ayuda de Dios, nuestros hijos adquirirán el poder para resistir las presiones —de sus amigos, de la sociedad, de sus propias hormonas— para tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Estarán mejor equipados para desarrollar y mantener un concepto sano, santo, del sexo. Tendrán más probabilidad de librarse del sufrimiento y la tragedia que tantas veces es la secuela de decisiones irresponsables en el área de la sexualidad. Y estarán mejor preparados más adelante en la vida para ser fieles a sus esposos o esposas.

Y nosotros los padres estableceremos un vínculo con nuestros hijos que nos convertirá en la clase de padres que queremos ser, la clase de padres que nuestro Padre quiere que seamos.

Para reflexión, diálogo y acción

1. ¿Qué tipo de influencia cree que los compañeros de sus hijos están teniendo sobre sus actitudes sexuales? ¿Y los medios de difusión? ¿Usted? Sea concreto.

2. Repase las cinco estrategias para fomentar normas santas de pureza que se mencionan en este capítulo. Escriba una X en cada una de las siguientes líneas, indicando cómo califica su éxito en estas cinco áreas en este momento:

Les doy mi atención y les demuestro mi afecto a mis hijos

____

siempre a veces nunca

Demuestro franqueza al hablar de temas sexuales

____

siempre a veces nunca

Soy ejemplo de normas santas de pureza

____

siempre a veces nunca

Les enseño las normas bíblicas de pureza

____

siempre a veces nunca

Les hago saber los beneficios de la pureza y las consecuencias de la impureza

____

siempre a veces nunca

3. Identifique dos de las áreas arriba mencionadas en las que le gustaría mejorar, y considere lo que puede hacer para lograrlo. En este capítulo, ¿hay ideas que se desprenden de las sugerencias e ilustraciones que pueden ayudarle? En caso afirmativo, subraye esas ideas y trace planes para implementarlas lo más pronto posible.

*4. Programe como mínimo dos "Salidas con papá" con cada uno de sus hijos en las próximas seis semanas. Planee algo que ellos quieran hacer, luego dedíqueles toda su atención durante la salida. Haga que sea divertido, ¡para los dos!

¿Qué harán en la primera salida?__________________

¿Cuándo será? ____________________________

¿Qué harán en la segunda salida? __________________

¿Cuándo será?____________________________

CAPITULO CINCO

La verdad del padre

Cuando mi hija Kelly estaba en cuarto grado, varios compañeros de clase tomaron un objeto del escritorio de la maestra mientras ésta se encontraba fuera del aula. Los niños sólo querían jugar con el objeto, pero se les rompió y volvieron a colocarlo en su lugar sobre el escritorio de la maestra.

Cuando la maestra volvió al aula y descubrió el objeto roto, le preguntó a una de las compañeras de Kelly qué había pasado. La niña cedió a la presión del grupo y mintió. Entonces la maestra se dirigió a Kelly, quien contestó las preguntas de la maestra directa y honestamente, a pesar de la silenciosa presión de sus compañeros para que los protegiera, como lo había hecho la otra niña.

Al día siguiente llevé a Kelly a nuestro restaurante favorito para desayunar, y le dije que estaba orgulloso de ella, porque había hecho lo correcto, a pesar de cualquier presión que hubiera podido sentir o de las recriminaciones que hubiera podido recibir de sus compañeros.

Muchas veces me he sentido complacido y orgulloso debido a la honestidad e integridad de mis hijos, especialmente porque me doy cuenta cuánto escasean estos rasgos de la personalidad. Un estudio reciente demuestra que copiar en los exámenes se ha generalizado entre los estudiantes de la escuela

secundaria. En una encuesta realizada entre estudiantes de los dos últimos años de secundaria con excelentes calificaciones, casi el 80 por ciento admitió haber sido deshonesto en algo, como es copiar la tarea de otro estudiante o copiar en un examen. En los Estados Unidos, una encuesta nacional realizada entre adolescentes y jóvenes indica que casi la mitad (44%) cree que "a veces es necesario mentir". Y entre los adolescentes en algunas escuelas y comunidades, está de moda robar en las tiendas (al igual que otras maneras de robar).

Y no es que estos tipos de comportamientos y actitudes se limiten a los "chicos con problemas". Lo vergonzoso es que es común entre chicos que participan en la iglesia, chicos cristianos y chicos de familias cristianas.

El estudio llevado a cabo para la campaña "Es Bueno o Es Malo" reveló niveles alarmantes de engaño y deshonestidad entre los jóvenes cristianos. La encuesta entre 3.795 adolescentes en iglesias evangélicas cristianas indica que dos de cada tres (66%) afirmaron haber mentido a un "padre, maestro u otra persona mayor" en los últimos tres meses. Algunos menos —seis de cada diez (59%)— dijeron haber mentido a un amigo o compañero en los últimos tres meses. Más de un tercio (36%) admitió que había copiado en un examen o en alguna otra evaluación dentro de esos mismos tres meses, y casi un sexto (15%) dijo que recientemente había robado dinero u otras pertenencias ajenas.

La investigación indica que nuestra juventud considera al engaño como la manera "fácil" de avanzar. Ven a la deshonestidad como una manera de impresionar a sus amigos y lograr la aprobación de sus padres. Ni siquiera están convencidos de que sea malo, y rara vez ven las consecuencias negativas del engaño y los resultados positivos de la honestidad.

Pero yo quiero que *mis hijos* no caigan en ese error. Quiero que mi hijo y mis hijas lleguen a ser hombres y mujeres de integridad. No quiero que engañen. No quiero que mientan; ni a mí ni a nadie. No quiero que tomen cosas que no les pertenece, sea un CD de una casa de música o tiempo de su empleador. Quiero que digan la verdad. Quiero que vivan vidas honestas. Quiero que lleven una vida calmada, que no se metan en lo ajeno y que trabajen de manera que, por la manera que viven su vida cotidiana, se ganen el respeto ajeno.

Y quiero ser la clase de padre que enseña, capacita y es un

ejemplo de esa clase de vida. Quiero ser la clase de padre cuyos hijos recuerdan su honestidad y sinceridad. Quiero ser la clase de padre cuyos hijos lo respetan por su integridad. Quiero ser la clase de padre que es mi Padre.

La imagen del Padre

Hace miles de años, Dios se le apareció a Moisés en una remota montaña en la península del Sinaí y emitió estos mandatos:

No robarás.
No darás falso testimonio contra tu prójimo.
Exodo 20:15, 16

En el transcurso de su relevación a Moisés, Dios reiteró, amplificó y aplicó dichos preceptos:

No robaréis, mi mentiréis ni os engañaréis el uno al otro.
No juraréis falsamente...
No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás.
Levítico 19:11-13

Dios se esforzó por aclarar bien a su pueblo —por medio de preceptos— que mentir, engañar y robar es malo. Pero estos mandamientos también revelan un principio que Dios valora, el principio de la honradez, la cualidad de ser fiel, transparente y digno de confianza. Dios valora la honradez; "Los labios mentirosos son abominación a Jehovah", escribió Salomón, "pero le agradan los que actúan con verdad" (Prov. 12:22).

Pero el principio de la honradez no posee un valor intrínseco; es una virtud porque tiene su origen en la naturaleza y el carácter de Dios. ¿Recuerda el relato al principio de este capítulo, de cuando llevé a mi hija a desayunar para felicitarla por ser honrada en medio de una situación difícil? Esa mañana traté de hacer más que elogiarla por su conducta moral.

—Querida, ¿por qué está mal mentir? —le pregunté, después de decirle lo orgulloso que estaba de ella.

—Porque la Biblia dice que está mal —contestó ella muy segura de sí misma.

—Pero, ¿por qué dice la Biblia que está mal? —insistí.
—Porque Dios lo mandó —fue su respuesta.
—Pero ¿por qué lo mandó Dios? Ella me miró como si le hubiera hecho la pregunta en otro idioma. Por último, me contestó:
—No sé.
Tomé sus manos y la miré a los ojos.
—Porque Dios es verdad, Kelly. La verdad viene de su naturaleza y cualquier cosa que sea contraria a la naturaleza de Dios es pecado.

La honestidad es buena (y la mentira es mala) porque Dios es verdad. La verdad no es algo que Dios hace, ni es algo que él posee; es parte de él mismo. Moisés cantó en el desierto de Horeb: "El es nuestro protector; sus obras son perfectas, sus acciones son justas. El es el Dios de la verdad, en él no hay injusticia; ¡él es justo y verdadero!" (Deut. 32:4, DHH).

El es "el Dios que no miente" (Tito 1:2). Pablo afirma que cuando Dios hace una promesa, podemos estar seguros de que se cumplirá, porque "es imposible que Dios mienta" (Heb. 6:18). Aunque en el mundo escasea la honestidad, hay una norma eterna y universal de la verdad que no fluctúa ni cambia; la Biblia dice que "sea Dios veraz, aunque todo hombre sea mentiroso" (Rom. 3:4).

Porque Dios es veraz, la mentira es una ofensa contra su naturaleza. Porque Dios es veraz, el engaño es una afrenta a él. Porque Dios es veraz, robar es insultarlo a él. Dios es veraz, y no hay nada falso en él. Es, pues, su naturaleza lo que define la honradez como moral, y la mentira, el fraude y el robo como maldad.

Quiero que mis hijos comprendan que Dios es veraz, y que todo lo que es como Dios es bueno, y todo lo que no es como él, es malo. Quiero reflejar la imagen del Dios veraz en mi papel de padre, y quiero que mis hijos reflejen su imagen siendo honestos e íntegros. Quiero que comprendan que ser honesto es realmente lo mejor, porque complace a Dios, porque refleja la naturaleza de Dios y porque muestra la imagen de él a los demás.

Vamos a repetirlo de nuevo, la clave para lograr todo es el "vínculo paterno" del que hemos estado hablando. Requiere que yo esté vinculado con mi Padre, por medio de la oración y meditación cotidiana y de mi obediencia a él. Será entonces

que podré empezar a establecer el Vínculo Paterno con mis propios hijos, al mostrarle la imagen del Padre en formas concretas, como:

Siendo un modelo de integridad

Dios dio a Israel un modelo para la enseñanza de la verdad a nuestros hijos, cuando dijo:

> Escucha, Israel: Jehovah nuestro Dios, Jehovah uno es. Y amarás a Jehovah tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando estarán en tu corazón. Las repetirás a tus hijos (hijos e hijas) y hablarás de ellas sentado en casa o andando por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes.
> Deuteronomio 6:4-7

Dios lo dice con mucha claridad: si queremos transmitir a nuestros hijos valores como la honestidad, debemos ejemplificar eos valores en nuestra propia vida. Sus palabras tienen que estar en nuestros corazones antes de que podamos inculcarlas en los corazones y mentes de nuestros hijos.

En su libro *Pulling Weeds, Planting Seeds* (Quitando malezas, sembrando semillas), Dennis Reiney dice de su padre:

> Como muchachito impresionable, mi radar captaba más de la vida de papá de lo que él jamás se imaginaba. Durante mis azorosos años adolescentes él era el ejemplo y el héroe que necesitaba, y todavía lo es. Me enseñó la importancia del trabajo tenaz y de completar una tarea emprendida. Aprendí de él qué significa un compromiso duradero; nunca tuve miedo de que mis padres se divorciaran. Papá estaba absolutamente comprometido con mi mamá. Me sentía seguro y protegido.
>
> Y lo que es más importante, me enseñó sobre el *carácter*. El hacía lo correcto, aun cuando nadie lo observaba. Nunca lo oí hablar de mentir sobre los impuestos, los pagaba y no se quejaba. Su integridad era impecable. Nunca lo oí mentir, y sus ojos siempre demandaban que se le respondiera con la misma veracidad. La imagen mental de su carácter, sigue hoy motivándome e impulsándome.

Eso es lo que quiero. Quiero que mis hijos vean en mí la imagen del Padre. Eso quiere decir que si no quiero que mi hija robe, tengo que asegurarme de pagar el monto exacto de mi comida, aunque el mozo del restaurante se equivoque y me cobre menos por el "plato especial del día". Quiere decir que si no quiero que mi hijo engañe, no debo tratar de adjudicarme el mérito por una idea que en realidad fue de un compañero en la oficina. Quiere decir que si no quiero que mis hijos mientan, tengo yo mismo que decir la verdad, aun cuando sea difícil hacerlo, cuando pueda ser inconveniente o cuando me haga quedar mal. Y tengo que hacer todo esto cuando mis hijos están presentes *y* cuando no lo están, porque sea que yo lo note o no, ellos me observan mucho más detenidamente y con mucha más frecuencia de lo que yo me imagino.

Cultivando vulnerabilidad y transparencia

Mi amigo Norm Wakefield cuenta de una vez cuando Joel, su hijo, la estaba pasando mal como resultado de una mala decisión que había tomado. Un día salieron juntos a caminar, y Joel le contó sus problemas a su papá. Al conversar y caminar juntos, Norm empezó contarle una anécdota de su propia vida en que había tenido que afrontar una situación parecida: había decidido mal y había tenido que sufrir las consecuencias de aquella decisión.

Al compartir su propia anécdota, Norm le ayudó a Joel a ver que aunque su papá no aprobaba sus acciones, no se ponía sobre un pedestal para juzgarlo. La honestidad y transparencia de Norm con su hijo le ayudó a éste a comprender que su papá quería estar de su parte, no ser su juez. Esto le animó a sincerarse aún más con su padre por lo que éste pudo ayudarle a reflexionar y encontrar la salida a su situación.

La realidad es que desarrollar honradez *en* nuestros hijos requiere que seamos honrados *delante* de ellos. La encuesta realizada entre jovencitos que asisten a la iglesia, ya citada antes en este capítulo, revela que el 37 por ciento —más de uno en tres— dice que *rara vez o nunca* oyen a sus padres admitir que se han equivocado en algo que han dicho o hecho. Poco vale que *hablemos* a nuestros hijos instándolos a ser honestos si no estamos dispuestos a ser honestos con ellos. Créame, sé lo difícil que es tener que admitir un error, pero es necesario hacerlo si queremos formar hijos que valoren la honestidad.

Hace poco, mi esposa y yo, con toda la familia, nos mudamos de California a Texas, y mi hija quinceañera tuvo sus problemas por el cambio. Una noche, Katie hizo un comentario que expresaba esos problemas, y yo me alteré. Dije cosas crueles y fui agresivo con ella.

Ella se fue a su cuarto y yo me fui a acostar. Unos quince minutos después, Dottie se acercó y me despertó.

—Tienes que disculparte con Katie —me dijo—. Lo que le dijiste le dolió.

En mi soñolencia (y orgullo), contesté:

—Lo haré en la mañana.

—No —insistió Dottie—, tienes que hacerlo ahora mismo.

Así que me vestí, fui al cuarto de mi hija y le pedí perdón. Admití que había actuado mal, que no había reaccionado como debiera haberlo hecho, y le dije que lo sentía. Creo que esos momentos de penosa sinceridad con mi hija significaron más para nuestra relación y su comprensión de lo que es la honestidad, que cualquier cosa que hubiera podido hacer en el futuro.

Cuando erramos, necesitamos confesarlo sinceramente a Dios y a nuestros hijos y, si es posible, enmendar el mal, y seguir adelante. Los chicos respetan eso. Lo recordarán. Y hasta puede ser que lo imiten.

Enseñando honradez

En mis recorridos por los Estados Unidos para hablar a las iglesias como parte de la *Campaña Es Bueno o Es Malo,* he pedido a cientos de estudiantes de secundaria y universidad que pasen adelante y me acompañen en la plataforma. Frente a la congregación, le pregunto a un estudiante:

—¿Eres cristiano?

Por lo general, el joven contesta que sí. Entonces le pregunto:

—¿Tus padres son creyentes?

También la mayoría contesta que sí.

Entonces le digo:

—Supongamos que aparece una situación en la que, si

mientes, te librarías de una penosa circunstancia. ¿Mentirías?

No puedo recordar la última vez que alguno me dijera que él o ella no mentiría. ¡Y lo admiten delante de toda la congregación! Estuve en una renombrada universidad evangélica en Canadá, y pensé que allí sí el resultado sería distinto. Pero en frente de tres mil personas el estudiante dijo:

—Sí, probablemente mentiría (¡por lo menos fue honesto sobre su probable deshonestidad!).

Después que el joven da su respuesta, le pregunto:

—¿Te han enseñado tus padres que mentir es malo?

—Sí —contestan siempre.

—Bueno —sigo diciendo—, ¿cómo te han enseñado que mentir es malo?

Invariablemente, la respuesta es:

—Me dicen que no debo mentir porque así lo enseña la Biblia: "No mentiréis."

Entonces les hago la pregunta más importante de toda la conversación: "¿Y por qué dice la Biblia que no debemos mentir?" Hasta hoy, nadie me ha podido dar un respuesta.

¿Se da cuenta lo que sucede? Nuestros hijos conocen el precepto "no mentiréis", por ejemplo, pero eso es todo lo que conocen. No ven la verdad en su totalidad. No ven a la Persona más importante del universo en la cual se basa el precepto.

Es por eso que creo que tenemos que aprovechar cuanta oportunidad se nos presente para enseñar a nuestros hijos el valor de la honestidad y el hecho de que la honradez es buena porque Dios es veraz.

Por ejemplo, puede usted aprovechar la ocasión de un noticiero en la televisión o la alarma de un auto que empieza a sonar en el vecindario para dialogar sobre cómo el mundo sería diferente si todos fueran honrados y veraces como lo es Dios (no tendríamos que poner llave a la puerta, o ponerle una cadena con candado a las cosas o instalar sistemas de alarma, por ejemplo). Esos momentos pueden reforzar la comprensión de que Dios es un Dios veraz, lleno de verdad, y que cuando somos honestos le honramos a él.

También puede usted aprovechar cuando salen de compras para reforzar las normas de Dios sobre la honradez. Deje que los niños menores paguen al cajero del negocio o que inserten la moneda en una máquina automática, y tómese un momento para dialogar brevemente sobre por qué la honestidad es la mejor opción. Guíe a los jovencitos mayores en una diálogo sobre cómo los negocios tienen que compensar por los robos de su mercadería alzando los precios y cómo eso frustra el ideal de Dios.

Estimulando la honradez

Cuando nuestros hijos eran todavía pequeños, mi esposa y yo nos dimos cuenta de que estábamos estimulando la falta de veracidad en ellos por la forma cómo reaccionábamos a ciertas situaciones.

Por ejemplo, si entrábamos en una habitación y veíamos a alguno de los niños y a algún objeto roto, invariablmente preguntábamos: "¿Lo rompiste tú?" O, si respondíamos a los gritos de una de las niñas y la encontrábamos llorando, y a su hermano tratando de hacerla callar, siempre le preguntábamos a éste: "¿Le pegaste a tu hermanita?"

Un día caímos en la cuenta que al confrontar de esa manera a nuestros hijos hacíamos que fuera difícil que su mente infantil respondiera verazmente. Casi podíamos ver los engranajes dando vuelta en sus cabecitas: Sé cuál es la respuesta veraz a esa pregunta; la respuesta veraz me meterá en un lío; probaré una mentira a ver si me da resultado.

Nos pareció que por la manera como hacíamos las preguntas, estábamos estimulando la deshonestidad en nuestros hijos. Se sentían casi obligados a mentir. Fue así que decidimos facilitarles el que contestaran verazmente. Empezamos a preguntar (en un tono serio pero no enojado): "Rompiste ese objeto, ¿no es cierto?" o "¿Por qué pegaste a tu hermanita?" Nuestra táctica anterior promovía la falta de veracidad; el nuevo método estimulaba la veracidad.

Desde aquel entonces hemos descubierto otras maneras de estimular la honradez en nuestros hijos. Hemos aprendido que sermonear, criticar y discutir no es lo más eficaz. Tenemos que frenarnos cuando nos sentimos tentados a relacionarnos con nuestros hijos en base a una lista de reglas y reglamentos. Existen ocasiones cuando nuestros hijos necesitan sentir nuestro enojo ante su persistente desobediencia, pero éstas deben ser poco frecuentes y tienen que equilibrarse con una

abundancia de palabras que subrayan los puntos fuertes y las cualidades positivas de nuestros hijos.

Premiando la honradez

Mis primeros años como padre no fueron los más gloriosos. Creía que la obligación de los padres era prevenir que sus hijos pecaran. Me decía para mis adentros: Si no disciplino a mis hijos y los consiento, no agrado a Dios. No los maltrataba, pero en esos primeros años de paternidad, debo de haber sido lo que los niños llaman un "pesado". Era muy rápido para "darles con todo" cuando cometían errores, pero nos los elogiaba por lo que hacían bien.

Por ejemplo, supongamos que me encontraba sentado en mi escritorio escribiendo un libro, y me sentía realmente inspirado y Dottie se acercaba y me decía: "Josh, Sean acaba de llegar de la escuela con su libreta de calificaciones. Tiene el puntaje máximo en todas las materias."

"Cariño, eso es fantástico", probablemente le contestaba. "En este momento estoy muy ocupado. Lo felicitaré a la hora de la cena."

A la hora de la cena, a lo mejor me acordaba de conversar con él sobre sus calificaciones o a lo mejor no. Pero si Dottie se acercaba diciendo: "Sean le dio un puñetazo a Katie porque entró en la habitación de él", me levantaba de mi escritorio y me encargaba inmediatamente del problema. De pronto, lo que estaba escribiendo no era tan importante como el problema. El asunto no hubiera podido esperar hasta la hora de la cena. Me tenía que encargar de él *ahora*.

En la actualidad, al conversar con jóvenes en todas partes, calculo que quince de 20 jovencitos me dicen que eso es exactamente lo que sucede en su casa. Pueden obtener la atención de sus padres más fácilmente si hacen algo malo. No fue hasta que mi hija mayor cumplió los diez años que caí en la cuenta de lo que había estado haciendo.

Leí un libro titulado *The One Minute Manager* (El jefe de un minuto) en que los autores estimulan a los jefes a circular entre sus empleados en un esfuerzo por "pescarlos haciendo algo bien", para poder demostrar su aprecio y su estímulo por los esfuerzos de ellos. Esa frase transformó mi manera de pensar, y adopté un nuevo "lema paterno": "Trata de pescar a

tus hijos haciendo algo bien." Cuando veía a Sean sacando la basura le decía: "Sean, te agradezco que te hayas acordado de sacar la basura." Cuando "pescaba" a Kelly haciendo sus tareas escolares, le decía: "Querida, valoro tu manera de cumplir con tus tareas escolares." Cuando entraba a la habitación de Katie y la "pescaba" ordenando sus juguetes, le decía: "Katie, valoro la manera como cuidas tus juguetes." Esta técnica de tratar de "pescar" a mis hijos haciendo algo bien influyó poderosamente sobre mi actitud hacia mis hijos, y creo que reforzó en ellos la buena conducta.

He tratado de implementar esta práctica especialmente con respecto a las actitudes y conductas honestas. Trato de "pescar" a mis hijos siendo honrados, para poder premiarlos. No tiene que ser una demostración heroica de honestidad; podría ser sencillamente pagar a un cajero el monto correcto, admitir que una obligación ha sido descuidada o pagar enseguida una deuda. Luego les sirvo una abundante porción de aprecio y, ocasionalmente, premios, como quedarse levantados después de la hora que están obligados a irse a la cama, llegar a casa un poco más tarde o una "bonificación" monetaria alguna vez para decirles: "Valoro tu honradez."

Compartiendo los beneficios de la honradez

También aprovecho toda oportunidad posible para hacer ver a mis hijos las maneras cómo la honradez e integridad nos protegen y proveen lo que es para nuestro bien. Trato de mostrarles cómo las normas de Dios sobre la honestidad, lejos de dañarlos e impedir que avancen en la vida, pueden en realidad aportar grandes beneficios.

Les recuerdo que el joven o señorita que obedece las normas de Dios sobre la honestidad estará protegido de la carga de culpabilidad; cuando uno es honesto, no tiene que estar mirando siempre sobre el hombro.

Trato de inculcarles el hecho de que el joven cristiano que dice la verdad tendrá la recompensa de tener "manos limpias y un corazón puro" hacia Dios.

Trato de ayudarles a ver cómo el hábito de la honestidad puede proteger a alguien de la vergüenza y el deshonor que resulta cuando su engaño es descubierto.

Trato de ayudar a mis hijos a reconocer que la recompen-

sa de copiar en un examen es vacía y breve, mientras que el sentido de haber hecho algo bien, que viene de haber logrado algo honestamente, da satisfacción y es duradero.

También trato de ayudar a mis hijos a ver que las normas de Dios sobre la honestidad les provee de una reputación de integridad. "Más vale el buen nombre que las muchas riquezas" dice la Biblia, "y el ser apreciado, más que la plata y el oro" (Prov. 22:1).

Trato de ayudar a mis hijos a comprender cómo las normas de Dios sobre la honestidad protegen y enriquecen sus relaciones. El fundamento mismo de las relaciones se edifica sobre el sentido de confianza, y el sentido de confianza no puede sobrevivir en un ambiente de engaño. Poder confiar en la otra persona es indispensable para edificar relaciones exitosas que duren toda la vida. Fortifica los votos matrimoniales y los acuerdos en los negocios dándoles un elemento de seguridad y firmeza. Quiero que mis hijos reconozcan que un fundamento firme de confianza mejorará y enriquecerá la calidad de sus relaciones, proporcionándoles algo que el dinero no puede comprar y la deshonestidad no puede lograr.

Ayudando a nuestros hijos a hacer suyas las normas de Dios sobre la honradez

Ayudar a sus hijos a hacer suyas las normas de Dios sobre la honestidad tiene que ser una prioridad para cualquier padre que anhela reflejar la imagen de Dios el Padre. Nuestros hijos quizá vean valores piadosos en nuestras vidas y quizá nos oigan hablar con convicción, pero a menos que hagan suyos esos valores piadosos, seguirán siendo vulnerables a ceder ante las presiones.

Nuestros hijos pueden tener respuestas correctas, pero actitudes incorrectas. Mi meta es alimentar la *motivacion interior* que impulsará a mis hijos a honrar a Jesucristo, a vivir una vida responsable, productiva, centrada en el prójimo, que brota de una relación con el Señor, y que practiquen la obediencia como consecuencia de esa relación (Juan 14:21-24).

El hacer suyos unos valores es un proceso. Empieza con información. Paso mucho tiempo tratando de impartir información a mis hijos, enseñándoles sobre la honestidad, comunicándoles los beneficios de la honestidad, etc. Pero eso no es todo.

La *interacción* con la verdad es el próximo paso en el proceso. Animo a mi hijo y a mis hijas a *poner a prueba* la información que tienen para ver si es válida y para ver cómo se aplica en diversas situaciones. Acá es donde usted, señor padre, puede estar vitalmente involucrado, conversando con su hijo en una manera cortés y considerada, mediante la cual muestre su interés sincero. Haga preguntas a sus hijos, animándoles a hacerlas ellos también. Trate de captar nuevas percepciones, nueva información, nuevas verdades. No hace usted esto *para* su hijo, sino *con* él, guiándolo a dar forma a sus convicciones sobre fundamentos firmes.

El tercer paso, después de impartir la información y alentar la interacción con la verdad, involucra *implementar* los resultados (de la información y la interacción) en su estilo de vida. Es decir, trato de ayudar a mis hijos a poner en práctica lo que han sido enseñados y lo que han descubierto por sí mismos, por medio de cuidadosas pruebas y experiencias. Trato de ayudarles a buscar maneras prácticas de aplicar la verdad que han aprendido y experimentado en acciones, haciendo preguntas como: "¿Cómo se aplicará eso en tu conducta cotidiana?" y "¿Tendrá eso algún impacto en la manera en cómo manejas o cómo cumples tus obligaciones o cómo reaccionas a tus maestros?"

Este proceso de hacer suyos esos valores involucra: (1) impartir información; (2) interactuar con la verdad por medio de la investigación y (3) aplicar la verdad de alguna manera tangible. El proceso de internalizar la verdad de Dios es de por vida. La formación de los propios valores de uno no empieza hasta los primeros años de adolescencia. Los niños más pequeños sencillamente no tienen la madurez mental para poder procesar ideas abstractas. Si papá está dando el ejemplo y enseñando las normas de Dios sobre la honestidad durante esos primeros años, los niños los almacenan como recursos para ser usados en el futuro. Al llegar los niños a la adolescencia, el proceso de ayudarles a internalizar y personalizar las normas de Dios se hace más interactivo.

Existe un principio importante más con respecto a la internalización que quisiera compartir con usted: El sistema

de valores de nuestros hijos no tiene que ser una réplica exacta del nuestro. *No estamos en el negocio de hacer clones de nosotros mismos.* Cada niño es una persona singular y separada. Puede tener ideas diferentes sobre ciertos temas, ser más apasionado sobre otros asuntos y quizá hasta sencillamente no coincidir con nosotros a veces, y todavía seguir las pautas bíblicas en los valores que adopta. Si su relación con el Señor es firme, y si no contradice una norma bíblica clara, dele la libertad de pensar distinto de usted. Bienaventurado el niño cuyos padres también respetan los valores de él, o por lo menos su derecho de tenerlos.

Estas siete estrategias: Ser un modelo de honestidad, cultivar vulnerabilidad y transparencia, enseñar honestidad, estimular la honestidad, premiar la honestidad, hacer saber los beneficios de la honestidad y ayudar a los chicos a internalizar las normas de Dios sobre la honradez, pueden hacer mucho, con la ayuda de Dios, para capacitarlo a usted para ser la clase de padre que quiere ser.

Estas estrategias le ayudarán a formar hijos que llegan a ser hombres y mujeres íntegros, hombres y mujeres cuya reputación de honestidad les gane el respeto y la estima ajena. Le ayudarán a formar hijos que saben el valor del logro honesto y la vacuidad del logro deshonesto. Le ayudarán a formar hijos que evitan las consecuencias de la deshonestidad y disfrutan de las recompensas de la honestidad. Le ayudarán a formar hijos en quienes se puede confiar.

Le ayudarán a formar hijos que reflejan la imagen de su padre, y de su Padre.

Para reflexión, diálogo y acción

---

1. ¿Cómo hubieran contestado sus hijos las preguntas que Josh le hizo a Kelly en las página 58 y 59 de este capítulo? Planee hacerle estas preguntas a cada uno de sus hijos en algún momento durante esta semana, y use las preguntas para empezar a guiarles a tener una comprensión de Dios como origen de la verdad.

2. ¿Qué está haciendo usted para ser un ejemplo de una vida íntegra ante sus hijos? ¿Existen áreas en que ha sido algo menos que honrado? (¡Sea sincero!) ¿Qué cambios necesita hacer en esas áreas? Sea específico.

*3. Elija como mínimo una sugerencia de la sección "Enseñando honradez" para implementarla esta semana en un esfuerzo por enseñar o reforzar en sus hijos la verdad de que la honestidad es la mejor opción.

*4. Trate esta semana de "pescar" a cada uno de sus hijos haciendo algo honrado, y utilice ésto como una oportunidad para expresar su aprecio por la honestidad de ellos y para premiarlos por su honestidad.

5. Complete estas frases:

   Una vez tuve que pagar el precio de la falta de honradez cuando____________________________

   Una vez coseché los beneficios de la honradez cuando____________________________

Esté preparado, si se presenta la oportunidad, para sincera y abiertamente compartir con sus hijos las experiencias recién listadas como ilustraciones de las consecuencias de la deshonestidad y los beneficios de la honestidad.

CAPITULO SEIS

El padre en quien se puede confiar

La película *Hook,* de Steven Spielberg, una versión contemporánea del cuento de Peter Pan, contiene una escena con la cual muchos niños y jovencitos pueden identificarse.

Peter Banning, el personaje representado por Robin Williams, es un exitoso hombre de negocios que tiene muchas obligaciones. Peter recibe una importante llamada telefónica la noche antes de que la familia iba a salir en un viaje a Inglaterra; programa una reunión de negocios importante para la mañana siguiente, que también es la mañana del último y más importante partido de béisbol de su hijo en esa temporada.

Su hijo Jack le hace recordar el partido.

"Allí estaré", dice el padre, insistiendo en que la reunión será muy breve. "Te doy mi palabra."

A la mañana siguiente, al alargarse la reunión, Peter manda a un empleado con una cámara de video al partido de su hijo para que haga un video de "lo que me estoy perdiendo".

El empleado llega en el momento mismo que le toca batear por última vez a Jack. El muchacho mira las gradas buscan-

do a su papá, en cambio ve, sentado con su mamá, a un hombre con una cámara de video. Se siente desilusionado, se da vuelta, se prepara para pegar la pelota, pero falla el golpe.

Más tarde, Peter llega al parque, frena el auto de golpe y entra corriendo. Al llegar ve la cancha de juego vacía. Todos se han ido. Horas después en ese mismo día, la familia se encuentra en el avión que los lleva a Londres y, ya volando, la hija de Peter le muestra un dibujo.

"Mira lo que dibujó Jack", le dice. El dibujo es de un avión en llamas, precipitándose al océano. Cuatro personas caen por el aire junto al avión. Sólo tres tienen paracaídas.

Peter se sienta junto a su hijo, que está haciendo rebotar la pelota de béisbol contra el portaequipaje de arriba.

—¿Por qué no tengo un paracaídas, Jackie? —pregunta Peter.

—Adivina —contesta su hijo.

Después de unos minutos, Peter dice:

—Jack, la próxima temporada iré a los seis partidos.

—Asegúrate de tener bastantes cintas de video —responde el muchacho con amargura.

—Lo prometo —insiste el padre—. Te doy mi palabra.

—Palabra que no vale nada —contesta Jack.

Estas escenas son tan conmovedoras porque resultan tan comunes a muchos padres, hijos e hijas. Son muchos los padres que aman a sus hijos pero que terminan por quebrantar sus promesas. Son muchos los padres que desilusionan a sus hijos. Son muchos los padres que amargan y exasperan a sus hijos al hacer promesas que luego no cumplen. Por eso, tantos niños han tenido que pasar por el desencanto y la terrible desilusión causados por la promesa no cumplida de un padre.

Esa no es la clase de padre que quiero ser. Quiero cumplir las promesas que les hago a mis hijos. Quiero que confíen en mí. Quiero que puedan creerme cuando les digo algo. Quiero que vean a su padre como alguien que cumple sus promesas, un hombre cuya palabra vale, un hombre que hace lo que dice que va a hacer. Quiero ser la clase de padre que es mi Padre.

El Padre en quien se puede confiar

Podemos confiar en que Dios cumpla sus promesas. Esto

puede sonar elemental, pero es fundamental a un concepto sano de Dios, y a un concepto sano de la paternidad. Nuestro Padre es el supremo cumplidor de promesas. La fidelidad fluye de su naturaleza misma:

> Por la bondad de Jehovah es que no somos consumidos, porque nunca decaen sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad.
>
> Lamentaciones 3:22, 23

> Porque todas las promesas de Dios son en él "sí"; y por tanto, también por medio de él, decimos "amén" a Dios, para su gloria por medio nuestro.
>
> 2 Corintios 1:20

> (Estando) convencido de esto: que el que en vosotros comenzó la buena obra (Dios), la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús.
>
> Filipenses 1:6

Dios cumple todas sus promesas. La relación que tenemos con el Padre se basa en la fe, en la confianza. El rey David, que pasó mucho de su vida teniendo que enfrentar enemigos y librar batallas, sabía dónde poner su confianza. "Estos confían en carros" escribió, "y aquéllos en caballos; pero nosotros confiamos en el nombre de Jehovah nuestro Dios" (Sal. 20:7). David sabía que su Padre era digno de confianza. Sabía que lo que su Padre prometió, eso haría.

Nosotros, como David, podemos confiar en Dios porque es siempre digno de confianza y fiel. Aun cuando no cumplimos las promesas que le hacemos a él, nos sigue amando y cumple las promesas que nos ha hecho a nosotros. "(Aun) si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo" (2 Tim. 2:13). En otras palabras, la fidelidad y confiabilidad son una parte intrínseca de su naturaleza. No puede ser de otra manera, porque sería una contradicción de quién es él, eso sería como repudiarse a sí mismo.

Esa es la clase de padre que quiero ser. Quiero ser la clase de padre que cumple sus promesas. Quiero ser la clase de padre que se gana la confianza de sus hijos. Quiero ser la clase de padre que *premia* la confianza de sus hijos. Quiero

ser la clase de padre que hace lo que dice que va a hacer. Quiero ser la clase de padre cuyos hijos lleguen a ser dignos de confianza y de quienes se puede depender como resultado de mi influencia sobre ellos.

Eso es pedir mucho, lo sé. También sé que soy *indigno* ante esta obligación. Pero mi Padre es digno, y cuanto más dependa de él y camine con él en mi diario vivir, más seré como él de las siguientes maneras:

Tomando en serio las promesas

Muchos de nosotros cometemos errores y no cumplimos nuestras promesas como padres porque no reconocemos lo serias que son para nuestros hijos las promesas que les hacemos. No comprendemos bien cuán importantes son las promesas para ellos. No percibimos el efecto tremendo que las promesas no cumplidas (o cumplidas) tienen sobre ellos.

El doctor James L. Schaller, en su libro, *The Search for Lost Fathering* (La búsqueda de la paternidad perdida), cuenta de un hombre que se pasó todo un día pescando con su hijo. Esa noche el padre —un hombre de influencia, poderoso en los salones gubernamentales— escribió en su diario: "Hoy fui de pesca con mi hijo. Un día perdido." El hijo también tenía su diario y también él escribió sus reflexiones al volver a casa esa noche. Pero lo que puso fue muy diferente de lo que de su padre. Decía: "Hoy fui a pescar con papá, fue el día más maravilloso de mi vida."

Es evidente que el padre no comprendía el verdadero poder que tenía en sus manos, porque le era imposible ver las cosas desde la perspectiva de su hijo.

He aprendido que, al empezar a ver las cosas a través de los ojos de mis hijos, comienzo a apreciar la importancia de mis promesas. Al empezar a ver a través de los ojos de mis hijos, percibo cómo ven ellos una promesa no cumplida. Parece que "papá tiene cosas más importantes de las cuales ocuparse". Parece que "a papá no le interesa lo que yo hago". Parece que "no soy muy importante". Parece que "no tengo nada de bueno".

Desde esa perspectiva, es fácil comprender cuán importantes son las promesas y con cuánta seriedad debemos tomarlas.

Cumpliendo las promesas que les hacemos a nuestros hijos

Es fácil decir que debemos cumplir las promesas que les hacemos a nuestros hijos. Todos queremos hacerlo. Sabemos que debemos hacerlo. Pero otra cosa es realmente hacerlo.

Hace mucho, llegué a comprender que al observar mi vida, me juzgo basándone en mis intenciones, lo que no necesariamente significa haberlas cumplido. Como ha dicho alguien, el camino al infierno está pavimentando con buenas intenciones. Por otro lado, mis hijos no me juzgan basándose en mis intenciones, sino en mis acciones, en cómo convierto en realidad mis intenciones. A ellos no les importa si tengo *la intención de dedicarles* más tiempo si en la realidad no se los dedico. No les importa a ellos si tengo *la intención de cumplir* las promesas que les he hecho si en realidad no las cumplo.

Algo que me ha ayudado en esto de cumplir las promesas que les hago a mis hijos es tener conciencia que les hago dos tipos de promesas: implícitas y explícitas. Ambas son extremadamente importantes. Y cuanto más tomo las promesas implícitas y las convierto en explícitas, más me ayudo a mí mismo y ayudo a mis hijos.

Por ejemplo, algunas de las promesas implícitas que surgen por el hecho de ser padres es de amar a nuestros hijos, protegerlos del mal, proporcionarles lo que necesitan para suplir sus necesidades físicas y darles el conocimiento y la orientación que necesitan para llegar a ser adultos sanos. En la mayoría de las familias, esas promesas se dan por hecho; ya se supone que tiene que ser así, son implícitas.

No obstante, he tratado de tomar esas promesas implícitas y convertirlas en explícitas. Le he dicho a mis hijos que haría todo eso por ellos, y he agregado promesas explícitas, como: "Te prometo que te daré prioridad sobre mi trabajo", y "Prometo escucharte en cualquier momento que tengas problemas sobre los que necesites conversar." Pero en mi esfuerzo por hacer que mis promesas implícitas sean más explícitas, he aprendido mucho sobre las promesas que mis hijos esperan que yo cumpla. He aprendido, por ejemplo, que ellos piensan que mi promesa de protegerlos del mal incluye no menoscabarlos ni quejarme de ellos delante de otros adultos, lo cual es una expectativa justa, y una promesa que tengo la intención de cumplir. Pero también he tenido la oportunidad de clarificar a mis hijos mis promesas; por ejemplo, les he explicado que mi promesa de proporcionarles lo que necesitan para suplir sus necesidades físicas no necesariamente significa que me voy a asegurar de que vistan siempre a la última moda o que puedan competir con la ropa que usan sus amigos.

El padre que clarifica sus promesas a sus hijos, y se compromete a cumplir esas promesas consecuentemente, les dará un regalo de valor incalculable: un padre del cual pueden depender y en quien pueden confiar.

Cumpliendo las promesas que le hacemos a Dios

Los hijos aprenden dos cosas (entre otras) al observar la relación de su padre con Dios: si se puede confiar en Dios y si se puede confiar en papá.

Si mis hijos ven que pongo mi confianza en mi cuenta bancaria, o en las buenas obras, o cualquier cosa aparte del Dios que es digno de nuestra confianza y quien cumple sus promesas, pueden llegar a la conclusión de que no se puede confiar en Dios. Si, por el contrario, me ven encomendándome a mí mismo y encomendando a mi familia al cuidado de Dios, apoyándome en su poder, confiando en su cuidado y creyendo sus promesas, será más probable que lleguen a conocer a Dios como un Dios fiel.

Mis hijos, al ver mi relación con Dios, también pueden obtener "pistas" que les indican si pueden o no confiar en mí. Si observan que tomo a la ligera las promesas que le hago a Dios, o que quebranto mis votos a él, pueden dudar de que sea digno de su confianza. Si habitualmente hago promesas a Dios y no las cumplo, mis hijos pueden llegar a esperar lo mismo en mis relaciones con ellos. El resultado, por supuesto, es una erosión de la confianza que mis hijos ponen en mí.

Eso no es lo que quiero, y me imagino que no es lo que usted quiere. Quiero que mis hijos me vean cumpliendo mis promesas a Dios, por su gracia y poder:

> ¿Qué daré a Jehovah por todas sus bendiciones para conmigo?... Cumpliré mis votos a Jehovah delante de todo su pueblo.
>
> Salmo 116:12, 14

Quiero cumplir mis votos al Señor en presencia de todo su pueblo... incluyendo mis propios hijos.

Cumpliendo las promesas que les hago a los demás

Un amigo mío me relató una experiencia que tuvo con Jordan, su hijo de once años, que me hace pensar en lo importante que es —para mis hijos— cumplir las promesas que les hago a los demás. Ocurrió en una ocasión cuando dos de los mejores amigos de Jordan estaban, simultáneamente, viviendo el drama del divorcio de sus padres.

Una noche después de que se había acostado, los padres empezaron a "discutir" acaloradamente. Estos padres habían tenido cuidado, a lo largo de los años, de no pelearse delante de sus hijos, pero ahora no se habían dado cuenta de que Jordan todavía estaba despierto oyendo todo. En medio del argumento, la mamá miró hacia la puerta y vio a su hijo sentado en el umbral llorando.

Mamá y papá dejaron de discutir inmediatamente. El papá tomó en sus brazos al muchacho y preguntó:

—Jordan, ¿tuviste una pesadilla?

Jordan seguía llorando, pero pudo preguntar entre sollozos:

—Papi, ¿cuándo se van a divorciar tú y mamá?

—¿De dónde sacaste esa idea? —preguntó el padre.

—Dos de mis amigos dicen que sus padres discuten mucho —contestó lleno de temor— y ahora tú y mamá se están peleando.

En ese instante, ambos padres volvieron en sí y se evaporó su enojo. Aprovecharon ese momento propicio para enseñarle y expresar a Jordan lo importante que era para ellos su matrimonio. Le dijeron que se amaban, que se habían hecho muchas promesas al casarse y que tenían la intención de cumplirlas.

Al padre que no cumple sus promesas hechas a su esposa, a sus amigos, a sus colegas en el trabajo, le resultará difícil ganarse la confianza de sus hijos; pero el papá que cumple las promesas que hace a los demás estimula y aumenta el espíritu de confianza también entre sus hijos.

Rindiendo cuentas

Sorprendo a muchos padres cuando les aconsejo a rendirle cuentas... a sus propios hijos.

La mayoría de los padres consideran que mi sugerencia es algo radical, quizá hasta subversiva. Me miran como si les hubiera sacado la lengua o hecho algún otro gesto burlón. Después de todo, son los hijos los que se supone tienen que rendir cuentas a sus padres, no a la inversa.

Pero creo sinceramente que ser responsables, rendirle cuentas a nuestros hijos, es una de las maneras más eficaces de cumplir nuestras promesas y aumentar el sentido de confianza entre padres e hijos. ¡Ojo! que no estoy sugiriendo que pongan a sus hijos al mando, de ninguna manera. Lo que, sin embargo, sí sugiero es ser lo suficientemente humildes y sumisos como para dar permiso a sus hijos para que les "exijan que rindan cuentas" cuando quebrantan una promesa.

Cuando Kelly cumplió siete años, le escribí una nota especial en su tarjeta de cumpleaños que decía:

> Querida Kelly.
> De veras te quiero. Para mí es un gozo ser tu papá pero, ¿sabes? este año voy a necesitar tu ayuda. Nunca, hasta ahora, he sido el papá de una niña de siete años. Quiero ser el mejor padre posible para ti. Y si alguna vez te parece que no estoy actuando bien o siendo justo, o cariñoso o considerado, por favor, dímelo.

Lo mismo he hecho por turno con Sean, y Katie, y Heather. He tratado de ser responsable para poder rendir cuentas a cada uno de mis cuatro hijos. He alistado la participación de ellos para que me ayuden a cumplirles mis promesas, y han llegado a ser cuatro de mis más valiosos consejeros.

Es de esperar que rendirles cuentas a sus hijos puede a veces resultar incómodo. Por ejemplo, cierta vez mi hija Katie, que en ese entonces tenía diez años, me enfrentó al regresar yo de un viaje.

—Papi —me dijo—, no eres justo conmigo.

Una de las promesas hechas a mis hijos que trato de cumplir es la de ser justo con ellos. Así que le contesté:

—¿Qué quieres decir, mi amor?

—Cuando llegas de tus viajes —dijo— llevas a pasear a Kelly, Sean y Heather, pero no a mí.

—¿De veras? —contesté. Esto me pilló por sorpresa.

—Sí, —continuó ella sin titubear. Luego se endulzó su mirada y me preguntó— ¿Me llevarías a almorzar hoy?

Bueno, por supuesto, ese día almorcé con mi pequeña de diez años. El efecto de mi disposición a rendirle cuentas a mi hija fue que me ayudó a ver —y corregir— un error que estaba cometiendo.

De eso se trata ser responsable en "rendir cuentas". Cumplir las promesas hechas a nuestros hijos es una tarea difícil; si fuera fácil, más padres las cumplirían, ¿no es verdad? Es una tarea que ciertamente requiere la ayuda de Dios. Es también una tarea con la cual nos pueden ayudar nuestros hijos. Y, créame, si les damos la oportunidad y responsabilidad, ¡lo harán!

Las ideas expuestas en este capítulo no sólo le ayudarán a ser la clase de padre que estimula el sentido de confianza de sus hijos, la clase de padre que hace lo que dice que hará. Le ayudarán a ser el padre de hijos en quienes se puede confiar, hijos que son responsables y de quienes se puede depender como resultado de la influencia de usted. Por medio de su dependencia del Espíritu Santo de Dios y la fiel implementación de estas ideas, sus hijos pueden llegar a ser ellos mismos fieles en cumplir sus promesas, hombres y mujeres en quienes se puede confiar, en cuyas promesas se puede creer.

Para reflexión, diálogo y acción

1. ¿Cuándo fue la última vez que quebrantó usted una promesa hecha a sus hijos? (Si no lo puede recordar, ¡pregúntele a sus hijos!) ¿Qué cree usted que esa promesa no cumplida le comunicó a ese hijo? (Si no lo sabe, ¡pregúntele a él!)

____

____

2. Use el espacio que sigue (o una hoja de papel) para listar cualquier promesa implícita que le ha hecho a sus hijos:

____

____

____

____

3. ¿Cuáles de las promesas implícitas listadas debe usted convertir en explícitas? Trace un círculo alrededor de las que se aplican.

*4. Use el siguiente espacio (o una hoja de papel) para listar las promesas explícitas que le ha hecho a sus hijos:

____

____

____

____

*5. Trace planes para ser responsable de rendirle cuentas a sus hijos esta semana. ¿Cómo lo hará? ¿Conversando con cada hijo individualmente, sentándolos todos juntos y hablándoles en grupo, escribiendo notas dándoles permiso de ayudarle a cumplir sus promesas?

____

____

____

CAPITULO SIETE

El padre que consuela y apoya

Amy, una jovencita de catorce años, recuerda vívidamente la primera vez que sucedió. Tenía cinco años.

Se desató una tormenta que la despertó en medio de la noche. Aterrada por la oscuridad y por los fuertes truenos, saltó de su cama y corrió, llorando, a la habitación de sus padres.

Se acercó a la cama y, lloriqueando, llamó quedamente a la mamá. Pero antes de que ésta pudiera responder, se despertó el papá.

—¿Qué estás haciendo levantada? —dijo enojado porque lo había despertado—. Vete ahora mismo a tu habitación.

—Pero papi, tengo miedo —contestó ella, llorando con más fuerzas.

—No quiero saber nada de eso. Ya eres una niña grande y es hora que empieces a comportarte como tal.

Amy lanzó una mirada suplicante a su madre, quien se había incorporado en la orilla de la cama, pero ella no levantó la vista del suelo.

—¿Me oíste? —vociferó el padre, asustando aún más a Amy—. Te dije que te volvieras a tu cama. Y no nos vuelvas a molestar.

Amy se retiró de la habitación de sus padres y se fue al ba-

ño. Prendió la luz, le puso llave a la puerta y pasó el resto de la noche acurrucada en la bañera, llorando y temblando cada vez que escuchaba un trueno. Esta escena volvió a repetirse varias veces hasta que Amy aprendió a no esperar ningún consuelo de su padre. Hasta los diez años, se pasaba las noches de tormenta llorando en la bañera, con las luces prendidas y la puerta con llave.

Lo peor de este relato es que es verídico. Amy ya ha logrado vencer su temor a los truenos, pero sigue sufriendo los resultados de la falta de consuelo y apoyo por parte de su padre.

Y los resultados pueden ser devastadores. Según los doctores David Ferguson y Don McMinn del Center for Marriage and Family Intimacy (Centro en pro de la intimidad matrimonial y familiar), la persona cuya necesidad de consuelo y apoyo no es suplida será propensa al desaliento, la soledad, a sentirse vacía y a ser tímida. Dicha persona tiende a la promiscuidad, a temer al fracaso, a cansarse de la vida y a ser obsesiva-compulsiva.

El niño o jovencito que no cuenta con el consuelo y apoyo de su padre tendrá más dificultad en afrontar su sentido de inseguridad y de resistir la presión malsana de sus amigos. El niño o jovencito que no cuenta con el consuelo y el apoyo de su padre puede tener dificultad en formar amistades sanas. El niño o jovencito que no cuenta con el consuelo y el apoyo de su padre será más propenso a ceder ante la presión de tener una relación sexual en un esfuerzo por llenar sus necesidades emocionales.

Por otro lado, el niño o jovencito que sí cuenta con el consuelo y apoyo de su padre será más propenso a sentirse amado, agradecido, optimista y a ser cariñoso, compasivo, positivo, generoso, sensible y seguro de sí mismo.

Aunque opino que la conducta del padre de Amy fue deplorable, tengo que admitir que se han presentado ocasiones cuando yo tampoco he ofrecido el consuelo y apoyo que mis hijos necesitaban. Pero ese no es el padre que yo quiero ser. Quiero ser la clase de padre a disposición de mis hijos cuando necesitan consuelo y apoyo. Quiero ser la clase de padre que reacciona con sensibilidad a los temores y los dolores de mi hijo. Quiero ser la clase de padre quien, con su consuelo y apoyo, capacita a mis hijos a resistir las presiones malsanas

de sus amigos, a vencer el sentido de inseguridad, a tener amistades sanas y a ganarse el respeto y la admiración de sus amigos. Quiero ser la clase de padre que es mi Padre.

La imagen del Padre

La naturaleza y el carácter de nuestro Padre celestial revelan que padre piadoso es el que consuela y apoya a sus hijos en medio de las tribulaciones y dificultades de la vida. "Claman los justos", dice la Biblia, "y Jehovah los oyó; los libró de todas sus angustias. Cercano está Jehovah a los quebrantados de corazón" (Sal. 34:17, 18).

El es "Padre de misericordias y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones. De esta manera, con la consolación con que nosotros mismos somos consolados por Dios, también nosotros podemos consolar a los que están en cualquier tribulación" (2 Cor. 1:3, 4).

Nuestro Padre Modelo es el Padre de compasión y el Dios de toda consolación. El responde a nuestras crisis y calamidades, no con impaciencia e indignación, sino con su consuelo y apoyo. ¿Sabe que es una ayuda inmensa, en tiempos difíciles, tener a alguien de quien podemos depender, alguien en quien podemos encontrar fuerza, alguien de quien podemos obtener un consejo sabio?

El consuelo de Dios abarca "*todas* nuestras tribulaciones". Nos consuela *y* nos apoya cuando sufrimos persecución por amor de su nombre y cuando sufrimos las consecuencias de nuestra propia necia conducta. Nos consuela cuando menos lo merecemos. Nos consuela cuando andamos tropezando intentando de salir de algún lío en el que nosotros mismos nos hemos metido. Nos apoya cuando somos débiles, y nos consuela cuando caemos.

> Como un pastor, apacentará su rebaño; con su brazo lo reunirá. A los corderitos llevará en su seno, y conducirá con cuidado a las que todavía están criando.
>
> Isaías 40:11

Nuestro Padre consuela y apoya aun cuando tiene que disciplinarnos. El salmista David escribió: "Tu vara y tu cayado me infundirán aliento" (Sal. 23:4b). El cayado del pastor se

usaba como un instrumento de consuelo y apoyo, levantando a los corderitos recién nacidos, juntando y guiando a las ovejas en las sendas peligrosas y difíciles. La vara, en cambio, era un instrumento de defensa y *disciplina*; era usada para distraer o dominar a los atacantes *y* para corregir a los integrantes de la manada que se desviaban y eran recalcitrantes. Pero ambos *instrumentos*, la vara y el cayado, eran fuente de consuelo para el salmista, porque ambos eran utilizados por un Pastor compasivo y apoyador.

Esa es la clase de padre que yo quiero ser. Quiero, por la presencia y el poder sobrenatural del Espíritu Santo de Dios viviendo en mí y obrando a través de mí, reflejar la naturaleza de mi Padre. Quiero consolar y apoyar a mis hijos en *todas* sus tribulaciones. Es fácil, claro, consolar a mi hija porque no sacó la calificación más alta en un examen. Es fácil apoyar a mi hijo que no jugó muy bien que digamos, en la cancha de fútbol. Es fácil consolar a un niño que se acaba de caer de la bicicleta o que acaba de romper su compromiso.

Pero no es fácil ofrecerles consuelo y apoyo cuando abollaron el auto por andar haciendo piruetas insensatas, cuando no pasan un examen porque no estudiaron, cuando dejan para último momento una tarea que tenían que hacer y después la hacen mal. Esas clases de "tribulaciones", las que ellos mismos causan, son las difíciles de encarar en una forma piadosa. *Pero es precisamente en esos momentos cuando nuestros hijos más necesitan sentir nuestro consuelo y apoyo.*

Todavía tiendo a ser duro con mis hijos. Todavía a veces me valgo impulsivamente de los gritos, los sermones, los regaños, pero estoy aprendiendo. Estoy aprendiendo cómo reflejar la imagen de mi Padre por medio de consolar y apoyar a mis hijos. Estoy aprendiendo nuevas maneras de moldearme a la imagen de Dios. Estoy aprendiendo nuevas maneras de fomentar la imagen del Padre en mi propio papel de padre, como:

Aceptando mis limitaciones

Un joven padre me contó cierta vez de sus esfuerzos por ayudar a su hija de seis años a aprender a andar en bicicleta. El corría al lado de la bicicleta de la niña para estabilizarla mientras aprendía a coordinar las muchas maniobras involu-

cradas en esto de andar en bicicleta: dominar el manillar, pedalear, frenar y mantener el equilibrio. Pero en un momento dado, el padre accidentalmente soltó la bicicleta y ésta y su hija se fueron al suelo.

Al relatar el incidente, el padre expresó su desaliento por haberle "fallado" a su hija. Quería que ella realmente pudiera confiar que él estaría a su lado, que pudiera depender de él para apoyarla, no solamente en esto, sino en todo.

Pero ese padre no es perfecto. Ninguno lo es.

Una de las claves para llegar a ser padres que consuelan y apoyan a sus hijos es comprender y aceptar nuestras limitaciones. No podemos impedir que nuestros chicos se "pelen" las rodillas, pero *sí podemos* levantarlos y besar sus heridas. No podemos prevenir que nuestros hijos cometan errores; pero sí podemos estar junto a ellos para ayudarles a corregirlos. No podemos proteger a nuestros hijos de todos los desengaños y males; pero *sí podemos* estar a su lado para llorar con ellos y dolernos con ellos. No podemos solucionar todo lo que no anda bien en sus vidas; pero sí podemos elogiarlos cuando triunfan y levantarlos cuando fracasan.

No podemos hacer todo por nuestros hijos. Pero, con la ayuda de Dios, hacemos todo lo que podemos, y eso es suficiente.

Tomándonos el tiempo

Uno de los que respondieron a nuestra encuesta de "Por qué esperar" escribió un ensayo sobre su primera actividad sexual. Decía, en parte:

> Había tenido un mal día en la escuela, y lo único que quería era un poquito del tiempo de mis padres. Un simple abrazo hubiera bastado. Pero estaban demasiado ocupados, así que llevé mis problemas a mi novio. Una cosa llevó a la otra y ahora tenemos relaciones sexuales. Papi, mami, ojalá los hubiera "encontrado" cuando los necesitaba.

Esta jovencita necesitaba consuelo después de un día difícil en la escuela, y lo buscó primero en sus padres. Pero cuando ellos estaban demasiado ocupados, lo buscó en otra parte.

Los chicos deletrean la palabra "amor" distinto que los

adultos; la escriben T-I-E-M-P-O. El padre que realmente quiere reflejar la imagen del Padre compasivo, el Padre de toda consolación, debe tomarse el tiempo que ello requiere.

No siempre he sido tan bueno en este aspecto, pero he aprendido mucho. Cierta vez, cuando estaba muy ocupado escribiendo un libro en nuestro retiro favorito en México, se me acercó Kelly y dijo: "Papi, ¿puedes llevarme a que me arreglen las uñas?"

Estaba todo inspirado, escribiendo, y lo primero que pensé fue: Esto es lo último que necesito en este momento. Mi segundo pensamiento fue: Practica lo que predicas. Mi tercer pensamiento fue: Señor, dame la actitud correcta sobre esto.

Bueno, guardé mi trabajo, con la esperanza de poder recuperar las "musas" más adelante, y llevé a mi hija a "hacerse las uñas". Afortunadamente (mi esposa diría "sorprendentemente"), reconocí que no era sencillamente cuestión de ser el chofer personal de Kelly, sino que lo que ella quería realmente era un poco de mi tiempo y el resultado fue que pasamos unos lindos momentos de compañerismo y tuvimos una conversación muy significativa cuando volvíamos. En realidad, los temas más íntimos y sentidos que Kelly compartió conmigo no surgieron hasta casi el final de nuestra excursión. Le llevó tiempo a Kelly poder expresarse, y me alegro que le pude dar ese tiempo y que estuve dispuesto a dárselo.

Kelly no dejaba de agradecerme por haberla llevado a "arreglarse las uñas". Creo que fue porque, al darle de mi tiempo, no sólo pude comunicarle mi interés por ella, sino que me coloqué en una posición en que pude ofrecerle mi consuelo y apoyo.

Captando sus necesidades

Mi amigo Norm Wakefield cuenta de una ocasión cuando una de sus hijas estaba a punto de graduarse de la escuela secundaria, circunstancia en que un padre esperaría que su hija estuviera feliz y entusiasta. Pero Norm observó que su hija estaba deprimida y callada. Al conversar con ella se enteró que estaba desanimada porque muchos de sus compañeros recibirían reconocimientos especiales y becas en la ceremonia de graduación, pero ella no esperaba recibir ningún tipo de reconocimiento.

Norm pudo haber respondido de varias maneras. Pudo haberle restado importancia a los sentimientos de ella. Pudo haberle dicho que no fuera tonta. Pudo haber tratado de razonar con ella. Pero se dio cuenta que nada de esto hubiera llenado la necesidad que tenía en ese momento.

"No sabía qué decir" comenta ahora, pero en aquel momento le dio un abrazo y le dijo: "Para mí, tú eres la mejor." La sonrisa que le dio ella y el abrazo que le devolvió mostraron que, para ser un padre que no sabía qué decir, no le había ido tan mal. Su captación de la necesidad de ella había sido correcta. Necesitaba consuelo; necesitaba oír que recibiera o no algún reconocimiento o beca, había alguien que la tenía en alta estima.

El padre que anhela ofrecer consuelo y apoyo a sus hijos necesita ser sensible a sus necesidades. Escuche atentamente lo que *dicen* sus hijos y observe lo que *hacen*, pero no se detenga allí; trate de captar qué sentimientos y necesidades reflejan esas palabras y acciones. El niño que dice: "Nunca hacemos nada juntos" puede estar expresando que necesita la atención de su padre. El niño que lanza una mirada a las gradas antes de hacer una movida importante en la cancha puede estar buscando apoyo. La niña que larga un berrinche cuando algo no le sale bien, puede estar clamando que la consuelen.

No digo que tenemos que excusar una conducta inapropiada; lo que sí sugiero es que notemos —y hasta anticipemos— las necesidades de nuestros hijos y respondamos no sólo a sus palabras y acciones sino a las necesidades que las generan.

Aprendiendo el lenguaje del consuelo y apoyo

Entre las cosas que todavía estoy aprendiendo figuran las que el hijo *no necesita* cuando tiene miedo, vergüenza, desencanto o algún dolor. Debido a que por lo general encaro los problemas (y a las personas) cognoscitivamente, mi primera reacción hacia alguien que sufre es racional ("¿Sabes? tu error fue..." o "Ya sabes por qué te pasó esto, ¿no es cierto?"). Pero estoy aprendiendo que la persona que sufre rara vez necesita ser corregida ("Que te sirva de lección") ni tampoco de instrucción ("Esto puede hacerte una persona más fuerte, si lo permites.") ni consejo ("Yo en tu lugar...") ni de inspiración ("¡Anímate! Esto podría ser mucho peor.")

En lugar de ceder a mi reacción instintiva, he aprendido que la mayoría de las veces mis hijos necesitan que "esté con ellos", que los abrace, que llore con ellos, que les tenga la mano, que sufra con ellos y que les muestre que me interesa mucho lo que les pasa. He aprendido que rara vez necesitan de mi corrección y que rara vez se benefician de mi consejo. No necesitan un sermón, necesitan un hombro sobre el cual llorar. Necesitan consuelo y apoyo. Y eso se expresa mejor por medio del lenguaje del consuelo ("Lo siento mucho, querida", "Sé que duele", "Estoy aquí contigo" y "Te amo") y el lenguaje del apoyo ("Creo en ti", "Juntos superaremos esto" y "Cuenta conmigo en todo este asunto").

A veces, por supuesto, es indispensable disciplinar o corregir cuando el hijo está sufriendo como resultado de su propia mala conducta, pero la disciplina será mucho más eficaz cuando ya antes el padre ha ofrecido su consuelo y apoyo.

Cuidando lo que dice

Dan Benson, en su libro *The Total Man* (El hombre total), cuenta cómo una encuesta hecha a padres de familia demuestra que las mamás y los papás promedian diez comentarios negativos a sus hijos por cada comentario positivo. Sin embargo, Benson observa: "Los expertos en psicología infantil creen que se requieren cuatro comentarios positivos para enmendar el daño al amor propio causado por un comentario negativo."

El padre que espera comunicar consuelo o apoyo a sus hijos tiene que darse cuenta del poder de sus palabras para ayudar o lastimar. Si es siempre sarcástico, condenatorio o crítico con sus palabras, cualquier intento de consolar y apoyar a sus hijos será ineficaz. Si su lenguaje verbal o no verbal está expresando:

"Apártate de mí",
"No me molestes",
"Prefiero estar en compañía de adultos",
"No tengo tiempo para ti",
"Creo que eres estúpido",
"No me gustas",
"Eres un fastidio",

"No pienso tener en cuenta lo que piensas o sientes", estará distanciándose de sus hijos, forzándolos a buscar en otra parte el consuelo y apoyo que necesitan.

Entrando en su mundo

Si de veras quiere que sus hijos sientan su consuelo y apoyo, pruebe entrar en el mundo de ellos. Es decir, haga que su misión sea descubrir en qué se interesan ellos en este momento, las cosas de las cuales aprueban, lo que disfrutan hacer, la clase de amigos con quienes andan. Muchos de los papás esperamos que nuestros hijos se comuniquen con nosotros *a nuestro nivel*; esperamos que hagan las cosas que a nosotros nos interesan; no obstante, rara vez o nunca nos adentramos en los intereses de ellos y nos comunicamos a su nivel.

Hace unos años, mi hija Kelly y una de sus amiguitas empezaron a molestarme queriendo hacerme un peinado especial.

—En serio chicas, no creo que sea una buena idea —insistí.

—Vamos, papi —siguió rogando Kelly.

Realmente no quería que esas dos chiquillas me usaran de experimento, pero vi que ésta era una oportunidad para entrar en su mundo.

—Está bien —dije por fin—. Pueden peinarme como quieran, pero no pueden cortarme el cabello ni teñirlo (pintarlo) y las dos tienen que prometerme que luego saldrán conmigo a comer algo.

—¡Estupendo! —gritaron ambas al unísono, y durante más o menos una hora se dedicaron a mi cabello usando una crema para darle más cuerpo al cabello, el secador y otros implementos que no pude reconocer. Cuando terminaron, tenía los cabellos de punta, todos apuntando en diferentes direcciones. Parecía un plato volador, listo para despegar hacia un distante planeta. Me miré al espejo, y dudé sobre la última parte del acuerdo que había hecho con ellas. ¿Realmente quería salir a comer en público con ellas en estas condiciones? Mi única esperanza era que nadie me reconociera.

Cuando entré a la pizzería (con lentes negros y todo), las chicas me seguían a una distancia de dos metros, porque no

querían que nadie viera que venían conmigo. Sí, la gente me miraba boquiabierta, una mujer hizo un gesto como diciendo "Esto es el colmo", pero por lo menos nadie llamó a la policía. Y, al final de cuentas, nos divertimos muchísimo.

Ahora bien, no creo que esa experiencia fuera particularmente consoladora ni de apoyo a mi hija, pero me ha enseñado —junto con otras salidas y otros momentos de juego— muchas cosas acerca de mis hijos que me han capacitado para consolarles y apoyarles cuando lo necesitaban. Penetrando el mundo de ellos toda vez que me ha sido posible, he aprendido a interpretar su estado de ánimo, comprender sus sentimientos y anticipar sus dificultades en maneras que de otra forma no hubiera podido hacerlo.

La habilidad de ofrecer consuelo y apoyo no es como una televisión, algo que simplemente uno prende cuando quiere. Es más como un jardín; requiere constante cultivo y cuidado, para que llegado el momento —el momento inesperado— pueda cosechar el fruto de sus labores.

Ofrecer consuelo y apoyo a sus hijos tendrá un efecto de largo alcance, tanto para usted como para ellos. Podrá usted verlos enfrentar las presiones malsanas de su amigos, seguros de que pueden, en su propio hogar, encontrara bundante apoyo y consuelo. Los verá usted desarrollar amistades sanas, pudiendo no sólo recibir amistad sino también darla. Los observará cómo, más y más al ir creciendo, se ganan el respeto y admiración de sus amigos (y de usted) al irse convirtiendo en jóvenes capaces, seguros de sí mismos que saben que pase lo que pase en la escuela, el trabajo o la iglesia, pueden contar con el consuelo y el apoyo de su padre.

Para reflexión, diálogo y acción

---

1. Lea la siguiente lista y considere si sus hijos reflejan alguna de estas características (marque las que se apliquen):

* desanimado	* solitario
* tímido	* promiscuo

* temeroso de fracasar	* obsesivo-compulsivo
* inseguro	* vacío
* vulnerable ante las presiones de sus compañeros	* vulnerable a las presiones sexuales
* cultiva amistades perjudiciales	* cansado de la vida

2. Si marcó cualquiera de estas características, ¿le parece que esos sentimientos o dificultades pueden estar relacionados con la falta de consuelo y apoyo? De ser así, ¿cuáles?

3. ¿Puede identificar ocasiones en el pasado en que no ha ofrecido consuelo y apoyo a un hijo que los necesitaba? ¿Le será posible corregir ese error? ¿Necesita pedir perdón a ese hijo?

*4. En el siguiente espacio, haga una lista de las maneras como puede usted empezar a ofrecer consuelo y apoyo a sus hijos. Luego identifique un paso que tomará esta semana trazando un círculo alrededor del mismo.

____

____

*5. Piense en eventos futuros de la vida de sus hijos. ¿En cuáles de estas ocasiones podrían necesitar más consuelo y apoyo? ¿Qué puede hacer usted ahora a fin de anticipar esos momentos y prepararse para afrontarlos?

____

____

CAPITULO OCHO

El padre como refugio

Denise, la hija de un buen amigo mío, tuvo una vez un problema con una de sus profesoras de la escuela secundaria. La maestra acusó a Denise de algo que ella no había hecho y, a pesar de no contar con ninguna evidencia, la había amenazado con castigarla haciéndole quedar en penitencia o suspendiéndola. A pesar de sus repetidas protestas de que era inocente, la profesora siguió con su determinación de aplicarle un castigo. Pero Denise se mantuvo firme.

—Quiero llamar a mi papá —insistió, dolorida y con miedo.

—¿Ah sí? ¡Muy bien! Llamemos a tu papá —dijo la profesora, pensando que el papá de Denise se sentiría avergonzado y enojado por la supuesta culpabilidad de Denise.

La profesora se marchó con Denise a la dirección de la escuela, y se plantó al lado de Denise mientras ésta llamaba a su papá y le explicaba lo sucedido.

—Ya viene —dijo Denise al borde de las lágrimas, mientras colgaba el teléfono.

Minutos después, llegó a la escuela el papá de Denise y se sentó con su hija y la profesora. Habiendo escuchado brevemente lo que Denise le contó por teléfono, le pidió a la profe-

sora que le explicara el problema. Ella así lo hizo, enojada y a la defensiva.

Por último, el papá de Denise se puso de pie.

—Ya he oído bastante —dijo. Puso su brazo alrededor de los hombros de su hija, y luego le dijo cortesmente a la profesora que había acusado a la persona equivocada, que no toleraría que la pusieran en penitencia, que la suspendieran o que le impusieran castigo alguno a su hija. Salió de la oficina todavía abrazando a Denise pidiéndole que lo esperara mientras concluía la reunión con la profesora.

Volvió a la oficina y le explicó a la profesora que estaba seguro de la inocencia de Denise, y le dijo que su hija merecía que le pidieran disculpas. Luego dio media vuelta y se retiró. Al llegar al corredor se encontró con su hija otra vez con lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó, confundido porque creía que la crisis había pasado.

Casi sin poder contener las lágrimas, Denise sonrió y le dio al papá un gran abrazo.

—Gracias, papá, por estar de mi lado. Eres mi defensor y puedo contar contigo —dijo.

Aquel día ese padre había comunicado algo extremadamente valioso. Parecía algo rutinario en ese momento, pero se ganó la gratitud de su hija por ser un refugio para ella. Ese incidente creó (o mejoró) el sentido de seguridad en la mente de ella. Pensó: "Puedo depender de papá, puedo correr a él cuando me encuentro en problemas; él me defenderá, será mi abogado."

Fomentar esta clase de actitud en un niño es particularmente crucial para los papás de esta época. La mayoría de los jóvenes actuales ven al futuro de la sociedad con ansiedad. Andan en la senda del temor y la ansiedad; seis de cada diez estudiantes de secundaria afirman conocer a un jovencito de su edad que ha tratado de suicidarse, y uno de cada tres conoce a alguien que ha llevado un arma a la escuela. Muchos tienen amigos o conocidos que andan en conductas peligrosas y/o ilícitas (como relaciones sexuales prematrimoniales y uso de drogas). Otra investigación demuestra que el 68 por ciento de los adolescentes menores no cree que este mundo ni siquiera tenga un futuro, y el 32 por ciento cree que se verán afectados directamente por una aniquilación nuclear.

Estos temores se extienden aun a niños menores. Hace unos años, Nadine Brozan informó en el periódico The New York Times los resultados de un estudio que demostraba que los cinco temores más grandes del niño escolar hace veinte años eran los ruidos fuertes, las habitaciones a oscuras, los lugares altos, animales peligrosos y gente extraña. Hoy los temores más grandes del niño escolar son perder a sus padres a través del divorcio y ser víctimas de un robo, golpiza, violación o cáncer.

En semejante ambiente, los chicos necesitan un lugar seguro, en lugar de refugio y de retiro de los peligros y desengaños de un mundo que se ha vuelto loco. Necesitan un refugio de la tormenta. Necesitan un lugar donde curar sus heridas, un lugar donde encontrar alivio.

Eso es lo que quiero ser para mis hijos. Quiero ser la clase de padre que es mi Padre.

Un Padre, una fortaleza

En el momento más negro de su vida, habiendo sido perseguido por el rey (el padre de su mejor amigo), un ex pastorcillo llamado David vivía escondido. Había sido un héroe nacional; ahora estaba en exilio. Había sido miembro de la corte del rey; ahora dormía en cuevas. Había servido lealmente a su rey; ahora los consejeros del rey lo difamaban ante aquél. Había sido ungido para ser el próximo rey de Israel; ahora su futuro era incierto. Había perdonado generosamente la vida del rey; ahora ese mismo rey buscaba quitarle la vida.

Los problemas de David parecían tan grandes que se sentía como un hombre entre fieras. Temblaba como un niño entre las bestias hambrientas. Se sentía caído, vencido por el peso de sus tribulaciones. Por último, en su desesperación, David se volvió a su Padre, su Dios. Clamó:

> Ten misericordia de mí, oh Dios;
> ten misericordia de mí,
> porque en ti ha confiado mi alma.
> En la sombra de tus alas me ampararé,
> hasta que pasen las calamidades.
>
> Salmo 57:1, 2

A los pocos años, David subió al trono, venció a sus enemigos, unió al reino alborotado y se ganó el respeto y la estima de su pueblo. ¿Cómo lo logró? David da la respuesta en un salmo posterior:

Te amo, oh Jehovah, fuerza mía.
Jehovah es mi roca,
mi fortaleza y mi libertador.
Mi Dios es mi peña; en él me refugiaré.
El es mi escudo, el poder de mi
liberación y mi baluarte.

Salmo 18:1, 2

¡Esa es la clase de Padre que es nuestro Dios! Es nuestra defensa, nuestro baluarte, nuestro refugio, nuestro escondite:

Jehovah será un alto refugio para el oprimido,
un refugio en los tiempos de angustia.

Salmo 9:9

Jehovah de los Ejércitos está con nosotros;
nuestro refugio es el Dios de Jacob.

Salmo 46:7

Misericordia mía y castillo mío;
mi refugio y mi libertador;
mi escudo, en quien he confiado;
el que sujeta los pueblos debajo de mí.

Salmo 144:2

Los hijos del hombre se refugian bajo la sombra de tus alas.

Salmo 36:7

Nuestro Padre modelo es una fuente de poder, un lugar seguro para sus hijos. En él podemos encontrar seguridad contra los ataques y las presiones del mundo. Dios es nuestro refugio.

Esa es la clase de padre que yo quiero ser. Sí, ya sé que no puedo ser todopoderoso como lo es él, ni saberlo todo como lo sabe él. Y quiero que mis hijos se acerquen primero y ante todo a su Padre celestial; quiero estar seguro de que ellos saben

que, así como él es mi fortaleza y mi refugio, será igualmente un refugio para ellos.

Pero yo también quiero ser la clase de padre que es mi Padre. Quiero ser como él. Quiero ser un refugio para mis hijos. Quiero que sepan que siempre tienen un lugar seguro al cual pueden acudir, y que ese lugar es dondequiera que esté su papá. Quiero que sepan que pueden acudir a mí en busca de refugio, de las tormentas de la vida, de los ataques de sus amigos, de las presiones de la adolescencia, del desengaño, de la burla y del temor. Si perciben que el refugio y la seguridad está a su disposición en su papá, será más probable que se sientan seguros, no sólo en su casa y familia, sino en su propio interior. Será más probable que desarrollen su autoestima y seguridad en sí mismos si saben que alguien los respalda, que alguien está dispuesto a defenderlos, dispuesto a darles un refugio y a sostenerlos.

Como todo lo demás, esta es una tarea imposible si trato de realizarla basándome en mi propia fuerza y sabiduría. Solo, fracasaría todas las veces. Pero no estoy solo ni tampoco lo está usted. "¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece!" (Fil. 4:13). Y todo lo puede usted, al depender de Dios el Padre por medio de su Espíritu Santo quien lo puede capacitar para actuar por medio de unas pocas y sanas estrategias, como las siguientes:

Preparándose para las crisis

Un día fui a buscar a Kelly a la escuela. Al caminar juntos, me preguntó súbitamente:

—Papi, ¿qué opinas de Jim Bakker?

Era la época en que los teleevangelistas Jim y Tammy Bakker aparecían en todas las noticias, y el escándalo que había destruido su imperio televisivo PTL se había convertido en tema de discusión para la clase de mi hija.

Yo ya había oído las reacciones de otros cristianos al escándalo del PTL: "Es una vergüenza", "Debieran echarlos del ministerio", "Seguro que él ni siquiera es cristiano" etc. Podía entender el desencanto y el oprobio que tales afirmaciones expresaban, pero me di cuenta de algo más. Me fue doloroso tener que llegar a la conclusión que cualquier pastor que decía cosas como esas de Jim Bakker se arriesgaba a comunicar a

la juventud de su iglesia: "Si alguna vez te encuentras en problemas, no recurras a mí" y, en particular, a todas las adolescentes en la congregación: "Si quedas embarazada fuera del matrimonio, te condenaré sin pestañear." Y los padres cristianos que hablaban de Jim Bakker en estos términos corrían el riesgo de comunicar a sus propios hijos: "Puedes contar con nosotros mientras no andes en drogas, no bebas, no quedes embarazada, no te metas en líos."

Así que, ¿cómo podía contestar la pregunta de Kelly? ¿Cómo podía mantener el equilibrio entre decirle a mi hija de trece años lo que pensaba del pecado sin condenar al pecador?

Tragué saliva, me mordí los labios, y dije:

—Querida, lo que hizo Jim Bakker estuvo mal. Fue pecado.

Le expliqué por qué era pecado el que Jim Bakker se citara en la habitación de un motel con Jessica Han, y agregué:

—Pero Kelly, quiero que entiendas una cosa. Dios ama a Jim Bakker tanto como nos ama a ti y a mí. Y Cristo murió en la cruz por Jim Bakker tanto como murió por ti y por mí. Si Dios no puede perdonar a Jim Bakker, no nos puede perdonar a ti y a mí.

Al seguir caminando, Kelly guardó silencio por un momento, mientras en mi cabeza bullían todas las cosas que le quería decir. Por último, respiré hondo y continué:

—Veamos esto con realismo. Si tú quedaras embarazada, ¿te imaginas cuánto sufriría tu padre? Y me crucificarían. La mitad de la gente aquí en nuestra propia iglesia se pondría en mi contra. En todo el país, líderes cristianos, editores de revistas, periodistas, evangelistas, me comerían vivo.

Kelly alzó sus ojos y me miró preocupada:

—Lo sé, papá —dijo.

—Pero mi amor, quiero que sepas una cosa —le dije—. Si quedaras embarazada, no me importaría lo que toda esa gente dijera. Le daría la espalda a sus injurias, pero nunca te daría la espalda a ti. Pondría mis brazos alrededor tuyo y juntos superaríamos la situación.

En ese instante, mi hija dejó caer al suelo sus libros, empezó a llorar y me abrazó diciendo:

—Sé que así lo harías, papá.

Ahora bien, algunos pueden pensar que me estaba arriesgando demasiado, que Kelly podría pensar: "Papi me quiere pase lo que pase, así que no importa si quedo embarazada." Pero no me preocupé mucho de esto, porque yo quería ser su refugio, no sólo si quedaba embarazada, sino cuando tuviera un problema de cualquier índole. Quiero que ella —y su hermano y sus hermanas— sepan que seré su defensor, su lugar seguro, su refugio en la tormenta.

Permaneciendo alerta y siendo observador

Mi amigo Norman Wakefield, en un libro que escribimos juntos, cuenta de la importancia de permanecer alerta:

> Mi hijo Joel (que en ese entonces cursaba el segundo año de la secundaria) llegó a casa de mal humor. Yo estaba en la sala y lo oí dando portazos y hablando groseramente. A la mesa se mostró irritado y sarcástico. Más tarde me encontraba nuevamente en la sala cuando lo escuché dar un furioso portazo a la puerta de su habitación.
>
> Por fin, se me encendió el foco: A Joel le debe de estar molestando algo importante. Durante las últimas cuatro horas era obvio que estaba alterado. Fui a su habitación y dije:
>
> "Joel, recién me doy cuenta que llegaste a casa irritado y de mal humor. ¿Pasó algo en la escuela de lo que te gustaría conversar?"
>
> Mi hijo empezó a llorar (y francamente, me sentí como un tonto por no haber notado antes el problema). Con dolor me contó un incidente que había sucedido en el aula. El profesor le había hecho pasar vergüenza y le había malentendido. No sabiendo cómo procesar el asunto, lo llevó a casa donde lo proyectó con su conducta negativa... Doy gracias que lo que proyectó por fin me llegó.

Ser un refugio requiere que el padre permanezca alerta y sea observador. Significa ser sensible a las palabras y los estados de ánimo de sus hijos. Significa respetar sus preocupaciones e inquietudes. Significa llegar a conocer a sus amigos. Puede significar mirar los programas de televisión que ellos miran y hasta (¡horrores!) escuchar la música que ellos escuchan.

Conozco un papá que, trabajando en casa, se ha hecho el

hábito de saludar a sus hijos en cuanto llegan de la escuela. Entran a su oficina, uno por uno se sienta sobre sus rodillas (¡y eso que ya son adolescentes!) y le cuentan de su día en la escuela. Esta rutina por lo general no lleva más de quince minutos, pero le da la oportunidad de acercarse a sus hijos, y a ellos les permite descargar sus preocupaciones o festejar sus gozos con su papá al finalizar su jornada escolar. Quizá esta técnica no le resulte a usted. Pero encuentre algo que sí le resulte, algo que lo mantenga alerta y que le ayude a ser sensible a sus hijos y lo que ellos están pasando.

Aprendiendo a escuchar

Un hombre de negocios, preocupado por su relación con su hijo de dieciocho años, acudió a Norm para que lo aconsejara. El padre le explicó que su hijo carecía de motivación, andaba en drogas y había establecido relaciones destructivas. La comunicación entre padre e hijo era tirante, casi a punto de estallar.

Norm le sugirió al padre que llevara al hijo a comer a un restaurante la semana entrante. "No para regañarlo ni para sermonearlo, explicó Norm. "Su tarea es expresar interés en él. Escuche lo que dice."

Cuando el hombre regresó a la semana, describió lo que pasó.

—¿Cómo reaccionó su hijo? —preguntó Norm.

—Bueno, —empezó el padre— dice que durante toda la comida estaba esperando ¡que "la bomba estallara"!

El hijo había esperado que su papá lo corrigiera o lo regañara porque eso era lo que pasaba siempre que conversaban. ¡Al hijo le sorprendió que su padre estuviera dispuesto a sencillamente *escucharle*!

El padre que realmente quiere convertirse en un refugio para sus hijos tiene que desarrollar y afinar el arte de escuchar. En demasiadas ocasiones, nuestros hijos se acercan a nosotros en lágrimas, afligidos, con dificultades y, en cuanto han contado su problema, nosotros los papás estamos listos para corregir, regañar, instruir o aconsejar:

"¿No te he dicho mil veces que...?"

"¿En qué estabas pensando?"

"¡No puedo creer que hagas algo tan estúpido!"

"¡Esto es el colmo!"

"Mira, lo que tienes que hacer ahora es..."

Pero si hemos establecido el vínculo paterno y estamos buscando, en oración, reflejar la imagen de Dios en nuestro papel de padre, nos tomaremos el tiempo de, primero, escuchar, para enterarnos de todo el asunto, para reservarnos cualquier crítica o recriminación, dejando que nuestros hijos exterioricen todos sus sinsabores sin temer que nos apresuremos a llegar a nuestras propias conclusiones o a juzgarlos.

Hablando la verdad en amor

Cuando los papás nos detenemos a pensar que los padres dicen un promedio de diez comentarios negativos a sus hijos por cada comentario positivo, podemos entender por qué los chicos tantas veces buscan un refugio en otra parte. La mayoría de los papás, no importa lo espirituales y responsables que sean, tienden a emitir mensajes que contienen una dosis de crítica, órdenes y exigencias.

Por eso es importante cuidar lo que decimos. El apóstol Pablo nos exhorta: "Ninguna palabra obscena salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación según sea necesaria, para que imparta gracia a los que oyen" (Ef. 4:29).

Lo que decimos por lo general cae dentro de una de dos categorías: (1) Comunicación destructiva, crítica y malsana o (2) comunicación positiva, afirmativa y edificante.

Supongamos que usted y yo estamos en la misma habitación. usted me reconoce y trata de presentarse. Se me acerca, extiende su mano y empieza a decir: "Hola, Josh, me llamo..." Pero antes de que pueda terminar, yo extiendo mi mano ¡y le doy una bofetada! Usted se sorprende, se siente herido y confundido por mi extraño comportamiento. Se retira a un rincón donde reflexiona sobre qué hacer. Por último, decide intentarlo una vez más, con más cautela que la vez anterior, observando cualquier señal que yo dé. Otra vez le doy una bofetada. *¿Cuántas veces se volverá a acercar a mí?*

Nuestras palabras pueden ser tan atroces como una bofetada. Las palabras duelen. Las palabras dejan heridas. Si atacamos a nuestros hijos con nuestra crítica, nuestro sarcasmo, condenación y disgusto les cerramos la puerta a su disposición de acercarse a nosotros cuando se encuentran en dificultades.

Si, por el contrario, "hablamos la verdad en amor," afrontando aun las situaciones problemáticas con una actitud positiva, nos estaremos promocionando ante nuestros hijos como lugares de refugio.

Poniéndonos al lado de nuestros hijos

Las Olimpiadas de 1992 en Bercelona tuvieron uno de los momentos más memorables en la historia del deporte.

Derek Redmond, de Inglaterra, estaba cumpliendo uno de los sueños de su vida: Ganar una medalla de oro en los Juegos Olímpicos. Ya había llegado a las semifinales en la carrera de 400 metros y, al sonar el disparo para iniciar la carrera, Derek se lanzó a correr, teniendo un comienzo magnífico. Estaba corriendo la carrera de su vida, y ya se acercaba a la línea de llegada cuando, de pronto, sintió un agudo dolor en la pierna derecha. Cayó de frente en la pista, habiéndose roto un tendón. La carrera había terminado para Derek.

Trató de ponerse de pie antes de que llegara el equipo médico. Aunque todos los demás corredores lo pasaron, empezó a arrastrarse hacia adelante, su rostro bañado en lágrimas de dolor y desilusión. De pronto, un señor se abrió paso entre los guardias de seguridad y corrió a la pista.

Se acercó a Derek y lo abrazó.

—No tienes por qué hacer esto —le dijo Jim Redmond a su hijo que no dejaba de llorar.

—Sí, tengo —contestó Derek.

—Bueno, entonces esto lo terminaremos juntos —dijo su padre.

El padre de Derek tomó firmemente a su hijo por los hombros y, juntos, emprendieron el recorrido que faltaba para llegar hasta el final, rechazando la intervención de los guardias de seguridad que los rodeaban. Cojeando y arrastrándose juntos, la cabeza de Derek a momentos apoyada en el hombro de su padre, siguieron en el carril de Derek hasta llegar a la línea final.

La multitud que los observaba, primero pareció quedar paralizada. Luego, uno por uno, los presentes se pusieron de pie y empezaron a vitorear y a llorar ante la determinación del hijo y el apoyo del padre.

¿Cuántas veces me habré quedado en las gradas cuando

debiera haber corrido a la pista para ayudar a mis hijos? Confieso que demasiadas veces. Pero llegar a ser un refugio para mis hijos significará que tengo que correr junto a ellos, no para cargarlos, sino para estar a su lado cuando enfrentan sufrimientos y desilusiones. Significará decir: "Esto lo terminaremos juntos." Significará tener que aguantar las miradas extrañadas de la multitud y hacer caso omiso a las críticas. Podrá ser personalmente riesgoso, podrá ser profesionalmente imprudente, pero valdrá la pena para poder oír a mis hijos decir: "Gracias, papá, eres mi defensor."

Estableciendo límites sanos

Llegar a ser un refugio para nuestros hijos no requiere que seamos padres consentidores que nunca dicen una palabra para corregir y que no ejercen disciplina. Al contrario.

Cierto día salí a caminar por la ladera de una montaña cerca de casa, en Julian, California, cuando me encontré con un hombre que estaba recorriendo los Estados Unidos en carreta. Se había detenido para que sus mulas pastaran en una pradera cercana, y comencé a conversar con él. Resulta que sabía mucho sobre la cría de animales y se me ocurrió preguntarle:

—¿Cuál es el mejor lugar para criar ganado, por ejemplo, sus mulas? ¿En un campo abierto, en un campo grande alambrado o en un corral?

Sin vacilar contestó:

—Indudablemente en un campo alambrado.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque cuando los animales están en un campo abierto, se pierden. Muchas veces son atacados por depredadores. Pastar en campo abierto es sencillamente demasiado peligroso. Y si uno los pone en un corral siempre hay que proveerlos de todo lo que necesitan. No pueden andar de un lugar a otro y buscar su propio alimento. Pero cuando uno los pone en un campo bueno y alambrado, tienen allí todo lo que necesitan y, a la vez, pueden valerse por sí mismos.

Esa conversación sugiere una fantástica analogía de la Biblia. Nuestro Padre amante nos ha dado todo los verdes pastos y aguas de reposo que necesitamos (Sal. 23:2). Pero también nos ha dado alambrados: Su ley perfecta de la liber-

tad y la verdad que nos hace libres en Cristo (vea Santiago 1:25; Juan 8:32). Los campos alambrados no sólo son buenos para el ganado, lo son también para los niños. Los chicos se desarrollan muy bien dentro de ciertos límites sanos, cuando sus padres no son ni autocráticos ni demasiado tolerantes.

El hijo se acercará al padre como un refugio cuando ese padre ha establecido límites sanos que comunican interés y que proporcionan dirección al niño sin exasperarlos (vea Ef. 6:4). Los padres son responsables de fijar los límites para sus hijos, límites construidos sobre el fundamento cariñoso del amor, la aceptación y la preocupación paterna.

Estableciendo un sistema de apoyo

Nuestra sociedad tiende a considerar a los varones como individuos independientes, autosuficientes que abren sus propias brechas. A muchos hombres les cuesta admitir que tienen necesidades o problemas. A muchos les resulta difícil pedir ayuda.

Ser refugio para nuestros hijos requiere la participación de un sistema de apoyo. Debería involucrar a toda la comunidad cristiana. Es de gran valor trabajar unidos con otros que piensan como uno: Su iglesia, grupo juvenil, líder de los jóvenes, maestros, directores deportivos, amigos de la familia, para poder compartir recursos, percepciones y puntos fuertes, y para establecer lugares seguros para nuestros hijos.

Mi esposa y yo tuvimos la bendición de encontrar una relación así con nuestros amigos Dick y Charlotte Day, cuando nuestros hijos eran todavía pequeños. Vivíamos cerca. Pasábamos mucho tiempo juntos individualmente y como familias. Tomábamos juntos las vacaciones. Nos combinábamos para llevar los chicos a la escuela y para ir juntos a la iglesia. La familia Day llevaba a los niños McDowell cuando salían de paseo, y nosotros hacíamos lo mismo con los niños Day.

La relación de apoyo dio fruto. Uno de los hijos de Dick le dijo una vez: "Si tú no fueras mi papá, quisiera que lo fuera Josh." Y cuando en cierta ocasión le pregunté a Heather quién creía ella que era el mejor papá del mundo (¡aparte del suyo, por supuesto!), contestó: "Dick." Para mí era una tranquilidad saber que había en la vida de mis hijos otra "figura paterna" a quien podían recurrir en momentos de aflicción.

Este tipo de relación da a mis hijos un sentido de seguridad. Quiero que me busquen como refugio, por supuesto, pero les ayuda a ellos y me ayuda a mí saber que hay otros adultos a quienes pueden recurrir en momentos de crisis. Si no cuenta usted con un sistema de apoyo para usted y sus hijos, empiece a establecerlo ya. Invite a otros cristianos a trabajar y orar con usted con miras a ese fin. Dialogue con sus hijos para ver a quiénes les resultaría cómodo hablar en caso de una crisis. Y no tenga miedo de preguntarle a sus amigos cómo podría usted ser más accesible para ayudar a sus propios hijos *y* a los de ellos.

Nuestros hijos se están formando en un mundo tenso, exigente y muchas veces desalentador. Algunos de ellos enfrentan presiones increíbles en la escuela, el hogar y aun en la iglesia. Muchas veces pueden sentirse confundidos, desanimados e inseguros. Pero si cuentan con un refugio —un refugio seguro— pueden sentirse a salvo, creyendo que pase lo que pase, allí está su padre creyendo en ellos, defendiéndolos, apoyándolos.

Si nuestros hijos tienen esto —si saben que pueden encontrar un refugio en su padre— será menos probable que se refugien en las drogas o el alcohol. Será menos probable que se refugien en la aprobación de sus amigos o en la compañía de jóvenes de dudosa moral. Será más probable que confíen sus cosas a su padre. Será más probable que sobrevivan a las tormentas que se desatan a su alrededor.

Que cada uno de nuestros hijos pueda encontrar refugio en el Padre, y en su padre.

Para reflexión, diálogo y acción

---

1. ¿Es Dios verdaderamente un refugio para usted? En caso afirmativo, ¿por qué? ¿Qué atributos y características de su Padre celestial hacen que se vuelva a él en momentos de tribulación? ¿Cómo puede usted reflejar esos atributos y características en su propia vida?

*2. Programe una salida con cada uno de sus hijos (separadamente) la próxima semana y haga lo que Norm Wakefield recetó al padre que estaba teniendo dificultad en comunicarse con su hijo; sea su meta pasar todo el tiempo escuchando. Haga preguntas como: "¿Cuáles son tus peores problemas o preocupaciones en este momento?" "¿Con quién hablas por lo general cuando tienes un problema?" "¿Sientes que te puedes acercar a mí con tus problemas?" y "¿Hay algún problema que te resultaría difícil conversar conmigo?"

*3. Identifique un proyecto o problema con el cual cada uno de sus hijos necesita ayuda ahora mismo. ¿Qué puede hacer usted para "caminar a su lado" y apoyarle?

4. ¿Qué clase de sistema de apoyo (aparte de mamá y papá) tienen sus hijos? ¿Hay adultos a su alrededor con quienes les resultaría cómodo hablar de sus problemas? Si no lo sabe usted, pregúntele a sus hijos. Si la respuesta es negativa, piense en cómo puede fortalecer su sistema de apoyo.

*5. En el siguiente espacio (o en una hoja de papel), prepare una lista de las estrategias que necesita emplear a fin de ser un refugio para sus hijos (sea lo más específico posible).

CAPITULO NUEVE

El padre como amigo

El joven de unos treinta años de pie detrás del púlpito en el culto fúnebre de su papá trataba de contener sus lágrimas. Muchos ya habían rendido sus honores a un hombre que había dedicado treinta y cinco años al ministerio antes de sucumbir al cáncer teniendo poco más de cincuenta años. Los que habían hablado, habían elogiado su amor a Dios, lo eficaz que era trabajando con la gente y lo ordenado con sus papeles y el amor a su familia. Cada uno de los exponentes había sido sincero, ofreciendo recuerdos emotivos de una vida bien vivida. Pero las palabras y el llanto de su hijo rindieron un tributo a su padre como nadie más hubiera podido hacerlo.

Contó cómo se sentaba sobre sus rodillas siendo un infante, escuchando los cuentos que le contaba; cómo aprendió a andar en bicicleta. Cómo iban a pescar juntos; cómo realizaban "campeonatos" uno a uno jugando al baloncesto. Recordó la emoción de su padre cuando él, su hijo, terminó la escuela secundaria, cuando después se casó y una vez más cuando obtuvo su título universitario. Y se refirió a las largas, íntimas conversaciones junto al lecho de su padre moribundo.

"Fue mi mejor amigo", dijo el joven, con palabras entrecortadas por la emoción. "Voy a extrañar a mi padre. Pero creo que voy a extrañar aún más a mi mejor amigo."

Qué contraste entre este tributo y el que me contó la esposa del vicepresidente de una gran compañía constructora. Me había escuchado hablar en una iglesia local y luego se me acercó en un restaurante. Me tomó la mano, y empezó a llorar.

"Quiero contarle algo", dijo vacilando. "Mi esposo acaba de morir. Era una hombre que ganaba un millón de dólares al año. Viajaba por todo el mundo edificando y construyendo cosas, pero nunca le dio un momento a sus hijos, ni siquiera cuando estaba en casa. Todos sus hijos se pusieron en su contra y, cuando fueron grandes, no quisieron saber nada con él. En su lecho de muerte me confesó que moría como el más triste de los hombres. Me dijo: 'Gané prestigio, pero perdí a mi familia'."

Creo que no tengo que decirle como cuál de esos dos padres quiero ser. Quiero ser la clase de padre que el joven del primer caso tuvo. Quiero ser la clase de padre que disfruta de la compañía de sus hijos. Quiero ser la clase de padre a quien su hija llama al trabajo "para charlar un poquito". Quiero ser la clase de padre cuyo hijo le pide que sea su padrino de boda. Quiero ser la clase de padre que es amigo de sus hijos.

La tarea de serlo no es fácil para muchos hombres. Quizá sea mejor que hace una generación o dos. Jerry Adler, escribiendo para una revista noticiera semanal, relata:

> A la edad de 49 años, Robert Blumenfeld, un hombre de negocios que vive en San Francisco, recuerda exactamente cuántas veces su papá jugó a la pelota con él (una vez), y lo que su padre le dijo cuando se graduó de la escuela secundaria con las mejores calificaciones: que otro chico de 18 años acababa de firmar un contrato de cien mil dólares en la liga profesional de béisbol. Dan Koengshofer, un ingeniero de 46 años... no puede "recordar que su padre le dijera alguna vez que lo quería" (aunque estaba seguro de que sí lo amaba, en su estilo de los años 50). David Weinstein, un economista..., hasta sabe dónde estaba su papá cuando él nació, 32 años antes. Estaba en su oficina. En aquel entonces, el día siguiente era bastante pronto para que un padre visitara a su hijo...

Quizá no seamos como esos padres, pero muchos de nosotros todavía andamos sin rumbo en el pantano de los conceptos erróneos sobre el papel de padre. Tenemos la idea de que el hombre ideal es "macho", un individuo fuerte, duro, que no necesita de nadie. Algunos hemos heredado la actitud de que "los hombres trabajan, las mujeres se encargan de los hijos". Algunos pensamos que ser amigos de nuestros hijos sería una muestra de debilidad. Tendemos a pensar que nuestra obligación principal como padres es ejercer poder y autoridad sobre nuestra esposa y nuestros hijos. Algunos nos ponemos un poco nerviosos ante la idea de tener intimidad en las relaciones, y aun la tememos. Algunos sinceramente no sabemos cómo ser amigos de nuestros hijos, porque nunca tuvimos ese tipo de relación con nuestros propios padres.

No importa la mala, distante o imperfecta que haya sido nuestra relación con nuestro padre, estamos de parabienes porque *sí* tenemos un ejemplo de un padre como amigo. Ese ejemplo se encuentra, por supuesto, en el Padre celestial.

Oh qué amigo nos es...

Así como la naturaleza y el carácter de Dios forman la base de todo lo que sabemos que es correcto y bueno, así también es él la norma para el papel de padre. Y la norma que ejemplifica es la de un padre que es también un amigo de sus hijos.

Su disposición y anhelo de ser amigo de sus hijos es algo demostrado en toda su interacción con hombres y mujeres a través de las edades. Abraham (cuya fe Dios premió haciéndolo "padre de muchas naciones" es mencionado a lo largo de la Biblia como el amigo de Dios:

> ¿No fuiste tú, oh Dios nuestro, el que echaste a los habitantes de esta tierra de la presencia de tu pueblo Israel y la diste a la descendencia de tu amigo Abraham para siempre?
>
> 2 Crónicas 20:7

> Pero tú, Israel, eres mi siervo; tú, oh Jacob, a quien escogí, descendencia de Abraham mi amigo.
>
> Isaías 41:8

> Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia; y fue llamado amigo de Dios.
>
> Santiago 2:23

Cuando los israelitas erigieron el tabernáculo en el desierto, y Moisés entraba en la tienda para adorar y consultar con Dios, la columna de nube que significaba la presencia de Dios, se posaba ante la entrada del tabernáculo. De esas ocasiones, la Biblia dice:

> Entonces Jehovah hablaba a Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo.
>
> Exodo 33:11a

Cuando Dios habló al profeta Samuel y le dijo a Saúl, el primer rey de Israel, que había perdido su corona y su reino, Samuel anunció también el reinado venidero de David, cuya amistad con Dios ha quedado asentada en términos memorables:

> Pero ahora tu reino no será duradero. Jehovah se ha buscado un hombre según su corazón, a quien Jehovah ha designado como el soberano de su pueblo, porque tú no has guardado lo que Jehovah te mandó.
>
> 1 Samuel 13:14

La frase que usó Samuel para referirse a David: "un hombre según su corazón", indica una afinidad excepcional, una amistad excepcional, una intimidad excepcional.

Y, al igual que Abraham, Moisés y David, contamos con el privilegio de llamarle amigo a nuestro Padre. Nuestro Padre celestial es amigo de sus hijos. Está a nuestra disposición. Anhela pasar momentos con nosotros. Se nos revela a nosotros. Nos conoce, y siempre está buscando que lo conozcamos mejor. Disfruta de nuestra compañía. Se goza en nuestra risa, se gloría en nuestra alabanza y se deleita en nuestras victorias.

Es importante notar que Dios no tiene que escoger entre

ser nuestro Padre o nuestro amigo. No descuida lo uno en favor de lo otro. El es nuestro Padre; ésa es su naturaleza. El es nuestro amigo; eso es un reflejo de su naturaleza. Ser amigo de un hijo es algo de lo que se trata esto de ser padre.

Esa es la clase de padre que quiero ser. Quiero ser un padre y un amigo para mis hijos. Quiero que mi amistad con mis hijos sea un reflejo natural de mi función de padre. No renunciaré a mis obligaciones como padre en un esfuerzo equivocado por ganar la amistad de mis hijos; una cosa que aprendo de mi Padre es que no es necesario hacerlo. Lo que sí es necesario, si alguna vez he de parecerme a mi Padre celestial, es que dependa de él día a día por medio de su Espíritu Santo, y que busque su ayuda para implementar las estrategias que fomenten una auténtica amistad con mis hijos.

Estando a disposición

Supongamos que usted es muy amigo del jefe en una compañía grande. Es viernes, y usted tiene que ver a su amigo pero no le ha avisado antes, así que se dirige a su oficina y le pregunta a su secretaria si puede hablar con él un minuto.

—Lo siento —dice la secretaria—, tiene compromisos sin un minuto libre hasta el martes. Tendrá que volver entonces.

—Mire —dice usted con cara de disculparse—, no me llevará más que un minuto. Por favor dígale que necesito verle. Uno minuto, ni uno más.

La secretaria llama al jefe y le dice que usted lo busca. Le dice el nombre de usted, pero usted oye la voz en el intercomunicador que dice:

"Imposible verlo ahora. Dele una cita para el martes."

¿Cómo le caería sentir este diálogo? ¿Qué demostraría sobre la amistad de él con usted? ¿Consideraría a una persona así como un amigo auténtico? Probablemente llegaría a la conclusión que usted consideraba a esa amistad de una manera distinta de la que la considera el jefe.

Así se sienten nuestros hijos cuando no estamos a disposición de ellos. Sí, ya sé que hay veces cuando uno no puede interrumpir lo que está haciendo. No puede uno dejar todo y contestar la pregunta de un preescolar o jugar a la pelota con su pequeño deportista. Pero la mayoría podríamos estar a disposición con mucha más frecuencia de la que la estamos.

Estaba en el momento crucial de terminar un manuscrito para poder enviarlo antes de la fecha de vencimiento cuando se me acercó Sean, que en ese entonces tenía siete años. Lo "corté" sin dejarlo hablar siquiera.

"Ahora no, Sean", dije, "tengo que terminar este manuscrito."

Apenas había salido de la habitación mi desilusionado hijo cuando entró mi esposa.

"Querido", dijo, "siempre tendrás fechas de vencimiento. Pero no siempre vas a tener un hijo de siete años queriendo la atención de su papá."

Tenía razón, y yo lo sabía. Sin vacilar, dejé el bolígrafo, empujé hacia atrás mi cómodo sillón, y salí, apurado por encontrar a Sean.

Esa es una de las muchas lecciones que he aprendido acerca de estar a disposición. He aprendido que mi amistad con mis hijos requiere no sólo antención: prepararles el desayuno, acompañarlos al parque de diversiones, etc. Requiere también estar a disposición cuando ellos están listos para hablar, para escuchar, o para pasar juntos un momento de quietud en la compañía uno del otro.

Siendo transparentes

Los chicos enfrentan luchas al ir creciendo. Si los adultos a quienes siguen parecen ser perfectos e infalibes —como dioses— los niños pueden considerarse inferiores o pueden percibir sus luchas como evidencia de que algo no anda bien en ellos. Vivir entre "dioses" puede ser intimidante. Nuestros hijos necesitan relaciones con adultos que son capaces de ser apropiadamente transparentes.

La transparencia puede ser apropiada o inapropiada. *La transparencia inapropiada* involucra revelar algo de uno mismo que es perjudicial al niño. El padre que siempre se desprecia a sí mismo, que condena sus propias acciones como estúpidas o que siempre habla de sus fracasos está practicando una transparencia inapropiada. Es un ejemplo de una autoestima deficiente lo que, a su vez, fomenta inseguridad en sus hijos. Ellos perciben a su padre como un incompetente, por lo que es probable que no acudirían a él cuando necesitan ayuda.

La transparencia apropiada permite que los niños vean el interior de su papá. Escuchan a su papá hablar de sus propias experiencias de niño y adolescente. Descubren cómo se percibe papá a sí mismo, su masculinidad, su rol en la vida. La transparencia apropiada ayuda a los niños a comprender cómo su papá afronta los fracasos, los éxitos, las desilusiones, los elogios y la crítica. La transparencia apropiada también incluye la habilidad de expresar los sentimientos. Muchos hombres aprenden a reprimir sus sentimientos en lugar de expresarlos; las lágrimas son un tabú para estos hombres. Pero si se siente usted libre de hablar y reír y llorar en sus gozos, desilusiones, temores y anhelos, ayudará a sus hijos a conocerle, y al hacerlo, abre la puerta a la amistad.

Haga preguntas que estimulan la conversación

Algo en que me esfuerzo mucho es en hacer preguntas a mis hijos que ayuden a iniciar una conversación, preguntas que nos ayudan a conocernos mejor el uno al otro (y, por ende, profundizan nuestra amistad). Lo hago manejando el coche, caminando o de pie haciendo cola en el banco. Algunas de las preguntas que he hecho incluyen:

"¿Si pudieras cambiar nuestra familia, cómo lo harías?" (¡Prepárese para la respuesta!)

"Si fueras el padre de esta familia, ¿qué harías diferente?" (¡Prepárese también para la respuesta a ésta!)

"¿Cuál fue tu momento más divertido?"

"¿Cuándo fue la última vez que te sentiste avergonzado?"

"¿Cuándo lloraste más que nunca?"

"¿Cuándo te has sentido más cerca de Dios?"

"Si tuvieras un millón de dólares, ¿qué harías con él?"

"Si pudieras hacerle una pregunta a Dios, ¿cuál sería?"

"Si pudieras visitar cualquier parte del mundo, ¿dónde irías?"

En una ocasión cuando habíamos ido al zoológico, el viaje de vuelta a casa iba a ser bastante largo. Al arrancar el auto dije:

—Chicos, jugemos un poco. ¿Qué animal vieron hoy que mejor los describe a ustedes? y ¿Por qué?

En la próxima media hora mi esposa y yo captamos cosas tremendas de lo que nuestros chicos opinan de sí mismos. La

pequeña Katie —que tenía en ese entonces tres años y medio— dijo que le parecía que ella era como los osos.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque me gusta que me abracen —dijo.

Katie estaba sentada en el asiento de atrás, así que detuve el auto a un lado del camino, salí de él, fui a donde estaba ella, abrí la puerta y le di un "abrazo como de oso" antes de seguir nuestro camino.

Cultivando intereses mutuos

—Me ofrecí para sacar a pasear a mi hijo para divertirnos —me dijo cierta vez un papá— pero no nos divertimos nada. Fue un fracaso total.

—¿Qué hizo con él? —pregunté.

—Bueno, —explicó el señor—, me apasiona el golf así que lo llevé a jugar golf.

Frunciendo el seño, agregó:

—Resulta que odia el golf, así que, adiós diversión.

Aquel padre quería dedicarle tiempo a su hijo, pero en *sus propios términos*, según su propia conveniencia. Hubiera tenido mucho más éxito si hubiera cultivado intereses mutuos con su hijo.

Los intereses mutuos fomentan la amistad. Observe su círculo de amistades. Quizá tenga usted "compañeros de golf" o "compañeros de pesca". Tiene "amigos de la escuela", "amigos del club" y "amigos de cuando hacía el servicio militar". Ha ido a remates o exhibiciones de autos antiguos con sus amigos. Sus amigos son sus amigos, en parte, porque van al templo con usted o van con usted a un evento deportivo, porque los intereses mutuos fomentan la amistad.

El padre sabio empieza a cultivar intereses mutuos con sus hijos cuando éstos son todavía pequeños. El hombre que le lee a su preescolar establece un punto de contacto para compartir libros e ideas más adelante en la vida. Me encanta cuando mis hijos ahora se me acercan y dicen: "Papá, tienes que leer este libro; creo que realmente te gustará."

Pero nunca es demasiado tarde para desarrollar intereses mutuos con sus hijos. Cuando mi hijo Sean tenía unos diez años, empezó a interesarse en autos deportivos (los caros: los Mazzerattis los Ferrari). Al observar cómo Sean encontraba fotos de éstos en anuncios de periódicos y revistas, podía notar que su interés era real, y se me ocurrió una idea que apliqué muy pronto.

Busqué en la guía telefónica algunas de las mejores agencias de autos en Beverly Hills. Luego le mandé a cada agencia una carta que decía:

> Soy un papá desesperado. Haría cualquier cosa por pasar más tiempo con mi hijo y, en este momento, la fascinación de él son los autos deportivos. ¿Sería posible, si lo sacara un día de la escuela y lo trajera a su agencia, para que manejara algunos autos como prueba?

Le dije a cada encargado de las agencias que no tenía interés en comprar un auto; sin embargo, para sorpresa mía, ninguno me dio una respuesta negativa. Llamé e hice las citas, y Sean y yo manejamos las 150 millas a Beverly Hills para pasar el día en las agencias de autos deportivos. ¡Y qué día fue aquel! Con el vendedor al volante y Sean a su lado, éste "probó" prácticamente todos los autos "de marca" que había. Cada vez que pasaban por la agencia, un Sean fascinado me saludaba sacando la mano por la ventanilla.

La vuelta a casa esa tarde me dio la oportunidad de hablar con mi hijo sobre las riquezas, las posesiones y el materialismo. Lo más importante es que nos acercó el uno al otro y le dio más profundidad y amplitud a nuestra amistad.

Haciendo un poco más de esfuerzo

Una reportera vino a nuestra casa con el propósito de hacerme un reportaje que incluiría en un artículo de una revista. Aunque escribía para una revista cristiana, enseguida se notó que estaba tratando de encontrar algo negativo de mí que ayudara a vender la revista. Se dirigió a mi hijo Sean, que en ese entonces tenía ocho años, y le preguntó:

—¿Hay alguna cosa que no te gusta de tu papá?

—No, nada —contestó Sean.

Ella siguió insistiendo sin éxito. Luego sonrió y siguió insistiendo:

—¡Algo debe de haber que no te gusta de tu papá!

Por último, a Sean se le ocurrió algo:

—Cuando se va de viaje.

El rostro de la periodista se iluminó y su expresión demostraba a las claras que había encontrado "la bomba" que daría sabor a su artículo.

Después del reportaje, al retirarse, le mencioné que en aras de su integridad periodística debía preguntarle a Sean lo que más le gustaba de su papá.

Ante mi insistencia, así lo hizo. Sean respondió inmediatamente:

—Pasa mucho tiempo conmigo.

La reportera parecía confundida ante la aparente contradicción. Le expliqué que las respuestas de mi hijo eran las que siempre he deseado de mis hijos: (1) que nunca les gustará que su papá esté lejos de ellos; (2) que siempre sentirán que su padre pasa mucho tiempo con ellos.

Al igual que a tantos hombres cuyas obligaciones los llevan lejos del hogar, muchas veces me resulta difícil equilibrar mi calendario lleno de viajes con mis obligaciones familiares. No siempre he tenido éxito, pero por ello, me he esforzado más por establecer amistades con mis hijos. Los llevo de viaje toda vez que puedo, uno por vez, y organizo mis obligaciones en esas ocasiones de manera que pueda pasar todo el tiempo posible con cada hijo. Trato de llamar a casa todos los días y de hablar a la mayor parte de la familia. Una vez, cuando por tener que viajar a Rusia tuve que perderme un partido de baloncesto intercolegial en que jugaba Sean, hice arreglos para ¡llamarle en la mitad del partido en el teléfono celular que mi esposa llevó al estadio! No fue lo mismo que estar presente —y por hablar con él extrañé aún más no estar allí— pero le comunicó a él (y resultó que también a sus compañeros de equipo) qué importante es él para mí. Cuando vuelvo de los viajes, programo momentos especiales con cada uno de mis hijos (llevar a cada uno a desayunar, buscarlos en la escuela, etc.) aprovechando al máximo cada minuto que tenemos juntos.

Conozca sus amigos

Otra estrategia para ser padre y amigo es llegar a conocer los amigos de sus hijos. A mi esposa y a mi nos encanta invitar a los amigos de nuestros hijos a venir a jugar a casa. Tratamos de incluir regularmente a los amigos de nuestros hijos en las salidas y los acontecimientos familiares. Y muchas veces me presto para hacer de chofer porque he descubierto que se puede aprender mucho de lo que se ve en el espejo retrovisor.

Por ejemplo, cierta vez llevé a Kelly y sus amigas a un partido de baloncesto, y me las arreglé para mirar de vez en cuando el camino a la vez que hacía un fascinante estudio de niñas adolescentes y sus amistades. Observé a Kelly y sus amigas por el espejo, alerta a lo que conversaban, qué cosas parecían interesarles y cómo encajaba Kelly en todo eso. Quería saber: ¿Se porta con arrogancia? ¿Es tímida con sus amigas? ¿Hace un esfuerzo por incluirlas a todas? ¿Es generosa? El partido me dio más oportunidades de ver cómo Kelly interactuaba con sus amigas, y una parada en un restaurante para comer helados camino a casa, me abrió aún más los ojos. En suma, fue una noche provechosa, una que me proporcionó horas de diversión y educación como padre interesado en ser amigo de su hija.

Desarrollando tradiciones

Cuando mis hijos eran más chicos, teníamos una tradición que a muchos de nuestros amigos y huéspedes les parecía rara. No importaba quién estuviera de visita o qué estaba pasando, me excusaba y me retiraba con los niños un rato antes de que se fueran a dormir.

Si teníamos visitas, se les decía de antemano que desde las 6:30 o las 7:00, Josh estaría ausente. También le decíamos a todos: "No llamen a Josh por teléfono entre las 6:30 y las 9:00 de la noche porque a esa hora está con los chicos." Esas dos horas y media eran mías y de mis hijos. A veces salíamos a caminar. A veces jugábamos a "la lucha libre" en el suelo. A veces leíamos juntos un libro.

Las tradiciones como éstas pueden ser como sol y agua para nuestra amistad con nuestros hijos, ayudando a que echen raíces y crezcan. Una familia amiga practica una especie de "cena progresiva" con su familia en un centro comercial cercano. Recorren todos los restaurantes del centro comercial, ordenando el platillo más económico de cada menú que luego comparten entre los cuatro.

Sea cuales fueren las tradiciones que usted desarrolle, asegúrese de que sean divertidas para todos, y que den abundante oportunidad de conversar y de interactuar los unos con los otros (mirar una película, por ejemplo, no sería una buena tradición porque brinda poca oportunidad para la interacción; un partido de minigolf, por otro lado, puede brindar un par de horas de conversación).

El padre que está a disposición de sus hijos y es transparente con ellos, que aprende a hacer preguntas investigadoras y cultiva intereses mutuos con ellos, que llega a conocer a los amigos de sus hijos, que hace un esfuerzo especial por relacionarse con sus hijos y desarrolla tradiciones significativas en su familia, habrá hecho mucho por llegar a ser la clase de padre que es el Padre... un padre *y* un amigo.

Un padre así proporciona más que amistad a sus hijos. Les da una educación con respecto a relaciones, un ejemplo de lo que es una amistad sana. Proporciona una barrera de protección contra las amistades peligrosas y dañinas. Les brinda la preparación para que sus hijos puedan interactuar socialmente con sus amigos a lo largo de su adolescencia hasta llegar a la adultez. Y les da un incentivo para que sus hijos desarrollen una amistad con Dios, su Padre en los cielos.

Para reflexión, diálogo y acción

---

* Lea las siguientes situaciones. Pregúntese: "¿Esto es típico de mí?" Aproveche sus contestaciones para ayudarle a evaluar su relación con su hijo.

Sí No

❑ ❑ 1. Inmediatamente después de la cena, usted se levanta de la mesa para mirar televisión o leer el diario.

❑ ❑ 2. Ocasionalmente usted conversa con sus hijos sobre su propia niñez, contándoles de sus propias inseguridades de muchacho y cómo las encaró.

❑ ❑ 3. Usted nunca ha llorado delante de sus hijos.

❑ ❑ 4. Usted regularmente deja lo que está haciendo para ayudarles a sus hijos con las tareas escolares.

❑ ❑ 5. Durante la cena, uno de sus hijos empieza a contar algo que sucedió en la escuela; usted cambia de conversación.

❑ ❑ 6. Le entusiasma pensar que pasará un rato con sus hijos.

❑ ❑ 7. No puede identificar ni un interés que tiene en común con sus hijos.

❑ ❑ 8. Tiene usted por lo menos una actividad especial que comparte con cada uno de sus hijos.

❑ ❑ 9. Sus hijos desconocen los más recientes fracasos, preocupaciones o desilusiones que usted ha sufrido.

❑ ❑ 10. Puede usted decir los nombres de tres buenos amigos de cada uno de sus hijos.

Haber contestado "Sí" a cualquiera de las preguntas impares indica áreas en que necesita mejorar. Haber contestado "Sí" a preguntas pares indica áreas en que parece andar bien.

CAPITULO DIEZ

El padre que disciplina

Cierta mañana, entré en la cocina y noté que Sean se había olvidado de sacar la basura, tarea asignada para hacer todas las mañanas antes de salir para la escuela.

—Tengo que ir a buscarlo para que vuelva y saque la basura —le dije a Dottie.

—Josh —me contestó—, no puedes hacer eso. Ya casi es hora de entrar a clase. Lo castigarán por llegar tarde.

—Mi amor, tengo que hacerlo —insistí.

Así que tomé el auto y fui a la escuela. Sean estaba en el campo de juego jugando con sus amigos al baloncesto antes de tener que entrar a clase.

Me acerqué a Sean y le dije:

—Hijo, quiero que busques tu bicicleta y vuelvas a casa para sacar la basura.

—Pero, papi. Faltan sólo cinco minutos para que toque la campana. ¿No puedo hacerlo después que salga de la escuela? —protestó Sean.

—No, tenías que sacar la basura antes de la escuela, y quiero que por favor lo hagas ahora mismo.

—Papi, ¿no puedes hacerlo por mí... aunque sea esta sola vez?

—No, hijo —contesté—, te corresponde a ti.

Sean pasó la pelota a sus compañeros y se arrastró hacia su bicicleta con los hombros caídos. Al observarlo, escuché una vocecita en mi oído. *¿Qué clase de padre eres, McDowell? No te hubiera costado nada sacar la basura aunque sea una vez, ¿no?*

Para cuando Sean había cumplido con su simple obligación y había vuelto a la escuela, la campana había tocado y llegó media hora tarde. La maestra lo mandó a la dirección en cuanto que llegó, y tuvo que explicar al director lo que yo había hecho. El director le escribió un justificante y lo mandó de vuelta a clase. Y después me llamó por teléfono.

"No puedo creer lo que me acaba de contar Sean", dijo. "Le di un justificante para que pudiera volver a clase porque me impresionó el hecho de que un padre le exija a su hijo que sea responsable. Si más padres enseñaran responsabilidad a sus hijos, nuestro trabajo en la escuela sería más fácil."

Ninguno de nosotros quiere ser un ogro como padre; pero tampoco queremos ser blandos. No quería ser irrazonable con Sean, pero sí quería enseñarle a que fuera disciplinado. Quería ayudarle a asumir sus obligaciones. Quería guiarlo correctamente. Quería ser la clase de padre que es mi Padre.

La disciplina del Padre

Dios es bueno. Es un Padre cariñoso. Es un Padre perfecto. Sus intenciones y acciones nunca son malignas ni hostiles. No obstante, disciplina a sus hijos. No disciplina a pesar de su bondad, disciplina debido a su bondad. No disciplina a pesar de su amor, disciplina debido a su amor. No nos disciplina porque es imperfecto, sino porque nosotros lo somos. La Biblia nos revela repetidamente a nuestro Padre celestial como un Padre que disciplina:

> Reconoce, pues, en tu corazón, que como un hombre corrige a su hijo, así te corrige Jehovah tu Dios.
>
> Deuteronomio 8:5

> Jehovah disciplina al que ama, como el padre al hijo a quien quiere.
>
> Proverbios 3:12

El hombre que corrige sabiamente y que disciplina apropiadamente a su hijo o su hija está reflejando la naturaleza y el carácter de Dios. Es por esto que la Palabra de Dios encomia la sabiduría del padre que disciplina a sus hijos (Prov. 23:13; 29:17) y describe las tragedias en la vida de los que no lo hacen (1 Sam. 2:22—4:18; 1 Rey. 1:1-53).

El escritor de Hebreos nos brinda un concepto bastante detallado de la disciplina divina:

> No tengas en poco la disciplina del Señor ni desmayes cuando seas reprendido por él. Porque el Señor disciplina al que ama y castiga a todo el que recibe como hijo. Permaneced bajo la disciplina; Dios os está tratando como a hijos. Porque, ¿qué hijo es aquel a quien su padre no disciplina? Pero si estáis sin la disciplina de la cual todos han sido participantes, entonces sois ilegítimos, y no hijos. Además, teníamos a nuestros padres carnales que nos disciplinaban y les respetábamos. ¿No obedeceremos con mayor razón al Padre de los espíritus, y viviremos? Ellos nos disciplinaban por pocos días como a ellos les parecía, mientras que él nos disciplina para bien, a fin de que participemos de su santidad. Al momento, ninguna disciplina parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados.
>
> Hebreos 12:5b-11

¡La disciplina de Dios produce respeto, paz y un fruto de rectitud y justicia!

¡Eso es lo que quiero para mis hijos! Eso es lo que espero y pido poder producir en ellos, con la ayuda de Dios, por medio de reflejar la naturaleza y el carácter de mi Padre, por medio de ser un padre que disciplina.

No quiero disciplinar a mis hijos por enojo o arrogancia; quiero hacerlo como Dios me disciplina a mí, por amor (Heb. 12:6). No quiero disciplinar a mis hijos para que *mi vida* sea más fácil; quiero hacerlo como Dios me disciplina a mí, *para mi propio bien* (Heb. 12:10). No quiero disciplinar a mis hijos para alimentar mi orgullo o satisfacer mis necesidades; quiero hacerlo como Dios me disciplina a mí, para producir fruto de rectitud y justicia y paz en ellos (Heb.12:11). Quiero ser la clase de padre que es mi Padre.

Cuatro estilos de padres

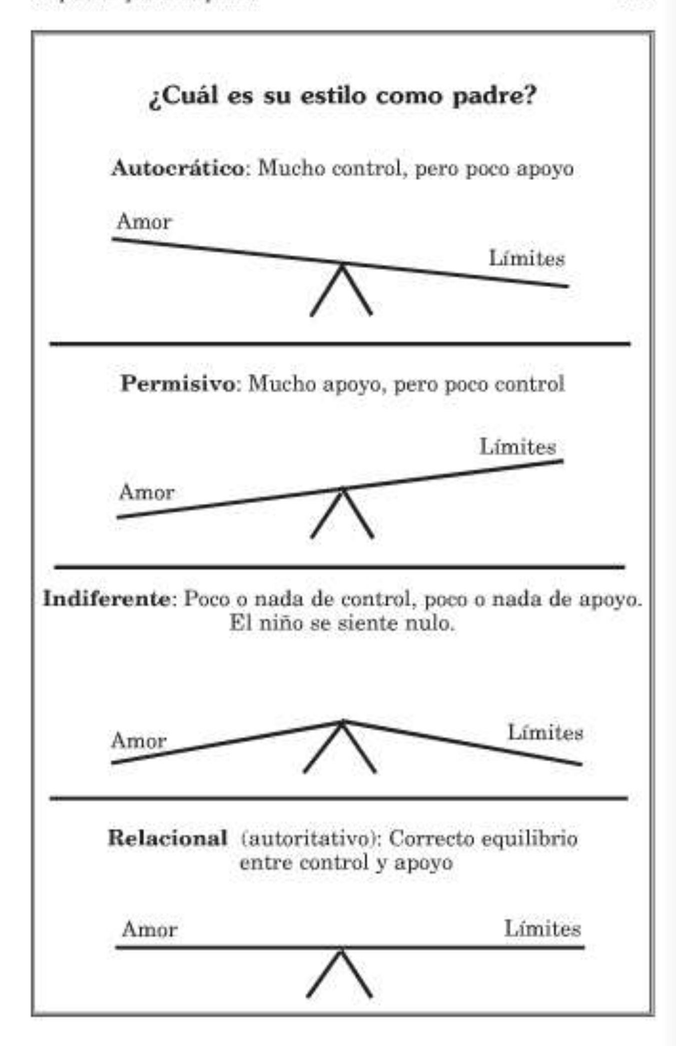
Existen básicamente cuatro estilos de padres:

* Autocrático: "¡Hazlo como yo mando o verás lo que te espera!"
* Permisivo: "Puedes hacer lo que quieras."
* Descuidado: "En realidad no me importa lo que haces."
* Relacional: "Te escucho... Te quiero y me intereso por ti... Quiero comprender... Esta vez lo haremos así porque..."

Cada estilo revela cierta actitud hacia la demostración de autoridad por parte del padre. El padre autocrático es el "soberano absoluto" que podríamos definir a tres niveles. Primero, está el dictador que practica el poder absoluto. A un nivel menos siniestro, el autócrata es aquel que ha sido investido de poder absolutamente independiente, o lo asume, sobre otros. Y, por último, el autócrata es dominador y caprichoso.

Cuando la madre y el padre autocráticos ejercen un poder absoluto sobre sus hijos, imponen muchos límites, pero comunican poco amor. Muchos autócratas dan a sus hijos "un hogar bueno". Les alimentan y visten bien y parecen brindarles todo lo que necesitan para vivir una vida normal, excepto, en muchos casos, apoyo y cariño suficientes.

Vivir bajo una autocracia obliga a los hijos a reaccionar en una de dos maneras: pelear o evadir. Cuando escogen *evadir*, es típico que se retraigan y aprendan a ceder y "ser obedientes" , por lo menos por fuera. Por dentro, hierven. Cuando los hijos escogen *pelear*, demuestran su enojo. Se quejan, contestan mal y hasta atacan con palabras o físicamente, porque el padre que trata de establecer reglas en lugar de una auténtica relación con sus hijos siembra la semilla de la rebelión. Un estudio sobre relaciones entre adolescentes y sus padres demuestra que los hijos criados por padres autocráticos son más propensos a exhibir hostilidad contra sus padres, prejuicios contra las personas mayores y tendencias antisociales (con sus acciones corolarias, como ser robar, mentir, pelear y vandalismo), sentimientos de alienación social, rechazo de las normas morales tradicionales e incapacidad de relacionarse bien con otras personas.



El extremo opuesto es el padre permisivo. Algunos padres saben dar mucho apoyo pero muy poca disciplina. Los hijos de padres permisivos muchas veces tienen a sus padres como rehenes. Los niños más pequeños pueden negarse a dormir la siesta, a comer a la hora de la comida o se valen de berrinches o ataques de nervios cuando no consiguen lo que quieren. Los chicos mayores les hablan a sus padres sin respeto, van y vienen como quieren a cualquier hora del día o la noche, y esperan que sus padres les proporcionen todo lo que quieren cuando lo desean. Estos hijos por lo general consiguen lo que quieren, pero no son más felices que los hijos de padres autocráticos porque no hay un equilibrio sano entre el amor y los límites necesarios. Rara vez quieren vivir de acuerdo con las normas morales de sus padres, y son más propensos a emborracharse, a andar en drogas y en otros comportamientos que tienen el fin de satisfacer sus deseos, y son más susceptibles a la inmoralidad y patología sexual.

A fin de contar con un equilibrio correcto entre el amor y los límites, los padres necesitan adoptar el estilo relacional, en que tanto el cariño como los límites son comunicados claramente a sus hijos. Los hijos se sienten queridos, lo cual le brinda un mayor sentido de valía, pero también conocen sus límites, lo cual les proporciona más sentido de seguridad. Responden a las reglas, pero únicamente dentro del contexto de la relación con sus padres.

En esto también, nuestro Padre Celestial nos brinda un ejemplo. Estableció reglas para sus hijos; después de todo, nos dio los Diez Mandamientos, ¿no? Pero dio a su pueblo los Diez Mandamientos después de su relación con ellos durante generaciones. Empezó con apenas una sola regla: "Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás", y después durante muchos años se fue revelando a sí mismo y desarrollando una relación con sus hijos antes de darles la ley en el monte Sinaí.

Esa es la clase de padre que quiero ser. Pero sé que es imposible. Lo sé porque muchas veces lo he probado y he fracasado. Pero también sé que mi Padre modelo *sí puede*. Lo ha hecho durante siglos, y puede hacerlo en mí y por medio de mí, si confío en él a través de su Espíritu Santo y recuerdo siempre algunas tácticas útiles:

Disciplinando en el contexto de una relación

La disciplina es más eficaz en el contexto de una relación floreciente y cariñosa. Por ejemplo, si tengo que corregir a mis hijos, empiezo haciéndoles una pregunta que apela a mi relación con ellos. Si la respuesta es positiva, entonces puedo estar seguro de que responderán bien cuando los corrijo. Pregunto: "Sabes que te quiero, ¿no es cierto?" Al preguntar esto antes de corregirles, apelo a ellos, no en base a mi autoridad, sino en base a nuestra relación.

En una ocasión, en las Filipinas, hablé ante seiscientos pastores y obreros cristianos. Después, más de doscientos formaron fila para hablar conmigo. Uno de los problemas principales que traté esa noche fue el de un padre, un pastor, que me dijo que su familia se había puesto en su contra. Sus tres hijos, de diecisiete, trece y diez años, eran considerados como "los peores chicos en la iglesia" y todos se estaban rebelando de una manera o de otra. Quería saber qué podía hacer.

—Olvide las reglas —le dije.

—¿Qué? —preguntó sin poder creer lo que le decía—. Ese es el problema, no están obedeciendo ninguna regla. Ni siquiera creen que necesitan hacerlo.

—Entiendo lo que usted dice —respondí—, pero le repito, deje de enfatizar las reglas. Empiece a desarrollar una relación. Después de todo, nada tiene que perder.

No importa la edad de sus hijos, no es demasiado tarde para empezar a desarrollar su relación con ellos. Recuerdo una mujer cuyos cuatro hijos adultos se habían rebelado completamente contra ella y le habían causado un sin fin de agonías y sufrimientos. Dick Day y yo presentamos una conferencia basada en los principios para desarrollar una relación, tomados de *How to Be a Hero to Your Kids* (Cómo ser un héroe para sus hijos), y esta mujer se fue a casa comprometida con la larga y ardua tarea de volver a establecer y desarrollar esas relaciones. Cinco años después, volvimos a encontrarnos con ella. Nos dijo que su relación con dos de sus hijos ¡había dado un giro de 180 grados! Nos contó, entre lágrimas, cómo su atención a su relación con ellos, aun siendo adultos, había dado ricos dividendos.

Comunicando claramente las reglas

El psicólogo familiar John Rosemond dice que los padres eficaces "comunican claramente sus reglas. No andan con indirectas cuando se trata de decirles a los hijos lo que esperan de ellos. No ruegan, no sobornan ni amenazan. Sencilla y directamente les dicen lo que pueden hacer, no pueden hacer y tienen que hacer". Así como un campo alambrado produce ovejas sanas, los límites claros, razonables producen hijos sanos, felices.

Mucho se ha escrito sobre cómo ser un padre eficaz; un experto enfatiza una cosa, otro lo contradice. Pero no he encontrado mejor consejo que uno en un versículo de una carta de Pablo, que dice: "Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina y la instrucción del Señor" (Ef. 6:4). Una de las maneras más seguras de que un padre puede provocar a sus hijos es darles reglas y normas indefinidas, confusas.

Por ejemplo, un padre le puede decir a su hija: "La espero en casa temprano, señorita." Pero, ¿qué es "temprano"? Esto puede interpretarse de distintas maneras; una de la mañana puede parecerle temprano a la jovencita de diecisiete años, mientras que su padre ya a las once empieza a desesperarse. Es mucho mejor comunicar el límite claramente y decir en cambio: "Por favor, llega a casa antes de las once; no a las once y media, ni siquiera a las once y diez."

En lugar de decirle al adolescente menor: "Tu tarea es sacar la basura" es mejor decirle: "Tu tarea es sacar la basura todas las mañanas antes de ir a la escuela." En lugar de decir: "Limpia tu habitación" diga: "Quiero que limpies tu habitación antes del almuerzo, y eso incluye pasar el plumero y la aspiradora."

Comunicar claramente las reglas y lo que uno espera ayuda al padre a establecer límites, ayuda al hijo a respetar los límites y ayuda a ambos a evitar confusiones y malentendidos.

Minimizando el resultado final de la mala conducta

Es bueno recordar que cuando los chicos hacen algo malo,

por lo general están queriendo que les presten atención. Pero, por supuesto, uno no puede hacer caso omiso a un mal comportamiento; tiene que darle su atención. Pero la cuestión es ¿cómo le da su atención? ¿Qué ve y oye el niño cuando usted reacciona ante su mala conducta?

Si un niño puede conseguir que usted levante la voz, o se ponga colorado, si puede provocarlo de diversas maneras, es probable que llegue a la conclusión que la mala conducta es la mejor manera de captar su atención.

Si, por el contrario, puede enfocar su mala conducta con tranquilidad, sin largos sermones o arranques de ira, el resultado final será menor. Un método sencillo es decirle al niño tranquilamente que no va a tolerar lo que está haciendo y que, de ser necesario, tendrá que apartarse del resto de la familia por un rato. Recuerde: es más difícil conseguir atención cuando uno está solo. La "silla en el rincón" puede parecer una idea anticuada, pero con muchos niños sigue siendo extremadamente eficaz.

Sé que en el caso de muchos niños no es tan simple, pero sea como fuere que uno responde a la mala conducta de un niño, hay que tener en cuenta que alguna que otra vez éste hará algo que no está bien. Es sencillamente porque es un niño. No haga que su meta sea hacer mucho escándalo ante una conducta negativa; en cambio, trate de enfatizar el buen comportamiento. Como hemos dicho antes, trate de "pescarlos" haciendo algo bien, y refuerce esa conducta.

Planee con anterioridad

Muchos padres hacen más difícil su tarea por no planear con anterioridad lo que tiene que ver con la disciplina. "Los padres eficaces", dice el psicólogo familiar John Redmond, "no esperan a que surjan los problemas para entonces enfrentarlos."

Por ejemplo, cuando su hija no llega a casa a la hora que usted le dijo, es muy probable que usted esté nervioso y alterado hasta que ella llegue, a menos que haya planeado con anterioridad y considerado cómo iba a reaccionar si llegaba tarde. O si su niño de cuatro años empieza con los berrinches en una tienda, ¿espera a que esto suceda una segunda vez antes de enfrentar el asunto, o planea una reacción razonable, cons-

tructiva con anterioridad, para que la próxima vez no lo tome desprevenido?

Un pastor amigo cuenta cómo, cuando su hijo tenía diecisiete años, él y su esposa empezaron a sospechar que el joven tenía relaciones sexuales con su novia. Trataron repetidamente y con sensibilidad, creyeron ellos, de expresarle su aceptación y cariño y de animarle a confiarles lo que pasaba, pero él insistía que no pasaba nada entre él y su novia. El papá y la mamá no dejaron a un lado el asunto, sino que conversaron sobre cómo reaccionarían si su hijo un día les confesara que se estaba acostando con la novia o que la novia estaba embarazada.

A las pocas semanas, el hijo y su novia, sentados en la casa del pastor confesaron entre lágrimas que ella estaba, sí, embarazada.

"Por supuesto que fue un momento difícil", comenta el padre ahora, "pero me alegro de que con mi esposa habíamos conversado con anterioridad sobre cómo reaccionaríamos. De lo contrario, no sé qué hubiera hecho. Me habría enojado y dicho algo que luego me hubiera pesado. Pero porque ya habíamos conversado sobre cómo reaccionaríamos ante esa situación, pudimos hacerlo de una manera constructiva.

No todas las situaciones son tan difíciles como ésa, pero planear su reacción antes de que sea necesario reaccionar puede ser de ayuda en situaciones sencillas al igual que las complicadas.

Haga uso de las consecuencias naturales

Estoy convencido de que la Biblia enseña dos formas de disciplina positiva (que la psicología acaba de "descubrir"). Una, disciplinar haciendo uso de las consecuencias naturales.

La parábola del hijo pródigo es una ilustración excelente del poder correctivo de las consecuencias naturales. El joven del relato decidió irse de su casa y hacer lo que quería, por lo que exigió que su padre le diera su parte de la herencia. El padre sabía lo que iba a suceder, pero igual le dio el dinero. Parece que decidió dejar que su hijo aprendiera por las malas: sufriendo las consecuencias naturales de sus acciones.

Las consecuencias naturales salen caras. El muchacho gastó todo su dinero, perdió a todos sus amigos y terminó

comiendo con los cerdos. Recién entonces, dijo Jesús, volvió "en sí" (Luc. 15:17). Para que el joven volviera en sí, primero tuvo que sufrir las consecuencias naturales de sus acciones. Al "volver en sí", decidió regresar al hogar paterno donde fue aceptado y amado más que nunca (Luc. 15:11-32).

Es interesante notar que el padre no sólo lo dejó ir, sino que también le dio su herencia. Muchos padres quizá dejen ir a sus hijos, ¿pero cuántos les darían su herencia para que la malgastaran? Pero el padre del hijo pródigo quiza haya valorado la oportunidad para que su hijo aprendiera una gran lección más valiosa que el dinero.

En nuestro libro, *How to Be a Hero to Your Kids* (Cómo ser un héroe para sus hijos), Dick Day cuenta cómo hizo uso de las consecuencias naturales para enseñar a Jonatán, su hijo, una importante lección cuando éste era aún muy pequeño:

> Teníamos en casa una chimenea a nivel del piso, y muchas veces me preocupaba de que le pasara algo a Jonatán. Sin comprender el peligro del fuego, podría acercarse demasiado y quemarse en un momento cuando mi esposa y yo no lo estuviéramos vigilando.
> Una noche nos encontrábamos sentados a la mesa comiendo a la luz de un vela. Jonatán extendió la mano para tocar la llama y mi esposa empezó a detenerlo, pero le dije: "No, déjalo."
> Jonatán metió el dedo en la llama y la retiró inmediatamente con un grito de dolor. No se había quemado mucho, pero sí lo suficiente como para aprender el poder del fuego y respetarlo. Algunos podrían opinar que fue cruel dejar que Jonatán metiera el dedo en la llama de la vela, pero yo no lo creo así. Prefiero mil veces que aprenda de una llamita que el fuego quema a que lo tenga que aprender de una rugiente hoguera.

El padre que deja que a su hijo de doce o trece años lo traigan en un auto policial a casa porque lo pescaron robando en un tienda está haciendo uso del poder correctivo de las consecuencias naturales. El padre que observa con tristeza cómo a su hija la sacan de su posición en el equipo de baloncesto por sus malas calificaciones en la escuela está haciendo uso del poder correctivo de las consecuencias naturales. El padre

afligido que deja a su hijo pasar la noche en la comisaría porque lo detuvieron "en estado de ebriedad" está haciendo uso del poder correctivo de las consecuencias naturales.

Especificando las consecuencias lógicas

La otra modalidad de disciplina descrita en la Biblia es la de las consecuencias lógicas. Esto significa sencillamente que el padre determina con el hijo que habrá ciertas consecuencias si el hijo no cumple sus obligaciones o hace algo malo. Por ejemplo: "Si no comes toda la comida, no tendrás postre" o "Si no le das de comer a tu perrito, tú tampoco comerás." Tenemos en el huerto del Edén un precedente para aplicar las consecuencias lógicas. Dios les preparó todo y, como lo mencionara antes, estipuló que de un árbol no podían comer y que ese árbol era el del conocimiento del bien y del mal. Si comían de ese árbol, dijo Dios, sufrirían las consecuencias lógicas: "ciertamente morirán" (Gén. 2:15-17).

Ya sabemos que Eva comió el fruto y que luego Adán también, y las consecuencias no se dejaron esperar. Adán y Eva se vieron sujetos a la muerte física y todos sus castigos relacionados, como son los dolores de parto, el trabajo penoso y el exilio del Paraíso mismo (ver Gén. 3:1-19).

Dios había establecido los límites dentro de los cuales Adán y Eva podían vivir, y cuando eligieron violar esos límites, eligieron también las consecuencias. Dios seguía amándolos, pero puso en vigor las consecuencias lógicas que ellos habían escogido.

Una vez más, una ilustración de la experiencia de Dick Day como padre ilustra muy bien el poder correctivo de las consecuencias lógicas:

> Cuando Dick, mi hijo mayor, obtuvo su licencia de conductor, coincidimos en que si le daban una boleta por alguna infracción al manejar el auto, él pagaría la multa y perdería por treinta días su privilegio de manejar. Todavía recuerdo el día que a Dick le pusieron su primera multa. Se me acercó tímidamente y dijo:
> —Papi, me multaron.
> No sé que esperaba Dick de mí, pero lo único que dije fue:
> —¿Dónde están las llaves?

Dick me dio las llaves. Pagó la multa y no manejó por treinta días. No hubo sermones. No hubo preguntas sobre "¿Por qué hiciste eso?" Las consecuencias lógicas ya habían sido establecidas y Dick sabía que pagaba un precio que él ya había acordado.

Usar el poder correctivo de las consecuencias lógicas elimina la necesidad de largos sermones, explicaciones, discusiones y gritos. Cuando tanto el padre como el hijo saben que ciertas acciones llevan aparejadas ciertas consecuencias lógicas, razonables, el asunto se resuelve en cuanto sucede la acción.

El pago de las consecuencias lógicas puede ser extremadamente liberador tanto para el padre como para el hijo. El padre no tiene que asumir el papel de policía, juez o verdugo; sencillamente impone las consecuencias que el joven, con su conducta, ha escogido.

Permaneciendo firme

Kelly, mi hija mayor, me llamó por teléfono una vez de la casa de una compañera donde realizaban una fiesta de fin del octavo año escolar. Me pedía permiso para pasar la noche en casa de su compañera. Escuché su pedido y luego hice algunas preguntas. Kelly admitió que habría varones en la fiesta "extendida" y no, no podía estar segura de que no habría bebidas alcohólicas. Cuando me dijo los nombres de algunos de los que pensaban quedarse después de las diez, reconocí el nombre de un muchacho que tenía fama de poder conseguir bebidas alcohólicas aunque, como Kelly, tenía apenas catorce años.

Después de escuchar a Kelly, le di mi respuesta: "No, Kelly. Quiero que te vengas a casa a la diez en cuanto termine la fiesta."

Kelly llamó tres veces más dentro de la próxima media hora. En un momento dado, empezó a llorar por teléfono, y fue entonces que me di cuenta de lo que realmente estaba pasando. Cuatro o cinco chicas querían quedarse a pasar la noche, pero el permiso de sus padres dependía de lo que dijera el papá de Kelly McDowell.

Era evidente que Kelly estaba siendo presionada por sus compañeras. Me empezó a decir que lo más probable era que no había nada de qué preocuparse. Los padres estarían en la casa y habría muchos chicos y chicas: nadie estaría solo en pareja.

Me di cuenta de que Kelly me estaba dando los argumentos que sus amigas le decían, y me mantuve firme en mi primera decisión.

—Lo siento Kelly, —dije— pero tendrás que venirte a casa.

Colgué el auricular escuchando el lloriqueo de Kelly. No me gustaba desilusionarla, pero sabía que había hecho lo correcto. Más tarde, cuando llegó Kelly a casa, ¡me agradeció que no la dejara quedarse a pasar la noche! Dijo:

—Papi, en realidad no quería quedarme, especialmente después de que me dijiste que no y que las chicas empezaron a presionarme. Gracias por tu ayuda.

He descubierto que cuando los padres toman una decisión y se mantienen firmes en ella, hacen dos cosas por sus hijos. Primero, les ayuda a estar firmes ante sus compañeros porque pueden decir: "Mis padres no me dejan." Segundo, y de más importancia, les dicen al hijo que existen valores y normas que no pueden ser pasados por alto ni sujetos a componendas.

Actuando en amor, no por enojo

"Jehovah disciplina al hijo que ama", dice la Biblia. Note que no dice: "Jehovah disciplina a los que odia." No dice: "Jehovah disciplina a los que lo han hecho enojar." Disciplina en amor, no por enojo.

Todos los padres se enojan con sus hijos. Pero el padre sabio tendrá cuidado en cómo disciplina en esos momentos. Si estoy furioso, o gritando, no estoy en condiciones de ofrecer una corrección cariñosa a mi hijo. Si tengo ganas de decirle a alguien algo violenta e impulsivamente, o si quiero lastimar a alguien, no estoy en condiciones de ofrecer una corrección cariñosa a mi hijo.

Por eso me resulta de tanto valor, como lo mencioné antes, dar forma a mi corrección en términos de mi relación con mis hijos, preguntando a mi hijo antes de disciplinarlo: "¿Sabes que te quiero?" Este simple ejercicio no sólo coloca a mi corrección en el contexto de nuestra relación, sino que logra algo más, algo de igual valor (y a veces de más valor); me sirve

como corrección a mí, recordándome que si quiero ser un padre a imagen de mi Padre celestial, tengo que disciplinar a mis hijos en amor, no por enojo.

Adaptando sus planes

Algunos padres actúan con una rigidez constante; tratan a su hijo básicamente igual cuando tiene dieciséis años que cuando tiene seis. Su método es controlarlo desde la cuna hasta la tumba... o por lo menos hasta que se va de casa. Pero esta manera de actuar puede hacer que el hijo se sienta ahogado, arrinconado, reprimido, causando muchas veces que reaccione de una manera irresponsable o malsana. Nunca ha aprendido dominio propio; odia *cualquier autoridad*.

Pero ésa no es la manera como nuestro Padre nos trata. El escritor de Hebreos dijo que Dios "nos disciplina para bien, a fin de que participemos de su santidad" (Heb. 12:10). O sea que, nos disciplina para que podamos crecer y madurar, que podamos llegar a ser santos, que podamos llegar a ser maduros, que podamos llegar a ser más como él.

El padre sabio reflejará la imagen del Padre de esta manera también: Adaptando a la edad y madurez de su hijo, la disciplina que dispensa. Podrá discernir cuando el niño está preparado para un nuevo desafío, responsabilidad o privilegio, y soltará las riendas de la disciplina externa del niño para permitir el desarrollo de la disciplina interna.

Por ejemplo, un padre puede decirle alguna vez a dos hermanitos que discuten: "Esto no es algo en que tengo que meterme; creo que los dos ya son bastante grandes para solucionar solos sus diferencias." El padre de un adolescente puede decirle: "Creo que ya eres bastante grande como para ponerle la alarma a tu reloj y levantarte sin que te tengan que llamar por la mañana" o "Mientras tengas buenas calificaciones en la escuela, puedes irte a la cama cuando quieras."

La cuestión es que la disciplina eficaz requiere que sea tanto consecuente como flexible: consecuente en la aplicación de la disciplina y flexibilidad en adaptar las reglas y expectaciones cuando los chicos se van desarrollando y madurando.

El niño cuyo padre proporciona una disciplina piadosa, disciplina aplicada con amor que es clara, consecuente, muy probablemente cosechará respeto, paz, rectitud y justicia. Capacita a sus hijos para que puedan aprender la autodisciplina, cualidad que les ayudará a vivir una vida que es sana: emocional, social, espiritual y físicamente. Ayuda a sus hijos a evitar las frecuentemente trágicas consecuencias de una conducta irresponsable. Capacita a sus hijos para que puedan gozar de la bendición de una buena reputación. Promueve armonía en la mente y el corazón de sus hijos y en las relaciones de ellos con sus prójimos.

Eso es lo que la disciplina de Dios logra en mí, y eso es lo que anhelo para mis hijos.

Para reflexión, diálogo y acción

---

*1. Según este capítulo, existen cuatro estilos básicos para el papel del padre: autocrático, permisivo, descuidado y relacional. ¿Qué estilos se practicaban en el hogar de su niñez? ¿Qué estilo caracteriza mejor los métodos disciplinarios que usted practica?

*2. Hebreos 12:10 menciona el propósito de la disciplina que Dios dispensa a sus hijos ("a fin de que participemos de su santidad"). En los siguientes renglones, defina lo que usted considera es el propósito de la disciplina que usted dispensa a sus hijos:

Disciplino a mis hijos a fin de que ________________

Disciplino a mis hijos a fin de que ________________

Disciplino a mis hijos a fin de que ________________

Disciplino a mis hijos a fin de que ________________

3. Al disciplinar a sus hijos, ¿alguna vez hace uso de las consecuencias naturales y lógicas? Piense en algunos ejemplos. Si le gustaría empezar a usar las consecuencias lógicas, hágalo despacio con cosas de menor impor-

tancia y manténgase firme cuando es necesario aplicar las consecuencias lógicas.

4. Examine su actitud al disciplinar a sus hijos. Escriba una "x" en el lugar en la línea que indica el grado en que:

Critica	Corrige en amor
Juzga	Enseña
Manipula	Guía
Controla	Da libertad

¿Qué pasos necesita tomar para llegar a ser más como su Padre en estas actitudes?

*5. ¿Cómo disciplina con más frecuencia? ¿En amor o por enojo? ¿Qué pasos concretos puede tomar para mejorar en este aspecto?

CAPITULO ONCE

El padre y el perdón

Me enteré del caso de Roberto por un amigo mutuo. Roberto es padre de tres hijas y un hijo. Ha criado a sus hijos en la iglesia, y él y su esposa han educado fiel y sensiblemente a cada niño siguiendo los principios bíblicos.

No obstante, cuando la hija menor ya era una adolescente mayorcita, comenzó a tener relaciones sexuales.

En realidad, fue más que eso: Comenzó a tener relaciones sexuales promiscuas. Roberto y su esposa hicieron todo lo que se les ocurrió para ayudarle, pero nada parecía dar resultado. Siguió "acostándose por allí" con un aparente abandono, a veces haciéndolo con sus "amigos" en su propia casa cuando sus padres no estaban.

Por último, Roberto se sentó con ella y le habló de corazón, de un corazón que parecía que estallaría de dolor.

"Cati", le dijo, "tu mamá y yo lo hemos intentado todo. No sabemos qué más hacer. Pero sí sabemos que no puedes seguir viviendo en esta casa y seguir haciendo lo que haces."

Roberto le dijo a su hija que se fuera de casa. El y su esposa trataron de asegurar a Cati que la amaban, pero insistieron que ella aceptara la ayuda de ellos para cambiar su conducta o que se encontrara otro lugar para vivir.

Cati se fue a la noche siguiente. Llenó una maleta y dejó la casa sin decirle a sus padres a dónde iba.

Tres meses después, a eso de la una de la mañana, sonó el teléfono.

—Papi —dijo la voz en el teléfono— te llamo desde la terminal de autobuses.

Era Cati. Contó varias cosas inconsecuentes, yendo por fin al grano:

—Quiero volver a casa.

Roberto se sentó en la cama y despertó a su esposa.

—No te muevas de allí. Salgo inmediatamente para buscarte —dijo tratando de mantener calmada su voz.

Roberto buscó a su hija en la estación de ómnibus. Le dio un fuerte y largo abrazo antes de llevarla a casa. No le interrogó sobre dónde había andado. No le predicó un sermón sobre las noches de insomnio que había causado. No le hizo recordar las reglas que tenía que aceptar si volvía a casa. Sencillamente la perdonó.

Esa es la clase de padre que quiero ser. Quiero ser un padre perdonador. Quiero que mis hijos sepan que pueden admitir sus faltas y las cosas que han hecho mal, y recibir el perdón de su papá. Quiero que mis hijos sepan que su padre no guarda resentimientos contra ellos. Quiero que sepan que cuando hacen las cosas mal, pueden volver a empezar.

Quiero ser esa clase de padre porque he visto los efectos del espíritu no perdonador en un padre. He visto que los chicos cuyos padres guardan resentimiento y amargura por su conducta, en muchos casos desarrollan un sentido de poca valía. He observado que los chicos a cuyos padres les resulta difícil perdonarlos, son ellos mismos, en muchos casos, impacientes e incapaces de perdonar. He notado que los hijos de padres que no perdonan se rebelan contra el hogar, la familia y la iglesia, amargados por lo que ellos llaman la hipocresía de sus padres.

Pero por otro lado, he visto cómo el padre perdonador puede dar a su hijo un santo sentido de valía y de seguridad en sí mismo. He notado que los padres perdonadores tienden a formar hijos que son perdonadores y pacientes. Estoy convencido de que es fácil que un padre perdonador forme hijos que son honestos en cuanto a sus faltas y que enseguida admiten un pecado o error, muchas veces ahorrando tanto al padre

como al hijo muchos meses o años de agonía y tragedia.

Por eso quiero ser un padre perdonador, como lo es mi Padre.

El perdón del Padre

Imagínese ser el padre de un hijo que siempre ha sido la razón de su existencia. Le dio todo su amor y atención desde pequeño. Le dio su primer baño. Le enseñó a andar en bicicleta. Lo acompañó a incontables actividades deportivas. Lo cuidaba cuando estaba enfermo y lo alentaba cuando se sentía triste. Estuvo a su disposición y se interesó por todo lo que le interesaba a él. Lo mantuvo muy bien y fue generoso con sus regalos. Hizo todo lo que un padre cariñoso puede hacer por un hijo.

¿Cómo reaccionó su hijo a sus muestras de cariño? Las dio por hecho. La mayor parte del tiempo sencillamente parecía no tenerlo en cuenta, acercándose a usted sólo cuando necesitaba algo, como dinero para una salida o un par de zapatos de última moda como los de sus compañeros. A veces le desobedecía a propósito. Muchas veces le engañaba. Parecía avergonzarse de usted, y trataba siempre grosera y cruelmente a sus hermanos.

¿Qué pensaría de un hijo así? ¿Le perdonaría? Considere cuidadosamente su respuesta, porque usted no es el padre de esa historia; usted es el hijo.

Su Padre Celestial le ha brindado su amor y su gracia, y usted ha respondido como el hijo de nuestra historia (en realidad, si usted se parece a mí, ha hecho cosas peores que las descritas en ese caso). Pero Dios le ha perdonado generosamente, y sigue haciéndolo. Sorprendente, ¿no es cierto? En realidad, no. Esa es la clase de padre que es mi Padre. Es parte de su naturaleza.

> El es quien perdona todas tus iniquidades... Tan lejos como está el oriente del occidente, así hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, así se compadece Jehovah de los que le temen.
>
> Salmo 103:3, 12, 13

> Yo soy, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí, y no me acordaré más de tus pecados.
>
> Isaías 43:25

Es un Padre perdonador. Aunque ha sido víctima de injusticias y su voluntad ha sido transgredida más que la de cualquier padre en la historia de la humanidad, sigue listo para perdonar a sus hijos y ansioso por hacerlo. Como el padre que esperaba, en el relato que contó Jesús del hijo pródigo, Dios no sólo espera sino que *corre* para perdonar y, en su gracia y generosidad, empieza su obra de perdón aun antes de que las palabras de arrepentimiento salgan de nuestra boca (vea Lucas 15:11-32).

Esa es la clase de padre que quiero ser, aunque mal equipado —no incapacitado— para serlo. Mi orgullo interfiere. Mi fragilidad estorba; a veces no puedo reconocer mi espíritu de perdón. Mi temor es un osbtáculo; me preocupo de que mis hijos me malinterpreten, pensando que perdonar su conducta es igual a aprobar su conducta. Me es imposible ser un padre perdonador. Pero no tengo que serlo. Porque el Espíritu de Dios, mi Padre Modelo, vive en mí a través de mi salvación en Cristo, puedo, por medio de la oración y de mi dependencia de él, mostrar la imagen del Padre a mis hijos. Algunas de las formas específicas en que Dios me ha capacitado para hacerlo incluyen:

Comprendiendo lo que es el perdón

Una de las barreras que impiden perdonar es la falta de comprensión de lo que es y lo que hace el perdón. Perdonar a mis hijos no significa aceptar su desobediencia. No significa aprobar su conducta. No significa librarlos del castigo.

Allen C. Guelzo, escribiendo en la revista *Christianity Today,* dice:

> Perdonar... significa descartar voluntariamente nuestro resentimiento por haber sufrido una injusticia. Esto significa no sólo dominar y reprimir nuestro resentimiento, sino soltarlo, dejarlo ir totalmente...
>
> Perdonar significa más que meramente encogerse de hombros. Hay ciertas cosas que el perdón no es, y éstas ayudan a dar equilibrio a la cuestión. Perdón no significa indulto. El perdón es personal: se refiere al impacto que una ofensa tiene sobre usted y a su necesidad de dejar ir al resentimiento que siente. Un indulto es legal en lugar de personal, tiene que ver únicamente con el estado legal de la ofensa, no con la relación entre el ofensor y su víctima. El indulto, a diferencia del perdón, significa librar a alguien de su obligación moral y del castigo que merece...
>
> El perdón no es igual a excusa... C. S. Lewis escribió:
>
> "Hay un mundo de diferencia entre perdonar y excusar. El perdón dice: 'Sí, has hecho esta cosa, pero acepto tus disculpas, nunca te lo tendré en cuenta y todo entre nosotros será exactamente como antes.' Pero la excusa dice: 'Veo que no podías menos que hacerlo, o no fue tu intención hacerlo, en realidad no es tu culpa.' Si uno en realidad no tiene la culpa, no hay nada que perdonar. En este sentido, el perdón y la excusa son conceptos casi opuestos."
>
> Si así lo es, no tenemos que tener miedo que al practicar el perdón estamos de alguna manera tolerando el mal o aprobando la pecaminosidad. Perdón no significa "dejar de culpar" sino "dejar ir al resentimiento".

Comprender el perdón —lo que es y lo que no es— es un paso necesario para llegar a ser un padre que perdona.

Reprimamos el impulso de reaccionar excesivamente

A veces los chicos nos empujan al límite, y puede llegar a ser difícil perdonarlos, especialmente cuando cada una de sus acciones parece tener la intención de "irritar a papá". Pero he descubierto que les hago un gran favor a mis hijos —y a mí mismo— cuando domino el impulso de reaccionar en exceso.

Cuando me siento tentado a reaccionar hacia mis hijos con intransigencia y falto de perdón, trato de traer a la mente la conversación que un amigo mío tuvo con un matrimonio. Estaba tratando de ayudarles con su hijo rebelde que lentamente iba respondiendo a la dirección que le brindaban.

En una de las reuniones les preguntó: "¿Cómo le fue a su hijo esta semana?"

Inmediatamente respondieron contando todo lo que andu-

vo mal el viernes. Después que mi amigo escuchara durante quince minutos lo terrible que fue el día viernes con su hijo, les preguntó qué tal les había ido el jueves. Sin problemas. ¿Y el miércoles? Muy bien. ¿Anduvieron mal el martes? No. Y el lunes, ¿cómo se portó el lunes? La verdad es que el lunes fue muy bueno.

Con esto, mi amigo estaba listo para hacerles comprender algo importante. Un día malo no cancela cuatro días de conducta buena. Es verdad, el viernes, fue de lo peor. ¿Pero no podían ver la mejora lograda los otros días y no descartarlos por una recaída el viernes? Empezaron a entender cómo quizá reaccionaron demasiado y cómo, en general, la conducta de su hijo había sido mucho mejor que antes.

Ya que el amor no guarda cuenta de las injusticias, podemos perdonar y dejar a un lado los días malos a la vez que enfocamos más los éxitos que los fracasos de nuestros hijos.

Consiga ayuda

Mi esposa me ha sido de una ayuda invaluable de muchas distintas maneras y, sobre todo, en mis esfuerzos por llegar a ser un padre perdonador. Le he pedido a ella que me avise cuando me ve actuando con dureza hacia mis hijos, que me indique cuando les estoy demostrando falta de perdón. Créanme, se ha convertido en una experta en decir: "Josh, tienes que disculparte con Katie" o "Josh, ¿no hay algo que quieres decirle a Heather?" No siempre me ha sido agradable escucharla, pero ha sido indispensable hacerlo.

Recuerde también, que si ha buscado la ayuda de sus hijos para rendir cuentas como padre, también le pueden hacer recordar su intención de ser un padre perdonador. Pueden decir: "Papi, no creo que me hayas perdonado por haber pintado tu auto" o "Papi, ¿estás seguro de que me perdonaste por haber usado tu peluquín para hacer reír a mis amigos?"

Recuerde su pasado

Crecer no es tarea fácil. Si hemos de ser sinceros, todos los papás tenemos que reconocer que de niños y adolescentes, cometimos tantos (o más) errores tontos y/o intencionales tal

como los que cometen ahora nuestros hijos. Teníamos días malos. Estabamos de mal humor. Eramos traviesos (¡a veces grandes diablillos!). Había otras ocasiones en que sencillamente nos rebelábamos.

Nunca nos detuvimos a pensar que Dios tiene una manera de vengarse en nombre de nuestros padres ¡dándonos un día hijos tan traviesos y rebeldes como lo éramos nosotros!

Perdonar es más fácil si recordamos nuestros propios fracasos y necedades, no sólo los de nuestra infancia, sino también los más recientes. Cuando mi hijo llega después de la hora establecida, por ejemplo, me podría ser de ayuda preguntarme si llegué tarde a algún compromiso esta semana (todavía tendré que dar un castigo a la conducta con fines de aprendizaje, pero recordar mi pasado puede a la vez ayudar a fomentar un espíritu perdonador dentro de mí). Si a mi hija le ponen una multa por exceso de velocidad, recordar una boleta que me han dado a mí puede ayudarme a comunicarle más pronto mi perdón.

Practicando el perdón

Quiero ser la clase de padre que perdona a sus hijos, no importa lo "grande" que sea su transgresión. Pero también quiero ser la clase de padre que perdona a sus hijos las cosas "pequeñas". El hecho es que ha sido mi experiencia que "practicar" el perdón en las cosas pequeñas, cotidianas, ayuda a preparar al padre para demostrar su perdón en medio de una crisis de grandes proporciones.

He descubierto que cada día ofrece muchas oportunidades de practicar el perdón. Por ejemplo, si un hijo nos dice algo irrespetuosamente a mí o a mi esposa, le corrijo su conducta y luego conscientemente practico perdonarlo. Si el chico reacciona positivamente a la correción, por lo general sonrío y digo: "Estás perdonado." (Trato de nunca decir "Oh, está bien" ni "No te preocupes", porque quiero enfocar la comunicación del perdón, no una aprobación de la mala conducta.)

O, para usar otro ejemplo, si un hijo no llega a la hora estipulada, uso ese incidente relativamente insignificante para practicar mi "habilidad de perdonar". Teniendo cuidado de no reaccionar demasiado, doy el castigo apropiado a la falta (como es: "Me parece que tu hora de llegar a casa el mes que

viene va a ser una hora antes") y luego comunico mi perdón.

Estas oportunidades aparentemente "pequeñas" de practicar el perdón no sólo me sirven (con la ayuda de Dios) a comunicar mi espíritu perdonador a mis hijos, también me ayudan a mantenerme "en forma" para momentos más difíciles, cuando llegan las crisis más grandes y es más difícil —y más necesario— perdonar.

Haga el "chequeo del imán"

Dick Day, coautor conmigo del libro *How to Be a Hero to Your Kids* (Cómo ser un héroe para sus hijos), dio el siguiente consejo que me parece se aplica al tema de este capítulo:

> Cuando empiezo a sentir tensión con mis hijos, he visto que es mejor dar un paso atrás y verlos como Dios los ve: como personas de infinito valor. Esto me ayuda a ponerme de un humor aceptador y perdonador aun cuando la situación pueda requerir que los discipline. Puedo mostrarles que los aprecio, y perdonarles aun haciendo frente a su mal comportamiento.
>
> Llamo a este proceso de dar un paso atrás "chequeo del imán". Cuando dos imanes se separan y no están en el mismo campo magnético, no tienen influencia el uno sobre el otro. Pero si uno coloca los dos imanes en el mismo campo magnético harán una de dos cosas: se atraerán o repelerán.
>
> Nuestras emocionas humanas se parecen mucho a los imanes. Usted no tiene poderes magnéticos, pero sí tiene emociones y también las tienen sus hijos. Vivir juntos como familia los coloca a usted y sus hijos en el mismo "campo emocional", y cuando esto sucede, hay un resultado similar a cuando se juntan los imanes. Sucede una de dos cosas: o uno se acerca a su hijo o reaccionan ambos cada uno en contra del otro y se repelen.
>
> Cuando me encuentro en una situación tensa con mis hijos, me hago unas preguntas difíciles: "¿Por qué hay tanta tensión en nuestras relaciones? ¿Por qué estoy reaccionando en contra de mi hijo? ¿Por qué está reaccionando mi hijo en contra de mí?" Cuando en su familia las cosas se ponen tensas, o peor, puede estar seguro de una cosa: El sentido de seguridad de alguien se ve amenazado y su aceptación de su hijo también corre peligro.

Y, es claro, tenga en cuenta que hacer el chequeo del imán es responsabilidad suya, no de su hijo. Como adulto, usted es el que debe tener la capacidad de dar un paso atrás —fuera de la situación— y tener la capacidad para ver qué está pasando. Entonces puede controlar cualquier enojo o resentimiento que tenga y, si se justifica, expresar perdón, o pedirlo, lo cual nos lleva al próximo tema.

Cuando usted mismo tiene que pedir perdón

Hice sentar a mi hija Katie, de dieciséis años, y le expliqué que estaba escribiendo este libro y necesitaba su ayuda. Luego le pregunté:

—¿Puedes recordar alguna ocasión cuando te lastimé, o te ofendí y no me acerqué a ti para pedirte perdón?

Se quedó sentada en silencio pensando, durante lo que pareció cinco minutos. Me podía imaginar los engranajes dentro de su cabeza dando vueltas y haciendo un catálogo mental de todas las cosas irreflexivas, desconsideradas y crueles que le había dicho o hecho en dieciséis años como su padre. Me imaginaba que ya estaría clasificando las docenas de incidentes, tratando de escoger el mejor, el que me hacía quedar más mal. Ya no podía aguantar el suspenso. Katie no decía ni una palabra. Traté de cortar el agonizante silencio diciendo:

—Mi amor, di cualquier cosa.

Ella sonrió.

—En fin papi —dijo—, esto puede ser bueno para ti, pero no tan bueno para tu libro.

De pronto pensé que estaría por decir algo tan horripilante que no podía ser publicado. Se encogió de hombros y dijo:

—No me acuerdo de nada.

¡Qué alivio! Y, mi esposa agregaría:

—¡Sorprendente!

Con esto no quiero sugerir que tengo un historial perfecto como padre. Estoy seguro de que han existido ocasiones cuando debí haberle pedido perdón a Katie y no lo hice. Pero Katie

no se acuerda de ninguna y, francamente, yo tampoco. Si las hubo, las hubiera solucionado enseguida.

La habilidad de admitir los errores y pedir perdón parece escasear entre los padres cristianos. La reciente encuesta realizada para la campaña *Es Bueno o Es Malo* entre jovencitos que asisten a la iglesia, reveló que el 37 por ciento de los encuestados —más de un tercio— afirma que casi nunca o *nunca oye* a su padre admitir que está equivocado o que ha hecho algo malo; seguro que aún menos de ese porcentaje le pide perdón a sus hijos. ¡Con razón a nuestros jóvenes les es difícil admitir sus errores! ¡Con razón a nuestros jóvenes les es difícil identificarse con sus padres! ¡Con razón a nuestros jóvenes les falta amor propio: sus padres parecen perfectos!

Qué bienaventurado es el hijo cuyo padre es paciente con sus pecados y rápido para perdonar, cuyo padre no le recrimina por sus pecados del pasado. Un padre así puede más fácil y ricamente inculcar sabiduría, piedad y madurez en sus hijos. Un padre así puede más fácil y ricamente educar a sus hijos a admitir enseguida sus errores y a ser rápidos en arrepentirse de sus pecados. Un padre así puede más fácil y ricamente formar hijos que son perdonadores y pacientes con los demás. Un padre así puede más fácil y ricamente reflejar la imagen de su Padre Celestial y, al hacerlo, acercar también a sus hijos al Padre Modelo.

Para reflexión, diálogo y acción

1. ¿Hasta qué punto ha sido usted un padre perdonador en el pasado? Trace un círculo alrededor de una de las siguientes frases que mejor refleja su práctica en el pasado:

   He sido un padre perdonador.

   He vacilado en perdonar.

   A veces he comunicado mi perdón a mis hijos.

   Rara vez he comunicado mi perdón a mis hijos.

   Nunca he comunicado mi perdón a mis hijos.

2. En el siguiente espacio, describa si y cómo había perdón en el hogar de su niñez. ¿En qué se parece a su hogar actual? ¿Qué ha cambiado?

   ____
   ____
   ____
   ____

3. ¿Qué puede hacer *esta semana* para comunicar con más eficacia su perdón a sus hijos? Sea específico, y escriba su lista en el siguiente espacio:

   ____
   ____
   ____
   ____

4. ¿Hay algunas situaciones por las cuales necesita pedirle perdón a sus hijos? En caso afirmativo, ¿cuáles son y cuándo lo hará?

   ____
   ____
   ____

CAPITULO DOCE

El padre y el respeto

Se cuenta una interesante anécdota del Arzobispo Tillotson, cuando éste era decano de Canterbury (una posición de poder y prestigio). Cierta tarde se encontraba en su casa cuando apareció un hombre a su puerta.

Uno de los sirvientes del decano atendió la puerta y se encontró con un anciano, de aspecto algo descuidado, un hombre común del pueblo quien preguntó si "John Tillotson" estaba en casa. El sirviente, sorprendido y disgustado por la insolencia del hombre que se refería en términos tan ordinarios al importante decano de Canterbury, reprendió al sujeto y lo echó de la casa, limpiándose las manos como si acabara de sacar la basura.

Pero el decano, desde el interior de la casa, había reconocido la voz del extraño. Corrió a la puerta en el preciso momento que el sirviente la cerraba. Abrió apresuradamente la puerta y exclamó, para sorpresa de su servidumbre: "¡Es mi querido padre!"

El muy respetado clérigo corrió por el sendero hasta donde se había detenido su padre, cayó sobre sus rodillas y le pidió su bendición.

Aunque el decano Tillotson había adquirido una posición de gran honra en la iglesia, seguía amando y respetando a su

padre, aunque éste fuera común y ordinario. El respeto demostrado por el decano no sólo es un indicio de su propio carácter, sino que uno del carácter de su padre también.

Esa es la clase de hijos que quiero formar, y la clase de padre que quiero ser. Quiero ganarme el respeto de mis hijos. Quiero que respeten a su madre. Quiero que respeten a sus mayores. Quiero que respeten a las autoridades. Quiero que se respeten a sí mismos.

Este ideal no es un imposible. Estoy convencido de que es posible. Pero creo que la razón por la cual esa clase de respeto es tan escasa en la actualidad es porque los jóvenes son, en gran parte, el resultado de las primeras nueve cualidades paternas que hemos tratado en este libro. Los padres se ganan el respeto de sus esposas e hijos siendo un ejemplo de amor, aceptación, pureza, verdad, fidelidad, amistad, perdón y demás. Cada una de esas cualidades *demuestra* el respeto del padre y demuestra que es digno de respeto.

El respeto fluye *al* —y *del*— padre que es como el Padre.

La imagen del Padre

En la Biblia abundan las exhortaciones relacionadas con el respeto. A los hijos se les ordena respetar a sus padres; la Biblia nos manda: "Honra a tu padre y a tu madre" (Exo. 20:12). Se nos encomienda dar "honor al anciano" (Lev. 19:32). Se nos encarga: "Sométase... a las autoridades superiores" (Rom. 13:1). Y Pablo aconsejó a Timoteo: "Los ancianos que dirigen bien sean tenidos por dignos de doble honor" (1 Tim. 5:17).

La Biblia ordena respetar porque respetar a los demás es lo correcto. Hay en cada uno de nosotros algo respetable que emana de la propia naturaleza de Dios. "Dios es Espíritu... y en él estaba la vida", dice la Biblia (Juan 4:24; Juan 1:4), y es esa parte de su naturaleza lo que todo ser humano comparte, porque "Jehovah Dios... sopló en su nariz aliento (el *ruach*, 'espíritu') de vida, y el hombre llegó a ser un ser viviente" (Gén. 2:7). Los seres humanos son creados a la imagen de Dios (Gén. 1:26, 27); son espíritus inmortales, creados con dignidad y propósito. Por lo tanto, todo ser humano es digno de respeto porque es un reflejo del Dios que da vida y aliento a todos.

Además de un respeto básico por todo ser humano, se nos

ordena respetar y obedecer a las autoridades que nos gobiernan "porque no hay autoridad que no provenga de Dios; y las que hay, por Dios han sido constituidas" (Rom.13:1). El respeto por los gobernantes y los líderes de la iglesia es un reconocimiento a la autoridad de Dios sobre todos.

Es admirable que Dios, quien nos ordena respetar, por su parte, nos demuestra respeto. Nos creó "a su imagen". Por ello, nos trata con dignidad, con más respeto que el que merecemos:

> ¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes; y el hijo del hombre, para que lo visites? Lo has hecho un poco menor que los ángeles y le has coronado de gloria y honra.
> Salmo 8:4, 5

Dios es un Padre respetuoso. Es también un Padre digno del más alto respeto. Esa es la clase de padre que quiero ser. Ya lo sé, no soy —ni nunca seré— digno de respeto como lo es él. El es santo, él es todopoderoso; yo soy pecador y débil. Pero a través del sacrificio de su Hijo y la obra de su Espíritu Santo, puedo mostrar su imagen en mi ministerio como padre de mis hijos. Eso requiere dependencia de él por medio de dar mi atención a la oración y la Palabra. También por dar mi atención a lo siguiente:

Mostrar respeto

¿Cómo trata usted a *sus propios* padres? ¿Qué dice de ellos en presencia de los jóvenes? ¿Muestra respeto por su cónyuge? ¿Sus superiores? ¿Los líderes de la iglesia? ¿Sus compañeros de trabajo? ¿Las reglas de tránsito? ¿Las ordenanzas municipales? ¿La creación de Dios?

Una de las claves para ser un padre digno de respeto es ser un padre que *muestra* respeto, así como Dios el Padre no sólo nos ordena respetar sino que nos lo *demuestra*. Ser ejemplo de actitudes y acciones respetuosas para sus hijos les demuestra en formas concretas en qué consiste ser respetuoso.

Mostrar respeto incluye también tratar a sus propios hijos con respeto. Algunos adultos creen que el respeto es algo que va en una sola dirección; pero también los niños fueron creados a la imagen de Dios. He visto a padres intimidar a sus

hijos cuando no jugaron bien en una justa deportiva. He visto a padres hacer un gesto despectivo ante las cosas inocentes que dicen sus hijos. He visto a padres insultar y menoscabar a sus hijos. He visto a padres hablar a un hijo de diecisiete años como si tuviera seis.

El camino del respeto comienza a nuestros pies, señores padres. Comienza con ver a nuestros hijos a través de los ojos de Dios, y tratándolos con deferencia. Significa pedir las opiniones de nuestros hijos, y escuchar cuando las dan. Significa pedirles "por favor" y darles las "gracias", tal como lo haríamos con otras personas. Significa mostrar respeto a todos —aun a nuestros propios hijos— tratándoles como los hijos de Dios que son.

Definiendo lo que es el respeto

A algunos niños y jovencitos se les ha dicho que sean respetuosos sin que entendieran en qué consiste el respeto. Sus padres nunca le han ofrecido una definición de lo que es.

Dar una definición de lo que es el respeto incluye hacer que sus hijos sepan que la Biblia ordena respetar a *todos* los seres humanos, especialmente a padres, personas mayores, autoridades civiles y de la iglesia. Comunicar respeto hacia los demás también puede incluir explicar los buenos modales, como ser, llamar "señor" o "señora" a sus mayores o abrirle a alguien la puerta y dejarlo pasar.

Recuerdo cierta ocasión cuando Sean me acompañó a un centro comercial. Los dos estábamos muy concentrados en nuestra conversación cuando llegamos a la playa de estacionamiento del mismo, y estacioné sin pensar.

Ya iba saliendo del auto cuando noté que había estacionado en el medio de dos lugares de estacionamiento en lugar de hacerlo entre las líneas de uno. Por un instante estuve tentado a dejar el auto donde estaba porque iba algo apurado. Pero luego me dije: *No, esto significaría que alguien tendría que caminar más si no puede encontrar un lugar donde estacionar, ¿y qué ejemplo sería eso para mi hijo?*

Le pedí a Sean que se quedara en su asiento. Al volver a estacionar el auto, pensé que esta era una oportunidad para impartir una pequeña enseñanza.

—Hijo —le dije— ¿sabes por qué estoy volviendo a estacionar?

—¿Por qué, papi?

—Bueno, —respondí—, ya ves qué mal estacioné la primera vez. Ocupé dos lugares. Sería una inconsideración dejar el auto estacionado así. Podría significar que alguien después no encontrara un lugar, y tendría que caminar mucho más para ir a las tiendas.

Usé esta oportunidad para definir lo que es el respeto, y ayudar de esta manera a mi hijo a comprender en qué consiste una conducta respetuosa.

Fomentando el respeto propio

El saludable hábito de respetar a los demás empieza con el respeto propio. Al joven que no se respeta a sí mismo le resultará difícil respetar a mamá, papá, maestros, pastores y a cualquier otro. El padre puede fomentar el respeto propio en sus hijos comunicándoles:

Te respeto porque fuiste creado a la imagen de Dios. Es cierto que el pecado ha ensuciado y apagado algo esa imagen. No obstante, cada niño es digno de respeto porque refleja la imagen de Dios.

Te respeto porque eres un hermano (o un hermano en potencia) en la familia eterna de Dios. El apóstol Pablo afirma que los cristianos somos "hechura de Dios". La palabra "hechura" que Pablo utiliza en este caso es *poiema*, palabra que se refería específicamente a valiosas obras de arte (y de la cual obtenemos nuestro vocablo castellano: "poema"). En otras palabras, su hijo es un "poema" de Dios, su obra maestra, su valiosa obra de arte.

Te respeto porque enriqueces mi vida. El Salmo 127:3 dice que los hijos son un regalo especial de un Padre celestial amante. Reconocer que nuestros hijos enriquecen nuestra vida no es meramente una verdad noble y abstracta; ellos, más que nadie, nos pueden desafiar a llegar a ser lo mejor que podemos ser por la gracia de Dios. Nuestros hijos aprenden de nosotros, pero también pueden hacernos aprender. ¿Sabe lo que le estaba diciendo a Sean en aquel viaje al centro comercial, cuando estacioné tan mal el auto? Le decía algo así: "Sean, eres realmente especial para mí. Quiero que sepas que

para mí es un privilegio ser tu papá. Soy uno de los hombres más afortunados del mundo" (¡con razón él ni se dio cuenta de lo mal que yo manejaba!).

Te respeto porque eres único, por tu personalidad, tus talentos y tus dones. Todo ser humano —joven o anciano— necesita sentir que pertenece, sentir que vale y que es competente. Observe lo que una joven dice de sus padres:

> Cuando empecé a pensar en lo que mis padres hicieron bien, lo que primero me vino a la mente fue el aprecio de ellos por nosotros como individuos con diferentes dones.
>
> Mi hermana y yo andábamos muy bien en la escuela. Nos gustaba aprender cosas de memoria y escribir composiciones. Nuestros hermanos varones tenían predisposición por la escritura, las presentaciones teatrales, el arte y la poesía. Les gustaba crear. A todos se nos animaba a aprender, desarrollar buenos hábitos de estudio, a triunfar en la escuela. A la vez, nos sentíamos muy libres sin nada de presión porque nuestros padres se negaban a emitir un juicio de valores con respecto a nuestras habilidades. Mis padres eran estudiosos, sin embargo aceptaban los dones creativos de los varones con la misma cantidad de elogios y aliento que a cualquier logro escolar.

Esa clase de actitud, comunicada a los hijos, puede contribuir significativamente a desarrollar actitudes sanas de respeto propio.

Demandando respeto para su esposa

Cuando Kelly, nuestro hija mayor, tenía unos once años, ella y mi esposa pasaron por una etapa difícil en que se irritaban mutuamente. Kelly empezó a ser insolente con ella y a hablarle con algo de falta de respeto.

Después de observar esto varias veces, decidí que ¡ya no más! Tomé a Kelly por los hombros, la hice girar con suavidad hasta tenerla de frente. Le clavé la mirada y le dije:

—Jovencita, quizá puedas hablarle así a tu mamá, ¡pero jamás te dejaré que hables así a mi esposa! Yo la amo, y no sólo la protegeré de cualquiera fuera de esta familia, sino también de ustedes, sus hijos. ¡Jamás vuelvas a hablar de esa manera a mi esposa!

Kelly parpadeó, dijo algo entre dientes, y se retiró. Pero los resultados de mi discursito fueron inmediatos. La próxima vez que empezó a hablarle mal a su madre, se contuvo, me miró, y dijo:

—Oh, no le puedo hablar así a tu esposa, ¿no?

—No, Kelly, no puedes —respondí sonriendo.

Los niños aprenden respeto en el hogar, es claro, y permitirles que hablen sin respeto a su madre sería enseñarles lo contrario de lo que quiero que aprendan.

Insista en el respeto entre hermanos

Los hermanos y hermanas pueden ser mejores amigos, peores enemigos o ambos, dependiendo de las circunstancias, sus edades, la hora del día y si están de buen o mal humor. Los hermanos pueden ser sorprendentemente cariñosos unos con otros, y pueden ser increíblemente crueles.

Las diferencias y los desacuerdos pueden ser inevitables entre hermanos y hermanas, pero no por eso debe tolararse ninguna falta de respeto. El padre sabio pondrá los límites, prohibiendo que se insulten o se hagan bromas crueles, explicándoles que eso no está dentro de las normas de Dios para su pueblo. El doctor James Dobson comparte los límites para el respeto que trazó para su propia familia:

1. Ningún hermano puede *jamás* burlarse del otro destructivamente. ¡Y punto!
2. La habitación de cada hijo (o parte de la habitación si es que los hermanos comparten la habitación) es su territorio privado.
3. No se le permite al hijo mayor fastidiar (tomarle el pelo, provocar) al menor.
4. No se le permite al hijo menor acosar (molestar) al hijo mayor.
5. Los niños no están obligados a jugar con sus hermanos si prefieren estar solos o con sus amigos.
6. Mediamos entre nuestros hijos lo más pronto posible cuando aparece un auténtico conflicto, teniendo cuidado de mostrar que somos cuidadosamente imparciales y justos.

Cómo aprovechar los momentos propicios para enseñar

El padre eficaz busca oportunidades para impartir sabiduría y nuevas percepciones, aprovecha los momentos propicios para enseñar y les saca todo el provecho posible.

Las conversaciones "dirigidas" durante la cena pueden estimular la mente y plantar en sus hijos las semillas de la verdad. Esto, por supuesto, si es que su familia come junta regularmente. Si no es así, ¿por qué no? Esos momentos —con la televisión y el estereo apagados— son oportunidades magníficas para conversar sobre conducta respetuosa. Si su familia no come junta regularmente, considere la posibilidad de hacerlo.

Aproveche las salidas con sus hijos o en familia o el tiempo que pasa trabajando en un proyecto con su hijo para dialogar sobre por qué el respeto es importante. No tenga miedo de preguntarle cómo puede usted mejorar en mostrarle respeto a él. También puede sugerir respetuosamente una a dos maneras en que la conducta de su hijo puede ser más respetuosa.

Trate de sacar de paseo a cada hijo por separado, como lo hemos mencionado anteriormente en este libro, enséñele cómo tratar con respeto al sexo opuesto, y cómo aceptar gestos respetuosos. Cuando observa que un hijo es grosero con su madre en el supermercado, aproveche el incidente para empezar una conversación con su adolescente camino a casa. En lugar de evitar programas de televisión que muestran a los chicos siendo irrespetuosos con sus padres, mírelos con ellos a fin de preguntarles a sus adolescentes durante los anuncios comerciales, si el comportamiento irrespetuoso hace que el personaje sea cómico, atractivo o exitoso (¡y prepárarese para recibir respuestas sinceras!)

Quiero ser un padre como mi Padre celestial, porque sé que el padre que muestra respeto se gana respeto. Y sé que esa clase de padre tiene más probabilidades de educar a hijos respetuosos de las autoridades, que se respetan a sí mismos, que respetan a sus hermanos y sus compañeros. Y sé que esa clase de padre tiene más probabilidades de criar a hijas que un día puedan decir: "Quiero casarme con alguien como mi papá, alguien a quien puedo admirar y respetar." Sé que esa

clase de padre tiene más probabilidades de criar a hijos varones que un día puedan decir: "Quiero ser como tú, papá." Sé que esa clase de padre tiene más probabilidades de formar hijos que se ganen el respeto de sus amigos, familia, compañeros de trabajo, jefes y —algún día— también sus propios hijos. Esa es la clase de padre que quiero ser. Y, con la ayuda de Dios, esa es la clase de padre que seré.

Para reflexión, diálogo y acción

1. Califique las secciones de este capítulo según qué estrategia considera ser la más urgente e importante para su familia en este momento (califíquelas del 1 al 6, expresando el área que necesita la mayor atención):

   Mostrar respeto

   Definir lo que es el respeto

   Fomentar el respeto propio

   Demandar respeto por su esposa

   Insistir en el respeto entre hermanos

   Aprovechar los momentos propicios para enseñar

2. En el siguiente espacio, haga una lista de maneras cómo puede usted mejorar en mostrar más respeto por los demás (sus padres, su esposa, sus superiores, líderes en la iglesia, etc.):

   ____

   ____

   ____

3. En el siguiente espacio, haga una lista de maneras como puede usted mejorar en mostrar respeto por sus hijos:

   ____

   ____

   ____

   ____

*4. Liste tres pasos concretos que se propone tomar esta semana para fomentar actitudes y acciones respetuosas en usted y en sus hijos:

   * ______________________________________
   * ______________________________________
   * ______________________________________

Ahora, convierta esos pasos en acciones específicas, medibles, y transfiéralas a su calendario cotidiano.

CAPITULO TRECE

Un padre según el corazón de Dios

Samuel, profeta de Dios, hizo lo que el Señor le indicó. Fue a la casa de Isaí, un pastor de Belén, y pasó revista a los hijos de Isaí como un general cuando inspecciona sus tropas. Imaginémonos la escena.

Primero vio a Eliab, el hijo mayor, y pensó: *¡Este debe de ser el escogido! Véanlo. Es un hombre como pocos. Tiene todo: Fuerza, tamaño, inteligencia y muy buena presencia.*

Pero Dios le dijo: "No, éste no es el que he escogido."

Entonces la mirada de Samuel inspeccionó a Abinadab, y al profeta le parecía entender ahora el razonamiento de Dios. *No es tan corpulento como Eliab, pero es muy seguro de sí mismo, eso se le nota enseguida. Me lo imagino al frente de las tropas, llevándolas a la batalla sin que su rostro denote ni pizca de miedo.*

Pero Dios le dijo: "Vamos, Samuel, sigue adelante. No tienes todo el día."

Samuel posó ahora su mirada en Sama, el tercer hijo, pero ya presentía la respuesta de Dios. "Este tampoco."

Samuel pasó revista a los siete hijos que Isaí le mostró con orgullo y, en cada caso, Dios dijo que no era el escogido. Samuel empezó a dudar: *Señor, ¿qué pasa aquí? Tú me dijiste Isaí de Belén, ¿no?*

Por último, Samuel le preguntó a Isaí:

—¿Son estos todos los hijos que tienes?

Isaí, encogiéndose de hombros como restándole importancia, dijo:

—Todavía queda el menor, pero está apacentando las ovejas.

—Manda a traerlo —dijo Samuel con la autoridad que sólo un profeta de Dios podía expresar.

Así que Isaí mando buscar a David, su hijo menor.

Cuando Samuel vio acercarse al muchacho, sintió como un cosquilleo de pies a cabeza, y más sintió cuando oyó que el Señor le decía: "¡Levántate y úngelo, porque éste es!" Ese día, Samuel ungió a David como el próximo rey de Israel.

El nuevo rey no era el que uno hubiera imaginado. Sus hermanos mayores eran hombres de experiencia en batalla, de probada capacidad de liderazgo. Cada uno era más corpulento y fuerte, y con más conocimientos que el que Dios eligió como rey. Pero las calificaciones de David ya habían sido anunciadas mucho antes, antes de que el rey Saúl venciera a los filisteos y a los amalecitas, antes de que hubiera airado al profeta del Señor, antes de que desobedeciera a Dios en Gilgal. Dios le había dicho al rey que Dios ya había "buscado un hombre según su corazón, a quien Jehovah ha designado como el soberano de su pueblo" (1 Sam. 13:14).

David no llegó a ser rey por su tamaño, ni por su destreza militar y ni siquiera por su inteligencia. Llegó a ser rey porque era un hombre según el corazón del propio Dios. Estaba calificado para estar al frente de Israel por su relación con Dios, por su cercanía a él.

Un hombre según el corazón de Dios. Esa es la clase de hombre que quiero ser. Esa es la clase de *padre* que quiero ser. Quiero ser un padre según el propio corazón de Dios. Quiero ser ejemplo del corazón de Dios ante mis hijos. Quiero ser ejemplo del amor y la aceptación incondicionales de Dios. Quiero reflejar su santidad y pureza. Quiero mostrarme como un padre veraz y digno de confianza. Quiero ser un consuelo y un refugio para mis hijos, como él lo es para sus hijos. Quiero ser un amigo para mis hijos, como lo es él. Quiero dar a mis hijos una disciplina santa. Quiero perdonar como él per-

dona. Quiero que mis hijos me respeten y quiero que sepan ganarse el respeto de los demás.

El papel de padre es difícil y complejo para cualquier generación, pero un escritor sugiere que "en una sola generación ser padre (o ser madre) se ha hecho el doble de difícil". Cita las crecientes demandas y expectaciones que la sociedad (y los mismos padres) tiene de los padres en la actualidad.

E indudablemente la función de padre en el siglo veintiuno representa un desafío que puede agotar los recursos de cualquier hombre y agobiar su imaginación hasta sus límites. Pero si usted ha determinado ser un padre según el corazón de Dios, no se encuentra limitado por sus propios recursos o su propia imaginación. La verdad es que no está limitado para nada, porque Dios es su recurso, y el está dispuesto y capacitado de modo que "suplirá toda necesidad vuestra, conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús". Y lo hará más y más al ir encarando usted su obligación de padre con un optimismo verdaderamente bíblico.

La actitud correcta

La Palabra de Dios enseña que así como el hombre piensa en su corazón, así es él. Su actitud mental lo prepara para seguir adelante con optimismo, como una poderosa nave abriéndose paso en las rugientes olas del océano, no para vacilar, viendo cada problema como un enemigo a punto de torpedear su barco. Una actitud mental positiva es crucial para encarar las circunstancias singulares y las limitaciones personales con las que se puede encontrar en su función de padre.

Si no lo ha hecho ya, decídase ahora mismo que va a encarar su papel de padre con un verdadero optimismo bíblico. El apóstol Pablo dijo: "¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece!" (Fil. 4:13). El "todo" en esa declaración incluye ser un papá eficaz, piadoso en las situaciones absorbentes y agotadoras que se le presentan.

La Biblia dice que nuestro Padre amante vigila cada aspecto de nuestra vida. Conoce nuestras circunstancias y quiere usarlas a fin de fortalecernos y estimularnos para llegar a medir la estatura de los hombres de Dios. Por lo tanto, sean cuales fueren sus obstáculos, limitaciones o dificultades, considérelos como oportunidades de crecer. Estoy convencido

de que ser padre es una de las maneras clave que el Señor usa para conducir a los hombres hacia la madurez. Esa es razón suficiente para ser optimistas.

Con frecuencia nuestra actitud mental no es todo lo positiva que pudiera ser porque pensamos en la paternidad en términos de *mi* responsabilidad, *mis* habilidades, *mi* conocimiento. Nos olvidamos del compromiso de Dios de participar en cada faceta de nuestra vida. Nuestra perspectiva cambia cuando pensamos en términos de buscar *su* sabiduría, *su* poder, *su* amor, *su* paciencia, *su* compasión. Sólo su Espíritu puede crear las cualidades y habilidades que necesitamos para llegar a ser padres según su corazón. Lo que nos toca hacer a nosotros es caminar con él a lo largo de la experiencia de la paternidad, invitando y anticipando cada día su participación activa, fiel.

Resumamos estos pensamientos en cuatro declaraciones:

1. Mi actitud mental positiva mejora muchísimo mi eficacia como padre.
2. Ser padre es una oportunidad para crecer significativamente en mi vida.
3. Los desafíos de ser padre me llevan a descubrir la amplitud y realidad de la naturaleza y los recursos de Dios para mi propia vida.
4. ¡Es posible ser un padre según el corazón del Padre!

Haga frente a sus desafíos especiales

Ser padre puede ser una tarea increíblemente difícil. Hasta puede ser dolorosa. Pero lo difícil y doloroso de la paternidad no es algo a temer. No importa cuáles son los desafíos especiales que usted tiene por delante, no importa cómo fue su infancia, no importa cuáles son sus puntos débiles, usted puede tener la experiencia del poder de Dios que lo capacita para mostrar su imagen —la imagen del Padre— en y a través de usted.

Muchos papás enfrentan situaciones que son tan intensas y que demandan tanto de ellos que merecen ser tratadas aquí. Puede ser que usted se encuentre en una situación difícil por ciertas decisiones que tomó; puede encontrarse abrumado por circunstancias fuera de su control. Sea como fuere, para ser

un padre eficaz tendrá que encarar el problema honestamente y hacer los cambios que tiene que hacer.

El papá que trabaja demasiado

En la generación de nuestros abuelos, era común que el trabajo del hombre fuera físico. Hoy es más probable que el trabajo del hombre le exija más mental y emocionalmente. Enfrenta fechas u horas de vencimiento, las presiones de cumplir con cuotas de trabajo semanales o mensuales, y las tensiones mentales asociadas con un mundo electrónico y una vida vertiginosa. Si es usted como la mayoría de los papás, es probable que al final de un día de trabajo llega a casa agotado mental y emocionalmente, pensando todavía en lo que sucedió ese día y lo que sucederá mañana. Y muchos trabajamos más que las horas reglamentarias. En muchos casos, guardamos pocas reservas para cumplir nuestra obligación paterna.

Además de nuestro trabajo, la mayoría tenemos otros intereses que compiten con nuestra familia en lo que a tiempo se refiere. Deportes, aficiones, arreglos que la casa necesita, actividades de la iglesia, tareas comunitarias y un sin fin de actividades compiten por lograr nuestra atención.

Si usted es un papá demasiado comprometido con otras cosas, su desafío es doble. Primero, tiene que *volver a evaluar su personalidad y prioridades*. Quizá se sienta más importante, o hasta más seguro, si se mantiene ocupado. ¿O está demasiado ocupado *porque quiere estarlo*? ¿O no ha establecido sus prioridades para determinar (desde una perspectiva cristiana) qué es lo más importante en su vida? Quizá le incomode tener que lidiar con estas preguntas. Hasta se puede sentir amenazado por ellas. Pero es importante saber que ignorar estas preguntas puede causar un daño irreparable en su relación con sus hijos.

Las prioridades del hombre son puestas a prueba cuando le ofrecen una promoción en el trabajo que choca con las necesidades de su familia. Conocí a un hombre a quien le sucedió eso. En un retiro de hombres contó lo siguiente:

"El vicepresidente de la compañía me llamó a su oficina y me dijo que había sido promovido a otro puesto. Significaba que con mi familia tendríamos que mudarnos a otra ciudad y

que yo tendría que asumir más obligaciones. Al principio estaba encantado porque me gustan los desafíos.

"Al igual que en todas las decisiones importantes que me ha tocado enfrentar, empecé a buscar la dirección de Dios. Cuando puse esta oportunidad en sus manos, me ayudó a ver que no sería bueno para mi familia. Mi relación con mis dos hijos me satisface tanto que sabía que no podía darle el segundo lugar después de mi empleo.

"Fue difícil rechazar la promoción, sabiendo que probablemente no se me volvería a presentar otra oportunidad como esa. Pero en mi corazón sabía que había tomado la decisión correcta."

¡Eso es ser un hombre según el corazón de Dios! Su decisión demostró que sus prioridades eran piadosas, y todavía está cosechando las recompensas.

El segundo desafío para el papá ocupado es trabajar *inteligentemente*. Por ejemplo, conozco un agente de ventas que muchas veces tiene que estar ausente de su casa de lunes a viernes. Cuando eso sucede, dedica todo el sábado a la familia. Los chicos esperan felices ese día porque saben que contarán con toda la atención de su papá.

El papá inteligente que está ocupado busca maneras de aprovechar al máximo el tiempo que tiene. Una caminata de unos veinte minutos con su hija puede lograr mucho si le da toda su atención en ese lapso. Veinte minutos de jugar un deporte con su hijo antes de la cena puede ser tan bueno para la relación entre ustedes como lo es para su corazón y su cintura. La hora de la cena —sin TV ni teléfono— puede ser un oasis de conversación cálida, alegre para cada integrante de la familia.

Puede requerir más esfuerzo, puede significar reubicar algunas prioridades, pero el papá ocupado puede todavía ser un padre según el corazón de Dios.

El papá divorciado

Quizá su papel de padre se ha visto afectado por el divorcio. El divorcio debilita —y a veces corta— la relación entre padre e hijo. En la mayoría de los casos, los hijos siguen viviendo con su madre. Si la madre divorciada está amargada o resentida con el padre de sus hijos, la relación del padre con

sus hijos puede ser aún más tirante. A muchos padres les resulta difícil mantener una relación significativa con sus hijos en sus contactos infrecuentes con ellos.

Una advertencia crucial para papás y mamás divorciados: Nunca pongan a sus hijos en el medio de sus problemas. Si un progenitor expresa resentimiento hacia el otro, es muy probable que el hijo refleje ese mismo resentimiento.

Mi amigo Dick Day, consejero familiar, matrimonial y de niños, cuenta cómo cierta vez una madre divorciada le consultó acerca de su hija de trece años. El padre había abandonado a la familia cuando estaba embarazada de esta jovencita, y ahora ésta sentía un enorme resentimiento hacia su padre. Dick le preguntó a la madre cuánto tiempo había pasado la niña con su padre en sus trece años. Ella estimaba que dos meses. Dick la enfrentó inmediatamente diciendo:

—Los sentimientos de su hija hacia el padre de ella no pueden haber surgido de ese total de dos meses. Sospecho que esos sentimientos hacia su papá proceden de usted, no de la experiencia de ella.

La mujer se fue a su casa para pensarlo, y regresó la semana siguiente.

—Tiene usted razón —le dijo a Dick—. Le he estado proyectando mi propio resentimiento a mi hija, y eso le ha hecho mal. Tengo que ser más positiva en lo que a su papá se refiere.

Conozco a muchos papás divorciados que han aceptado el desafío, superado su etapa de dificultades y han seguido ejerciendo una influencia significante sobre sus hijos. Estos padres piensan y actúan con la percepción y la sabiduría del Padre.

Los padres divorciados sabios planean considerada y creativamente. Como lo hace Rex. Este tiene dos hijas, quienes tenían once y trece años respectivamente en el momento del divorcio. Aunque Rex tuvo que esforzarse por superar su dolor emocional, en ningún momento dejó de darles cariño y dedicación a sus hijas: Nada espectacular, sencillamente amor y cuidado paterno auténtico. Cuando estaban con él los sábados, pasaba todo el tiempo con ellas, trabajando con ellas y haciendo las cosas que a ellas les gustaba. Su ex esposa al tiempo vio que no podía cuidar de sus hijas, y éstas se fueron a vivir con Rex, quien para entonces había vuelto a casarse.

Hoy, ambas tienen una vida más estable gracias a su padre que no se dejó vencer en el momento de crisis.

El papá divorciado puede beneficiar más a sus hijos si él mismo está viviendo una vida sana, realizada. Cuando en su vida hay vaciedad, aburrimiento o resentimiento, es seguro que lo proyectará infectando a los que lo rodean. El hombre que tiene desafíos personales, que tiene buenas amistades a través de grupos de apoyo y que enfoca su energía en cuidar a los demás será un ejemplo más positivo para que sus hijos sigan.

El padrastro

En los últimos años ha aumentado mucho la cantidad de padres que se han vuelto a casar y la de "familias mixtas". Más del 40 por ciento de los matrimonios en los Estados Unidos incluye a un cónyuge, o a ambos, que se han vuelto a casar. Uno de cada tres estadounidenses —sesenta millones de adultos y veinte millones de chicos— es un padrastro o madrastra, hijastro o hijastra, o hermanastro o hermanastra. Uno de cada cinco niños y jovencitos menores de dieciocho años es un hijastro. Para el año 2000, las familias en que uno de los cónyuges tiene hijos y las familias en que ambos cónyuges tienen hijos constituirán el tipo familiar mayoritario.

Ser padre ya es difícil de por sí; ser una padrastro puede ser todavía más difícil. Su hijastro puede sentirse resentido porque usted ha usurpado lo que él considera como su territorio personal: su madre. Lo percibe como alguien que compite por la atención y el afecto de su madre. También es posible que resienta sus esfuerzos por dar dirección a su vida. Se puede preguntar cuánta autoridad tiene legítimamente usted sobre él ya que en realidad no es su papá. Y, aun en el caso de que lo acepte, enfrenta una crisis de lealtades: aceptarlo a usted o ser amigo suyo le puede parecer un acto de traición a su propio padre.

Establecer una relación buena y fructífera como padrastro no es algo que se logra de la noche a la mañana. Pero he notado que el padrastro dispuesto a "ir la segunda milla" puede tener el gozo de ministrar poderosamente al niño o jovencito. He visto también relaciones padrastro-hijastro que son fuer-

tes, cálidas, duraderas. Quiero compartir algunas pautas generales para ayudarle como padrastro.

Recuerde que lograr una buena mezcla lleva tiempo. Los niños necesitan tiempo para ordenar sus sentimientos y estar dispuestos a tener una relación cándida y sincera con usted. Si se apura usted demasiado al tratar de establecer una relación, o si procura establecer su autoridad sobre el niño, es muy probable que éste lo rechace. Dé al niño tiempo para llegar a conocerle, para establecer una relación basada en el sentido de confianza, para ordenar sus turbulentos sentimientos.

En muchas "familias mixtas" sucede la siguiente secuencia:

1. Aceptación inicial por parte del niño o jovencito: "Me agrada. Cásate con él." Los hijos de la mujer pueden sentir que lo que haga feliz a mamá está bien.
2. El final de la luna de miel para el niño: "¡No me caes bien! ¡No eres mi padre! ¡*No pienso hacer* lo que me mandas!" Es importante que no se desanime usted ni se sienta abrumado en esta etapa. Recuerde que el chico puede tener dentro de él muchas emociones que no le son claras. Puede usted ser el objeto de su ira hacia su propio padre. O puede estar probándolo para ver *si de verdad* usted lo quiere. Es muy probable que la constante compasión de usted, su paciencia y sinceridad dé su fruto a su tiempo.
3. Aceptación por parte del niño en base a que pasó usted la prueba y tiene confianza en usted: El niño sabe que usted de veras lo quiere como persona, no importa lo que haga o de quién es hijo.

La tercera etapa final puede llevar semanas o meses. En casos extremos puede llevar años. Pero las recompensas de la paternidad están a disposición del padrastro según el corazón de Dios, tal como lo están para el padre.

El padre deficiente

Todos estamos dentro de esa categoría, aunque no nos guste reconocerlo. Cada uno de nosotros comienza en papel de padre con una u otra deficiencia. Pero Dios puede vencer —y

aun usar— nuestras imperfecciones, deficiencias y limitaciones para que lleguemos a ser padres según el corazón de Dios.

Algunos hombres tienen *limitaciones en su personalidad* que reducen su efectividad como padres. Por ejemplo, desde sus primeros recuerdos Alfredo ha sentido un profundo enojo que proyecta en sus comunicaciones verbales y no verbales. Carlos se siente fracasado porque nunca le puede decir que no a nadie y le da a su familia su segunda prioridad después de dar la primera a todo lo demás. Sufre de un gran sentido de culpa. Polo siempre ha sido cobarde y tiene vergüenza de que no es más valiente.

Otros hombres tienen *limitaciones en sus habilidades.* Sinceramente no saben ser padres competentes. Manuel es un contador público de renombre y muy respetado en su profesión, pero háblele usted de sus hijos y pone cara larga: "Me parece que soy un desastre y no sé qué hacer", suspira.

Un lamento común que escucho durante los talleres para padres que he dirigido a través de los años es: "¡Ojalá hubiera sabido estas cosas cuando mis hijos eran chicos! ¡He hecho muchos disparates!"

Una razón por la cual muchos padres carecen de habilidades paternas es porque no tienen un ejemplo positivo para seguir. Muchos hombres se han forjado en hogares sin papá. Otros se han criado en hogares donde el padre era mayormente el miembro ausente debido al trabajo, intereses de afuera del hogar o negligencia. Y nuestra sociedad impersonal disminuye las oportunidades que los niños pudieran tener de encontrar a alguien que les sea un ejemplo fuera del hogar. A muchos padres nunca nadie les mostró en qué consiste ser un buen padre. Mi oración es que este libro ayude a llenar ese vacío.

Las limitaciones son oportunidades para crecer

Seamos sinceros: Todos tenemos limitaciones personales. La vida cristiana es una vida de crecimiento. Dios nos llama a cada uno a encontrar una nueva liberación de la esclavitud del pecado y de los hábitos que nos han robado el gozo y los buenos frutos. Si hemos de ser sinceros con nosotros mismos, tenemos que admitir que nuestros fracasos y debilidades

como padres nos llaman a afrontar problemas de crecimiento personal. Podemos negarlos o verlos como invitaciones a superarnos hasta llegar a ser los hombres, esposos y padres que Dios nos ha llamado a ser.

Creo que la vida es un regalo especial de nuestro Padre amante. La redención de Dios, ofrecida a través de Jesucristo, es su clara indicación de que quiere llevar a cabo una transformación poderosa en nosotros. Sus recursos están a nuestra disposición. Lo único que quiere es nuestra respuesta a él cuando nos llama para estar junto a él, donde puede amarnos, enseñarnos, enriquecernos, liberarnos y bendecirnos. El papel de padre es uno de los entornos en los que él puede hacerlo.

Usted tiene su propio conjunto de circunstancias, sus puntos fuertes y débiles singulares. Deje que su papel de padre sea esa situación de vida en la que usted se compromete a ser el hombre que el Señor le ha llamado a ser. No sólo se sentirá más satisfecho de su propia vida, sino que pasará a sus hijos e hijas una genuina hambre y sed de justicia. Y esto, por cierto, es el regalo más grande que jamás les podrá dejar.

Sépalo o no usted, las diez características para padres que hemos tratado en este libro ya existen en usted si ha nacido del Espíritu (Juan 3:8; 2 Tes. 2:13). Por medio de la oración, la práctica y el crecer en Cristo, cada una de estas cualidades pueden ser refinadas y aplicadas en la relación con sus hijos. Confiando en él cada día, puede llegar a ser un padre semejante a su Padre celestial.

Para reflexión, diálogo y acción

1. Evalúe su actitud general hacia los desafíos que enfrenta como padre de sus hijos. ¿Es positiva, negativa o un poco de ambas? Explique la razón de su respuesta.

2. ¿Cómo evaluaría su esposa la actitud de usted hacia los desafíos que enfrenta como padre de sus hijos? Explique su respuesta.

3. Complete la siguiente frase y memorícela: "Ser un padre cariñoso, compremetido con sus hijos es una experiencia positiva porque...

*4. ¿Cuáles son los dos conceptos que para usted sobresalieron en este capítulo? Explique por qué captaron su atención, y qué acción piensa tomar para integrarlos en su vida.

*5. Busque un lugar tranquilo y dedique de diez a veinte minutos a completar esta frase: "Como resultado de leer, pensar y dialogar sobre este libro, tengo la intención de..." Sea lo más específico y concienzudo posible. Luego comparta con su grupo lo que escribió. Cuando todos lo hayan hecho, oren unidos a Dios, pidiéndole que les ayude a poner en práctica las cosas que escribieron. Si usted no forma parte de un grupo, comparta con su esposa o un amigo de confianza lo que escribió.

6. ¿Cuál de las diez cualidades de un padre presentadas en este libro es más fuerte en su vida? ¿Cuáles necesitan ser cultivadas? Ore pidiendo el poder de Dios para ayudarle a superarse en cada una de estas cualidades.

APENDICE

Cosas divertidas que los papás pueden hacer con sus hijos

Programe una "salida con papá" una vez por trimestre con cada uno de sus hijos por separado.

Realice una maratón de Juegos de Mesa en Familia un domingo por la tarde.

Caminen por el vecindario en la época de Navidad para ver las luces.

Hagan juntos un trabajo, como ser arreglar algo en la casa o en el auto.

Cocinen una comida especial para mamá. Los chicos determinarán el menú y todos participarén en servir la comida. (¡Y después dejarán todo limpio!)

Salgan a desayunar. Deje que su hijo ordene la comida para usted.

Armen algo juntos (mecano, avioncito, etc.)... pero deje que su hijo haga la mayor parte del trabajo.

Hagan una caminata por el campo.

Vayan de "camping" una noche o todo un fin de semana.

Haga una buena cantidad de bizcochitos (galletas) preferidos de los chicos para dar a los amigos de su hijo.

Adquiera dos cámaras fotográficas baratas y muchas películas. Saquen fotos juntos cuando salen a caminar, en el zoológico, en la casa, etc. Seleccionen luego las fotos y trabajen juntos para ponerlas en un álbum.

Selecciones versículos bíblicos y memorícenlos juntos dialogando sobre lo que cada versículo significa para ustedes. Prémiense mutuamente con una golosina cada vez que pueden decir sin equivocarse, diez versículos nuevos.

Organice una competencia deportiva en el patio o en un parque cercano.

Jueguen juntos un juego de video.

Trabajen juntos con la computadora.

Concurra a las actividades deportivas y otras especiales de su hijo; aliente y elogie (pero no presione).

Diga: "Quiero orar especialmente por ti esta semana... por cualquier cosa que te preocupa. ¿Qué te gustaría que incluya en mis oraciones?"

Diseñen y planten juntos un jardín.

Preparen una canasta de fruta, pan, galletas, arroz, alimentos enlatados etc. y llévenla a una familia necesitada.

Pregunte: "¿Qué fue lo mejor que te pasó hoy?"

Pida a sus hijos que oren por usted.

Preparen un programa sorpresa para mamá o los abuelos

en que representarán acontecimientos especiales de sus vidas.

Dígale a sus hijos por qué ama a la mamá de ellos. Haga que le digan por qué la aman ellos. Luego, consiga una cartulina y súmese a sus hijos en escribir todas estas razones en una tarjeta gigante. Haga que los chicos la decoren y se la entreguen a mamá.

Júntese con una o dos familias para tener una "noche de talentos y representaciones" en que todos participarán. Si es posible, consiga una cámara de video para grabar todo y tener un recuerdo para la posteridad.

Estando a la mesa, cada uno cuente "Lo más vergonzoso que me ha pasado".

Confeccione un "libreta de cupones" para cada hijo. Cada cupón vale por una salida uno a uno con papá, a la heladería, un partido de fútbol, patinaje, su juego favorito, pizza, etc. Regla sugerida: Límite de un cupón por mes por hijo.

Lean juntos un libro completo de la Biblia, dialogando sobre el mismo a medida que van leyendo.

Visiten un museo.

Elijan para mamá un perfume que a todos les gusta.

Salgan de compras juntos para comprar su ropa y la de ellos.

Vea qué actividades gratis patrocina el municipio al aire libre. Prepare una merienda, asistan y tengan un pic nic.

Hagan una excursión a la biblioteca pública. Haga los trámites para que cada niño pueda sacar libros y ayúdeles a descubrir el mundo de los buenos libros.

Compre o alquile un video de ejercicios aeróbicos y hagan ejercicios juntos.

Asistan a obras teatrales y conciertos de contenido sano.

Salgan de paseo en bicicleta en familia.

Confeccionen juntos una cometa (papalote o barrilete) y háganla volar.

Vayan a obras en construcción y observen el trabajo, ya sea en un edificio comercial, casa o camino.

Si sus hijos tienen abuelos, organice un "Día de los Abuelos" con tarjetas, manualidades y platillos hechos por usted y sus hijos. Luego haga lo mismo para mamá, después para un vecino o amigo, luego para su pastor o líder de jóvenes.

Armen juntos un rompecabezas.

Después de la cena jueguen un juego de salón. Al terminar, todos ayuden a limpiar la cocina. El ganador tiene el privilegio de elegir su tarea.

Siéntese con sus hijos para mirar el programa de televisión favorito de ellos.

Lleve a sus hijos a juntar flores en su jardín o en un campo y preparen juntos un ramo para mamá o para otra persona especial.

Usted solo, junte flores y haga un ramo para su hija.

Construya algo en madera con su hijo; por ejemplo, una estantería para libros o un autito.

Organice una noche tipo campamento. Apague las luces, prenda velas o linternas, haga una fogata (o un fuego en la chimenea), hagan palomitas o rosetas de maíz y, sentados alrededor del fuego, cuenten sus cuentos favoritos.

Oren juntos por sus seres queridos.

Llame al cuerpo de bomberos para ver si es posible hacer una excursión de sus instalaciones. En caso afirmativo, háganla.

Hagan burbujas de jabón en el patio, en la plaza o en el parque.

Para Navidad, Pascua Florida, Día de la Independencia, etc., organice y represente con sus hijos una obrita teatral que muestre el significado de la ocasión especial.

Cuando cada hijo cumpla doce años, dele un frasco con cincuenta y dos papelitos de "cosas especiales". Su hijo puede sacar un papelito por semana (por ejemplo: "Puedes quedarte levantado una hora más una noche esta semana", "Invita a un amigo a pasar la noche", "Ir a tomar un refresco con papá").

Colaboren juntos en un proyecto comunitario o de la iglesia. Sirvan comida juntos en un comedor gratuito u ofrézcanse para ayudar en la guardería de niños en la iglesia.

Tomen juntos cursillos, como son: fotografía, carpintería, mecánica o mantenimiento de la casa, etc.

Escriban cartas a hermanos de la iglesia que por ser ancianos o estar enfermos no pueden salir de sus casas, o visiten un hogar de ancianos llevando un perrito que puedan acariciar.

Empiecen a leer juntos *Las Crónicas de Narnia*, de C. S. Lewis.

Sorprenda a su hijo buscándolo a la salida de la escuela y llevándolo a ver una buena película, o de picnic o a comer pizza, etc.

Planee una "Cena Escondida". Esconda por toda la casa alimentos fáciles de preparar y dé una pista de dónde pueden encontrar el primer ingrediente o artículo (el primer artículo tendrá una pista de donde encontrar el segundo, y así sucesivamente). Luego preparen juntos la cena usando lo que encontraron.

Tengan una "Noche en honor de..." para cada integrante de la familia. Preparen la comida favorita de la persona, denle el lugar de honor a la mesa, prepare una "Placa de reconocimiento" y que cada miembro de la familia diga "Esto es lo que me gusta de..."

Una vez por mes planee una cena formal. Todos tienen que vestirse de lo mejor. La mesa lucirá el mejor mantel y vajilla. Aproveche esta ocasión divertida para enseñar buenos modales en la mesa.

Otros recursos del autor

y publicados en castellano por la
Editorial Mundo Hispano

- *Es bueno o es malo.* Núm. 11081
- *La última generación de cristianos.* Núm. 46321
- *Relaciones: La clave para la nueva generación.* Núm. 46333
- *Nueva evidencia que demanda un veredicto.* Núm. 05048
- *En busca de certeza.* Núm. 37031
- *Los engañadores.* Núm. 37030
- *La generación desconectada.* Núm. 46300
- *Convicciones más que creencias.* Núm. 46320
- *Manual para consejeros de jóvenes.* Núm. 46167
- *Los niños demandan un veredicto.* Núm. 38658
- *Devocionales para la familia.* Núm. 40070

Recursos del "Proyecto Auxilio 911"

- *Auxilio para los amigos. Guía del líder.* Núm. 46301
- *Auxilio para los amigos. Cuaderno de trabajo.* 46302
- *Auxilio para los amigos que sufren porque fueron abusados sexualmente.* Núm. 46303
- *Auxilio para los amigos que sufren porque quieren conocer la voluntad de Dios.* Núm. 46304
- *Auxilio para los amigos que sufren porque quieren suicidarse.* Núm. 46305
- *Auxilio para los amigos que sufren porque quieren encontrar el verdadero amor.* Núm. 46306
- *Auxilio para los amigos que sufren porque sus padres quieren divorciarse.* Núm. 46307
- *Auxilio para los amigos que sufren porque les cuesta llevarse bien con otros.* Núm. 46308
- *Auxilio para las amigas que sufren por un embarazo inesperado.* Núm. 46309
- *Auxilio para los amigos que sufren porque se murió alguien a quien amaban.* Núm. 46310